AGLAVENA Y SELISETA
ARIANA Y BARBA-AZUL
SOR BEATRIZ



MAURICE MAETERLINCK

III

AGLAVENA Y SELISETA
ARIANA Y BARBA-AZUL
SOR BEATRIZ

TRADUCCION DE G. MARTINEZ SIERRA

RENACIMIENTO

Imprenta Renacimiento.—San Marcos, 42.—Madrid.

AGLAVENA Y SELISETA

PERSONAJES

MELEANDRO
AGLAVENA
SELISETA
MELIGRANA (abuela de Seliseta).
LA NIÑA ISALINA (hermana de Seliseta).

ACTO PRIMERO

ESCENA UNICA

Sala en un castillo.

Está en ella Meligrana, dormida en un sitial de respaldo alto. Entran Meleandro y Seliseta.

MELEANDRO

He aqui la carta de Aglavena: *Leyendo.* "No salgáis á mi encuentro; esperadme en la sala en que esperáis generalmente á que llegue la hora del reposo, y asi no pareceré una extraña. Os escribo esto al bajar del navío que me ha traído hasta vosotros. La travesía ha sido serena y hermosa; pero al desembarcar he encontrado los caminos obstruidos por las lluvias, y el sol se habrá puesto probablemente antes de que yo alcance á ver las torres del viejo castillo en que la buena Seliseta ha querido recoger á la viuda de su hermano.,,

SELISETA

Palmoteando.

¡Oh! ¡El sol se pone!... Mira, ya debe de estar muy cerca... Voy á ver...

MELEANDRO

Deteniéndola con un gesto y continuando la lectura.

"... No os he visto mas que una vez, Meleandro, en medio de la dispersión y el barullo de mis bodas—mis pobres bodas, ¡ay de mí!—, en las cuales no vimos al convidado á quien nunca se invita y que se sienta siempre en el lugar de la felicidad esperada; no os he visto mas que una vez, hace ya más de tres años, y, sin embargo, me acerco á vos con menos inquietud que si hubiésemos dormido de niños en la misma cuna.,,

SELISETA

Volviéndose.

¡Oh! ¡La abuela duerme todavía!... ¿Habrá que despertarla cuando llegue Aglavena?...

MELEANDRO

Sí; lo ha pedido...

SELISETA

Sus cabellos blancos le cubren los ojos... Esta noche no es feliz... ¡Oh! Voy á darle un beso...

MELEANDRO

Ten cuidado; no la despiertes antes de tiempo...

Continúa leyendo.

"... ¡Estoy tan segura de encontrar en vos un hermano!... No nos hemos dicho casi nada; pero las pocas palabras que me dijisteis tenían otro aspecto que todas las que había oído hasta entonces...,,

SELISETA

No leas tan de prisa.

MELEANDRO

Sigue leyendo.

"... Y, además, ¡qué ansias tengo de abrazar á Seliseta!... ¡Debe de ser tan buena, debe de ser tan hermosa, puesto que os ama y puesto que la amáis! Voy á amarla yo mucho más de lo que la hayáis amado nunca, porque yo sé querer mejor, ¡he sido desgraciada!... Y ahora me alegro de haber sufrido. Podré repartir con vosotros lo que se adquiere en la tristeza. A veces me parece que el tributo que he pagado yo bastará para los tres, que el destino ya no tendrá nada que reclamar y que podemos esperar una vida maravillosa. No tendremos ya otra inquietud que la de la felicidad. Y para vos y para mí, y también para Seliseta, según lo poco que me habéis dicho de ella, la felicidad no se encuentra sino en lo mejor de nosotros mismos. No tendremos otra preocupación que la de ser cada vez más hermosos para querernos los

tres cada vez más, y á fuerza de querernos llegaremos á ser buenos; pondremos tanto amor en nosotros mismos y en torno nuestro, que no quedará sitio para la desdicha y para la tristeza; y si quieren entrar, á pesar de todo, será preciso que se dulcifiquen antes de atreverse á llamar á nuestra puerta.,,

Se abre una puerta. Entra la niña Isalina.

ISALINA

¡Ya tengo la llave, hermanita, ya tengo la llave!...

MELEANDRO

¿Qué llave?

SELISETA

La llave del faro antiguo.

MELEANDRO

Creí que se había perdido...

SELISETA

He mandado hacer otra.

MELEANDRO

Deseo que la pierdas también...

SELISETA

Examinando la llave.

¡Oh, qué grande es!... No se parece á la que perdí...

ISALINA

Yo estaba delante, hermana, cuando la han probado... Han abierto tres veces y después han vuelto á cerrar... Abre mejor que la otra, que estaba completamente oxidada. Pero la última vez ha costado trabajo volver á cerrar la puerta, porque el viento empujaba del otro lado... Hace mucho viento esta noche. Se oye chillar á las gaviotas en derredor de la torre; las palomas también... Aún no se han acostado...

SELISETA

Es que me buscan; hace ya más de quince días que no me han visto allá arriba... Mañana subiré.

ISALINA

¿Conmigo, hermanita?

SELISETA

Sí, si vas á acostarte en seguida; tu nodriza ya te está esperando. *Sale Isalina.* ¿Es muy hermosa?

MELEANDRO

¿Quién?

SELISETA

Aglavena.

MELEANDRO

Sí, muy hermosa...

SELISETA

¿A quién se parece?

MELEANDRO

No se parece á las demás mujeres... Es otra belleza, y nada más. Una belleza más extraña y más espiritual; una belleza más variable y más numerosa por decirlo así... una belleza que deja paso al alma sin interrumpirla nunca... Y luego, ya verás, tiene cabellos singulares; diríase que toman parte en todos sus pensamientos... Sonríen ó lloran según está ella alegre ó triste, hasta cuando ella misma ignora si debe estar alegre ó debe estar triste... Nunca había yo visto cabellos tan vivos. Siempre la estarían haciendo traición, si fuera hacer traición el revelar una virtud que hubiese querido ocultar; porque otra cosa no tiene que ocultar ella nunca...

SELISETA

Ya sé yo que no soy hermosa.

MELEANDRO

Cuando esté ella aquí no dirás eso. En presencia suya

no es posible decir nada que no se piensa ó que es inútil. Apaga en torno suyo todo lo que no es verdad.

SELISETA

Apaga en torno suyo todo lo que no es verdad...

MELEANDRO

¿Seliseta?...

SELISETA

¿Meleandro?...

MELEANDRO

Hace ya casi cuatro años, creo, que vivimos juntos...

SELISETA

Hará cuatro años á fin de verano.

MELEANDRO

Hace ya casi cuatro años que te encuentro á mi lado siempre hermosa, siempre amante y suave y con la buena sonrisa de una felicidad profunda en la boca... ¿No has llorado muchas veces durante estos cuatro años, verdad? Cuando más, algunas lágrimas menudas porque uno de tus pájaros familiares se escapaba, porque tu abuela te reñía un poco, ó porque tus flores favoritas perecían.

Pero vuelto el pájaro, aquietada la abuela, olvidadas las flores, volvías á entrar en la sala riendo á carcajadas, y las puertas golpeaban, las ventanas se abrían y los objetos caían mientras saltabas tú sobre mis rodillas abrazándome como una chiquilla que vuelve de la escuela. Creo que puede decirse que hemos sido dichosos, y, sin embargo, á veces me pregunto si hemos vivido bastante cerca uno de otro... No sé si he sido yo quien no tenía paciencia para seguirte, ó si has sido tú quien querías huir demasiado de prisa; pero muy á menudo, cuando he intentado hablarte como te hablaba hace un momento, parecías responderme desde el fin del mundo, donde te refugiabas por razones que no comprendo; ¿es que de veras nuestra alma tiene miedo hasta ese punto á un poco de gravedad ó á un poco más de verdad en el amor? ¿Cuántas veces nos hemos prohibido á nosotros mismos el acercarnos á una cosa que hubiese podido ser bella y que nos hubiese unido mucho más estrechamente que un beso en los labios? No sé por qué esta noche lo veo mejor. ¿Acaso lo veo mejor por el recuerdo más vivo de Aglavena, con motivo de su carta ó de su llegada, que pone ya en libertad algo en nuestro corazón? Parece que nos hemos amado cuanto humanamente se puede amar. Pero cuando esté ella aquí nos amaremos más, nos amaremos de otro modo, mucho más profundamente, ya lo verás... Y, sobre todo, por eso es por lo que me alegro tanto de que venga... Solo yo no he podido... No tengo el poder que tiene ella, aunque vea las cosas como ella. Es uno de esos seres que saben reunir las almas en su origen, y cuando está ella delante siente uno que no hay nada entre sí mismo y la verdad...

SELISETA

Amala, si la amas. Yo me iré.

MELEANDRO

¡Seliseta!...

SELISETA

Ya sé que no comprendo...

MELEANDRO

Sí comprendes, Seliseta; y precisamente porque sé que comprendes, sin querer confesarlo, es por lo que te hablo de estas cosas... Tienes un alma mucho más profunda que la que me muestras, y ese alma es la que te diviertes en ocultarme cuando voy á tu encuentro... No llores, Seliseta, no son reproches...

SELISETA

No lloro. ¿Por qué había de llorar?

MELEANDRO

Y, sin embargo, veo temblar tus labios...

SELISETA

Estaba pensando en otra cosa... ¿Es verdad que ha sido muy desgraciada?

MELEANDRO

Sí; fué muy desgraciada á causa de tu hermano.

SELISETA

Puede que lo haya merecido...

MELEANDRO

No sé si una mujer merece nunca ser desgraciada...

SELISETA

¿Qué le ha hecho mi hermano?

MELEANDRO

Me ha suplicado que no te lo diga...

SELISETA

¿Os escribíais?

MELEANDRO

Sí; nos escribíamos algunas veces.

SELISETA

No me has dicho nada.

MELEANDRO

Más de una vez te he enseñado sus cartas cuando llegaban, pero nunca mostrabas curiosidad por leerlas...

SELISETA

No me acuerdo.

MELEANDRO

Pero yo sí me acuerdo...

SELISETA

¿Dónde la has visto la última vez?

MELEANDRO

No la he visto mas que una vez, ya te lo he dicho; fué en el parque del castillo de tu hermano... Bajo grandes árboles...

SELISETA

¿De noche?

MELEANDRO

Sí; de noche.

SELISETA

¿Qué decía?

MELEANDRO

Nos dijimos bien poca cosa. Pero pudimos ver que nuestras dos vidas tenían el mismo fin...

SELISETA

¿Os abrazasteis?

MELEANDRO

¿Cuándo?

SELISETA

Aquella noche.

MELEANDRO

Sí; en el momento de separarnos...

SELISETA

¡Ah!

MELEANDRO

Creo que no estará mucho tiempo entre nosotros...

SELISETA

Sí, sí... Quiero que esté...

Ruido fuera.

¡Ya está ahí!

Se acerca corriendo á la ventana.

Hay antorchas en el patio...

Pausa. La puerta grande se abre y Aglavena aparece en el umbral. Entra sin decir nada y se acerca á Seliseta. Se queda mirándola.

MELEANDRO

Abrazaos.

AGLAVENA

Sí.

Abraza estrechamente á Seliseta y después se dirige hacia Meleandro y le abraza también.

Y á vos también...

SELISETA

Voy á despertar á la abuela...

AGLAVENA

Mirando á Meligrana.

Duerme profundamente...

MELEANDRO

Duerme así gran parte del día... Tiene los brazos paralizados... Acercaos; quiere veros esta noche...

AGLAVENA

Tomando la mano de Meligrana é inclinándose sobre ella.

¡Abuela!...

MELIGRANA

Despertando.

¡Seliseta!...

Abriendo los ojos.

¡Oh! ¿Quién sois?...

AGLAVENA

Aglavena...

MELIGRANA

Me he asustado...

AGLAVENA

¿Me dejáis que os abrace, abuela?

MELIGRANA

¿Me llamáis abuela? No os veo bien... ¿Quién está ahí, detrás de vos?

SELISETA

Adelantándose.

¡Soy yo, abuela!

MELIGRANA

¡Ah, eres tú, Seliseta!... Ya no te veía; acerca un poco la lámpara, hija mía...

Seliseta trae una lámpara é ilumina á Aglavena.

MELIGRANA

Mirando á Aglavena.

¡Oh! ¡Sois hermosa!

AGLAVENA

¿Puedo abrazaros ahora, abuela?

MELIGRANA

No; no me abracéis esta noche... Sufro más que de costumbre; únicamente Seliseta puede tocarme sin hacerme daño...

AGLAVENA

Yo también quiero aprender á no hacer daño...

MELIGRANA

Mirándola fijamente

No sé si está permitido ser tan hermosa...

AGLAVENA

Al contrario; está mandado ser lo más hermosa posi ble, abuela...

MELIGRANA

Abrázame, Seliseta, antes de que me duerma, y llévate la lámpara... Estaba soñando una cosa muy grande...

SELISETA

Volviendo con la lámpara.

Hay que perdonarla; está enferma...

AGLAVENA

¿Qué hay que perdonar? ¿Se os pierde algo?... ¿Qué es eso que cae sobre las losas?

Recoge una llave.

¡Oh, qué llave tan extraña!

SELISETA

Es la llave de mi torre... ¡No sabéis lo que abre!...

AGLAVENA

Es extraña y pesada... Yo también he traído una llave de oro; ya la veréis... No hay nada más hermoso que una llave mientras no sabemos lo que abre...

SELISETA

Mañana lo sabréis... ¿Habéis reparado al llegar aquí, al extremo del castillo, en una torre muy vieja que está casi en ruinas?

AGLAVENA

Sí; he visto algo que parecía estarse hundiendo bajo el cielo. Se veían estrellas á través de las brechas de las murallas.

SELISETA

Pues eso es: era mi torre; es un antiguo faro abandonado. Nadie se atreve ya á subir á él... Se va por un largo corredor cuya llave he encontrado. Después la perdí... He mandado hacer otra, porque no entra allí nadie mas que yo. Algunas veces me acompaña Isalina. Meleandro no ha subido mas que una vez; le dió vértigo. Es muy alta; ya veréis. Se ve todo el mar, el mar que hace espuma todo en derredor de la torre, excepto por el lado del castillo. Y todos los pájaros marinos habitan en los huecos de las murallas. Lanzan grandes gritos cuando me reconocen. Hay también centenares de palomas. Han querido llevárselas á otra parte, pero no quieren abandonar la torre. Vuelven siempre... ¿Estáis fatigada?

AGLAVENA

Sí, un poco, Seliseta; he hecho un viaje muy largo.

SELISETA

Sí, es verdad... Subiremos mañana; y, además, esta noche hace mucho viento...

Pausa.

MELEANDRO

Es extraño, Aglavena; ¡tenía tantas cosas que deciros...! Y luego, en estos primeros momentos, todo se calla; parece verdaderamente que está uno esperando algo.

AGLAVENA

En efecto; esperamos á que hable el silencio...

MELEANDRO

¿Qué os dice?

AGLAVENA

Si pudiéramos repetir lo que nos dice, ya no sería el silencio... No hemos pronunciado sino palabras casi inútiles, palabras que todo el mundo hubiese podido decir, y, sin embargo, ¿no estamos tranquilos, y no sabemos que nos hemos dicho cosas que valen mucho más que nuestras palabras? Nos hemos dicho las menudas palabras tímidas que dicen los extraños cuando se encuentran, y, sin embargo, ¡quién sabe todo lo que acaba de pasar entre nosotros, y si todo cuanto debe sucedernos no se ha decidido bajo una de esas palabras!... ¿Existe un destino al cual no hayan rozado nunca algunas palabras? Lo que sé, en todo caso, es que nuestro silencio me ha profetizado que voy á querer á Seliseta como á una hermana... Me lo ha dicho á voces á través de toda mi alma desde el primer paso que he dado en esta sala, y es la única voz que he oído bien...

Acercándose á Seliseta.

Seliseta, ¿por qué es inevitable quereros así y llorar sin querer cuando se os abraza?

La abraza largamente.

Ven también, Meleandro.

Le abraza también.

Acaso era este beso lo que estábamos esperando todos, y él será el que selle nuestro silencio para toda la noche...

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Cenador de follaje en el parque.

Entran Aglavena y Meleandro.

MELEANDRO

Aún no hace ocho días que vivimos juntos bajo este techo, y ya no puedo figurarme que no hayamos nacido en la misma cuna. Parece que nunca hemos estado separados, y que te he conocido antes de conocerme. Me pareces anterior á todo lo que soy. Siento tu alma mejor que la mía; está más cerca de mí que yo mismo, y si me dijesen: "tienes que salvar tu vida,,, para poder vivir sería tu vida la que necesitaría salvar... Ya no me vería á mí mismo si no estuvieses ahí; ya no podría encontrarme, no podría sonreirme, no podría quererme sino sólo en ti. A menudo me parece que mi alma y mi ser, y

todo lo que poseo, han cambiado de morada, y que, cuando te abrazo á ti, abrazo llorando la parte de mí mismo que no es de este mundo...

AGLAVENA

Lo mismo digo, Meleandro. Cuando te abrazo, á mi vez, me parece que me abrazo á mí misma, cuando llegue á ser aún más hermosa... No comprendo mi realidad mas que cuando estás ahí, y no oigo mi voz sino unida á la tuya. Me busco fuera de mí misma y en ti me encuentro; te busco fuera de mí y te encuentro en mí... ya no puedo distinguir nuestras manos, nuestras almas ni nuestros labios... Ya no sé si tú eres mi claridad ó si yo he llegado á ser tu luz... Todo se une de tal manera en nuestros seres, que ya no es posible decir dónde empieza el uno y dónde acaba el otro... El menor de tus gestos me revela á mí misma; cada una de tus sonrisas, cada uno de tus silencios y cada una de tus palabras me encadenan á una embriaguez nueva... Siento que florezco en ti, como tú floreces en mí; y nacemos sin cesar uno en otro...

MELEANDRO

No hay sino una cosa que nos separe aún... Nuestro asombro.

AGLAVENA

Es verdad; me asombro día y noche de que exista realmente un ser como tú.

MELEANDRO

Yo también... Mis ojos, mis manos y mis oídos no me bastan... Creo soñar cuando te veo; creo soñar cuando te oigo, y creo haber soñado cuando ya no te veo, creo haberme engañado cuando ya no te oigo. Vuelvo junto á ti, y creo que me sigo engañando. Te veo, te oigo, te abrazo, y en el mismo momento quisiera huir de nuevo por volver á encontrar mi otra certidumbre.

AGLAVENA

Yo también. Cuando estoy cerca de ti quisiera alejarme para verte aún más de cerca cuando estoy sola; y cuando estoy sola vengo á buscarte, porque sé que tu alma me espera mil veces más profunda de lo que pude imaginar... No sé ya qué hay que hacer en medio de una felicidad como la nuestra, y á veces se diría que soy desgraciada á fuerza de ser feliz.

MELEANDRO

¿Dónde estabas durante todos los años que hemos vivido sin sospechar que vivíamos los dos?..,

AGLAVENA

También estaba yo pensando en eso, Meleandro, porque nuestras almas se hablan ya mucho antes de que nuestras bocas se abran...

MELEANDRO

Y, sin embargo, cuando me hablas es mi propia voz la que oigo por primera vez...

AGLAVENA

Yo también, cuando hablas tú, escucho á mi corazón, y cuando me callo oigo á tu corazón... Ya no puedo buscar el mío sin encontrar el tuyo... Ya no puedo buscar el tuyo sin encontrar el mío...

MELEANDRO

Tenemos dentro de nosotros mismos el mismo mundo... Dios se engañó, sin duda, cuando hizo así dos seres de nuestro ser...

AGLAVENA

¿Dónde estabas durante todos estos años en que yo estaba esperando tan sola?...

MELEANDRO

Yo esperaba también solo y no esperaba ya...

AGLAVENA

Yo esperaba también sola y seguía esperando...

MELEANDRO

¿Pero quién te había dicho que alguien te estaba esperando así?

AGLAVENA

Nadie había dicho nada, y yo no sabía nada, á no ser lo que sabemos acaso sin saberlo, y te conocía sin haberte visto nunca...

MELEANDRO

¿Pero podías quererme tanto como yo te quería antes de haberme visto?...

AGLAVENA

¿Y tú me habías visto como te había visto yo antes de haberte vuelto á encontrar?...

MELEANDRO

No creo que lo que nos sucede le haya sucedido nunca á nadie, ni que haya otras vidas semejantes á la nuestra.

AGLAVENA

¡Oh! A veces pienso que no es posible.

MELEANDRO

Yo también, y tengo miedo...

AGLAVENA

¿De qué tienes miedo? ¿No nos hemos encontrado? ¿Qué podemos temer aún?

MELEANDRO

Al contrario, cuando se es feliz es cuando hay que temer... No hay nada más amenazador que la felicidad, y cada beso que damos puede despertar á un enemigo... Y, además, hay otra cosa...

AGLAVENA

¿Qué?

MELEANDRO

Seliseta...

AGLAVENA

¿Y qué?

MELEANDRO

¿Has pensado en Seliseta?

AGLAVENA

Sí.

MELEANDRO

¿Y no te turba pensar en ella?

AGLAVENA

No; ya no me turbará nunca más...

MELEANDRO

Es que puede sufrir...

AGLAVENA

¿No puedo quererte como á un hermano, Meleandro?

MELEANDRO

Sin embargo ¿si llora...?

AGLAVENA

No llorará mucho tiempo si sube con nosotros... ¿Por qué no había de subir al mismo tiempo que nosotros hacia el amor que ignora las pequeñeces del amor? ¡Meleandro! Seliseta es mejor de lo que tú crees; le daremos la mano; sabrá reunirse con nosotros, y una vez cerca de nosotros, ya no llorará... Y nos bendecirá por las lágrimas que ha derramado, porque hay lágrimas que son más benéficas que besos.

MELEANDRO

¿Crees que yo puedo quererte como á una hermana, Aglavena?

AGLAVENA

¡Ah!...

MELEANDRO

¿Crees que tú puedes quererme como á un hermano?

AGLAVENA

Cuando me lo preguntas, ya no lo sé...

MELEANDRO

Yo ya no puedo creerlo. Vamos á luchar día y noche, vamos á luchar largo tiempo, y nuestras fuerzas más hermosas, que se hubieran convertido en el más precioso amor, en belleza tal vez ó en verdades más profundas, van á agotarse en una lucha inútil... Y cuanto más luchemos, más veremos subir entre nosotros un deseo, que será como un velo cada vez más obscuro... Y bajo este velo morirán, en nosotros mismos, las cosas mejores... Parece que en el fondo de todo esto no hay sino una cosa bien pequeña, y, sin embargo, esta cosa tan pequeña acaso tiene fuerza para apartar para siempre á dos almas de su felicidad perfecta... ¿Es que las estrellas y las flores, las mañanas y las noches, los pensamientos y las lágrimas, es que todo no se transforma según el beso que nos damos?... ¿Es que la misma noche tiene la misma profundidad en los ojos de una hermana que en los de una amante? No cerremos la puerta á las verdades más hermosas... Toda la luz de nuestras dos vidas se

va á romper contra una mentira mezquina... Tú no eres mi hermana, Aglavena, y yo no puedo quererte como á una hermana...

AGLAVENA

Es verdad que no eres mi hermano; pero en eso, sin duda, es donde debemos sufrir...

MELEANDRO

¿Tú también amas los sufrimientos inútiles?

AGLAVENA

No amo sino los sufrimientos que puedo evitar á los demás.

MELEANDRO

Y aquí, ¿qué sufrimientos podremos evitar á los demás sin matar lo mejor de nosotros mismos?

AGLAVENA

Aún no lo sabemos; pero debemos obrar como si lo supiéramos... Y si nos engañamos, más vale que nos engañemos contra nosotros mismos...

MELEANDRO

Ya lo sé, pero ¿qué hacer?

AGLAVENA

El destino nos ha puesto al uno cerca del otro; nos hemos reconocido como tal vez nunca hasta hoy se han reconocido dos seres. Nos amamos, y nada en el mundo puede hacer ya que no te ame ó que tú no me ames...

MELEANDRO

Creo lo mismo que tú; no hay nada en el mundo...

AGLAVENA

Sin embargo. Si yo hiciese llorar á un inocente, ¿me reconocerías?

MELEANDRO

No podrá llorar sino porque se engañe.

AGLAVENA

También las lágrimas que se engañan son dolorosas.

MELEANDRO

No podríamos hacer sino huir uno de otro, Aglavena; pero no es posible... Una cosa tan bella no ha nacido para morir, y también tenemos deberes para con nosotros mismos.

AGLAVENA

También lo creo así, Meleandro; pero creo que hay algo mejor que huir uno de otro... No puedo figurarme que hayan nacido todas estas cosas para terminar en lágrimas.

MELEANDRO

No se sabe por qué nacen; pero se sabe que las lágrimas nunca se han hecho esperar...

AGLAVENA

Entre tanto, si alguien sufre, es preciso que seamos nosotros... Hay mil deberes; pero creo que nos engañamos pocas veces cuando intentamos primeramente evitar un sufrimiento al más débil para apropiárnosle nosotros.

MELEANDRO

Abrazándola.

¡Qué hermosa eres, Aglavena!

AGLAVENA

Abrazándole á su vez.

¡Te amo, Meleandro!

MELEANDRO

¿Estás llorando, Aglavena?

AGLAVENA

No; estamos llorando, Meleandro...

MELEANDRO

Y temblando...

AGLAVENA

Sí...

Se abrazan. Se oye entre el follaje un grito de dolor; después se ve á Seliseta que huye, desmelenada, hacia el castillo.

MELEANDRO

¡Seliseta!...

AGLAVENA

Sí.

MELEANDRO

Nos ha oido; huye hacia el castillo.

AGLAVENA

Señalándole á lo lejos á Seliseta.

¡Ve con ella! ¡Ve!...

MELEANDRO

Sí.

Se precipita en seguimiento de Seliseta. Aglavena se apoya contra un árbol y llora silenciosamente.

ESCENA II

En el fondo del parque. Un banco de piedra junto á un gran estanque. En el banco, Aglavena, dormida y cubierta con un velo. Entra Seliseta.

SELISETA

"Seliseta, la pequeña Seliseta, es preciso que no llore,,... Tiene lástima de mí porque ya no me quiere... Yo tampoco le quiero. Creen que voy á estarme tan tranquila, y que con abrazarme mirando á otro lado ya está hecho todo lo que hay que hacer... "Seliseta, la pequeña Seliseta,,... ¡Oh! Eso se dice muy cariñosamente, mucho más cariñosamente que de costumbre... Ahora, cuando me abraza, mira hacia otro lado ó se queda mirándome como si me pidiese perdón... Y mientras se abrazan ellos tengo yo que esconderme como si hubiese robado algo... Esta noche han vuelto á salir, y los he perdido de vista... "La pequeña Seliseta,,. No está en el secreto... No se le habla ya mas que sonriendo... Se le da un beso en la frente, se le ofrecen flores y frutas. "La pequeña Seliseta,, está bien protegida por la extranjera... Se la abraza llorando para decirle: ¡Oh! Pobre chiquilla... ¡Qué le vamos á hacer!... no se marchará, pero no verá nada... y en cuanto ella vuelve la cabeza se cogen de las manos... Sí, sí, precisamente en esos momentos... Paciencia... paciencia... También á la "pequeña Seliseta,, le llegará su día... Todavía no sabe lo que es preciso hacer; pero paciencia, paciencia, ya veremos...

Viendo á Aglavena en el banco.

¡Están ahí! ¡Se han dormido uno en brazos de otro!... ¡Oh! ¡Esto!... ¡Oh! ¡Esto!... ¡Voy!... ¡Isalina! ¡Abuela!... ¡Quiero que los vean! ¡Quiero que vean esto!... ¡No vendrá nadie!... Siempre estoy sola... Voy...

Acercándose.

También ella está sola... ¿Es un rayo de luna ó es su velo blanco?... Duerme. ¿Qué voy á hacer?... ¡Oh! ¡Ella no sabe!... Está á la orilla del estanque, y si se vuelve, cae en la cisterna... Ha llovido... Se ha cubierto la cabeza, pero tiene el pecho descubierto... está empapada... Tiene frío... No conoce el país... ¿Es que se ha dormido ó es que está enferma?... ¡Oh! Tiembla durmiendo... le daré mi manto.

Cubre con su manto á Aglavena y levanta el velo que le oculta el rostro.

Duerme profundamente... creo que ha llorado... no parece feliz... no parece más feliz que yo... está pálida... ya veo que llora también... es hermosa... es hermosa cuando está así, pálida... diríase que se confunde con la luz de la luna... no quiero despertarla bruscamente... podría asustarse y caer en el pozo.

Inclinándose despacio.

¡Aglavena... Aglavena!

Despertándose.

AGLAVENA

¡Ah, cuánta luz!...

SELISETA

Tened cuidado... estáis junto al agua... No os volváis; os daría vértigo...

AGLAVENA

¿Dónde estoy?

SELISETA

Junto al depósito de agua dulce del castillo... ¿No lo sabíais? ¿Habéis venido sola? Hay que tener cuidado, este sitio es peligroso...

AGLAVENA

No lo sabía... está obscuro... vi el seto de boj y después un banco... estaba triste y cansada.

SELISETA

¿Tenéis frío? Poneos el manto...

AGLAVENA

¿Qué manto es éste?... ¿Es el tuyo, Seliseta? ¿Me has cubierto á mí mientras dormía?... Y eres tú la que tienes frío... Ven aquí, abrígate también... Tiemblas más que yo...

Volviéndose.

¡Oh! Ya veo... Ahora que ha salido la luna, veo el

agua que reluce entre las dos murallas... Si hubiera hecho un movimiento... ¿Y has sido tú...?

Mira largamente á Seliseta y la abraza.

¡Seliseta!...

SELISETA

Vámonos de aquí; en este sitio hay fiebres.

AGLAVENA

No hay que hacer esperar nunca á momentos como éste. No vuelven dos veces... He visto tu alma, Seliseta, porque, á pesar tuyo, me has querido hace un instante.

SELISETA

Nos vamos á enfriar...

AGLAVENA

No intentes huir, te lo suplico, en el momento en que todo lo más grave que hay en tu ser quisiera acercarse á mí. ¿Crees que no oigo los esfuerzos que se hacen?... ¿Crees que estaremos nunca más cerca una de otra?... No pongamos mezquinas palabras pueriles, mezquinas palabras semejantes á espinas entre nuestros pobres corazones... Hablemos como seres humanos, como pobres seres humanos, que hablan como pueden, con las manos, con los ojos, con el alma, cuando quieren decir

cosas más ciertas que aquellas á que pueden alcanzar las palabras... ¿Crees que no oigo desbordarse tu corazón? Estréchate contra mí en la noche, déjame rodearte con mis brazos, y no te inquietes si no puedes responder.. Hay algo que habla en ti; lo oigo tan bien como tú misma...

SELISETA

Echándose á llorar.

Aglavena...

AGLAVENA

Aglavena llora también... Llora porque te quiere y porque tampoco ella puede decir lo que debiera hacer, lo que debiera decir... Estamos aquí solas, mi pobre Seliseta; estamos aquí solas estrechándonos una contra otra en la obscuridad... y la felicidad ó la desgracia que hayan de sucedernos, acaso se decidan en este momento en nosotras mismas... Pero nadie puede saberlo, y para interrogar al porvenir no encuentro mas que lágrimas... Creía yo ser la más prudente de las dos, y cuando llega el momento en que haría falta saber, siento que tengo más necesidad de ti que tú de mí... Y por eso lloro y por eso te abrazo así, para que las dos nos unamos cuanto es posible unirse, para que las dos nos acerquemos cuanto es posible acercarse á lo que se decide en el fondo de nosotras... Te he hecho sufrir mucho esta mañana...

SELISETA

No, no. No me has hecho sufrir.

AGLAVENA

Te he hecho sufrir mucho esta mañana... Y quisiera no volver á hacerlo nunca... Pero... ¿qué es preciso hacer para que no sufran aquellos á quienes más queremos? Diríase verdaderamente que en cuanto se ama á alguien, se le señala al mismo tiempo que se señala uno á sí mismo para sufrimientos que aún no se habían acordado de él... Y así, en el momento mismo en que sentía yo que te amaba profundamente, di ese beso que había nacido para ti y que te ha hecho llorar por primera vez.

SELISETA

He llorado, Aglavena, pero sin motivo.. Ya no volvere á llorar.

AGLAVENA

Mi pobre Seliseta, nunca sabe uno si tiene ó no tiene motivo para llorar... No debemos preguntarnos si los que lloran tienen motivo para ello ó no le tienen, sino sencillamente qué podemos hacer para que no lloren.

SELISETA

Sollozando.

¡Aglavena!

AGLAVENA

¿Qué sucede? ¿Por qué estás temblando?

SELISETA

Aún no te había visto dormir...

AGLAVENA

Me verás dormir muchas veces, Seliseta...

SELISETA

Y, además, no me habían dicho nada. No, nadie, nadie...

AGLAVENA

Sí, sí; pobre Seliseta mía; te habrán dicho, sin duda, lo que se dice á todo el mundo; porque todo el mundo habla cuando quiere, y todos tenemos ocasión de oir las palabras necesarias; pero tú aún no sabías escuchar...

SELISETA

No era lo mismo... Nunca, nunca...

AGLAVENA

Es que tú no escuchabas, Seliseta... Mira, no es con los oídos con lo que se escucha, y lo que ahora oyes no lo oyes verdaderamente con los oídos; porque en el fondo no oyes lo que te estoy diciendo; oyes sencillamente que te quiero...

SELISETA

Yo te quiero también...

AGLAVENA

Y por eso escuchas y comprendes tan bien lo que no puedo decirte... No sólo nuestras manos se unen en estos momentos, mi pobre Seliseta... Pero Meleandro te quiere también, ¿por qué no le escuchabas?

SELISETA

No es como tú, Aglavena...

AGLAVENA

Es mejor que yo; debe haberte hablado más de una vez mucho mejor de lo que yo puedo hablarte...

SELISETA

No, no; no es lo mismo... Escucha, no puedo decirte exactamente lo que es... Cuando él está delante, siempre me oculto yo dentro de mi misma... No quiero llorar... No quiero que crea que comprendo... Le amo demasiado...

AGLAVENA

Sigue, sigue, Seliseta... Te besaré suavemente mientras me hablas...

SELISETA

Es tan difícil... No comprenderás, no puedo decirte...

AGLAVENA

Si no comprendo lo que dices, comprenderé lo que dicen tus lágrimas.

SELISETA

Sí, eso es... No quiero que me quiera por otra cosa... Quiero que me quiera porque soy yo sola... ¡Oh! No es posible decirlo completamente... No quiero que me quiera porque estoy de acuerdo con él ó porque puedo responderle... Diríase que tengo celos de mí misma... ¿comprendes algo, Aglavena?

AGLAVENA

No cuesta trabajo ver si hay agua pura en un vaso de cristal, Seliseta... Te daba miedo hacerle ver que eres hermosa... No se sabe por qué, á menudo, cuando se ama se tiene ese temor... Tal vez se desea demasiado que los demás adivinen... Pero ese es un temor que hay que vencer... Además, en fuerza de ocultarnos á los demás, acabamos por no encontrarnos á nosotros mismos.

SELISETA

No soy razonable, ya lo sé... Quiero que me quiera aun cuando yo no supiese nada, aun cuando no hiciese

nada, aun cuando no viese nada, aun cuando no fuese nada... Me parece que querría que me amase aun cuando no existiera... Y entonces yo ocultaba, ocultaba... Quisiera ocultarlo todo... No es culpa suya... Por eso era yo tan feliz cuando me abrazaba, encogiéndose de hombros y moviendo la cabeza... Mucho más feliz que cuando me abrazaba mirándome... Pero, sin duda, no es así como se debe amar, ¿verdad?

AGLAVENA

Nadie sabe cómo es preciso amar... Unos aman así y otros así; y el amor hace esto ó el amor hace aquello, y siempre está bien, puesto que es el amor... Le contemplamos en el fondo de nosotros mismos como un buitre ó como un águila extraña dentro de una jaula... La jaula nos pertenece, pero el pájaro no pertenece á nadie... Le miramos con inquietud, le calentamos, le alimentamos, pero no sabemos lo que va á hacer, si va á volar, si va á destrozarse contra los barrotes, si va á cantar... No hay nada en el mundo que esté más lejos de nosotros que nuestro amor, mi pobre Seliseta... Es preciso esperar, y no podemos sino aprender á comprenderle...

SELISETA

¿Tú le amas, Aglavena?

AGLAVENA

¿A quién, Seliseta?

SELISETA

A Meleandro.

AGLAVENA

¿Cómo no voy á quererle?

SELISETA

¿Pero le quieres como le quiero yo?

AGLAVENA

Procuro quererle como te quiero á ti, Seliseta.

SELISETA

¿Pero y si le amases demasiado?

AGLAVENA

Creo que nunca se puede amar demasiado...

SELISETA

¿Pero y si te quiere á ti más que á mí?

AGLAVENA

Amará en ti lo que amaba en mí, puesto que es lo mismo... No hay un ser en el mundo que se me parezca

tanto como Meleandro. ¿Cómo no ha de quererte, puesto que yo te quiero, y cómo podría yo quererle si no te quisiese?... Ya no se parecería á sí mismo ni á mí...

SELISETA

En mí no hay nada que pueda amar... ¡Y tú sabes tantas cosas que yo no sabré nunca, Aglavena!

AGLAVENA

Abrázame, Seliseta, y créeme cuando digo que acaso todo lo que sé no vale más que todo lo que tú crees no saber... Yo sabré demostrarle que eres más profunda y más hermosa de lo que cree...

SELISETA

¿Podrás conseguir que siga queriéndome mientras estés aquí?

AGLAVENA

Si no te quisiese porque estoy yo aquí, me iría en seguida, Seliseta...

SELISETA

No quiero que te vayas.

AGLAVENA

Sería necesario, porque entonces yo ya no amaría...

SELISETA

¡Es que entonces yo sería desgraciada, Aglavena!...

AGLAVENA

Tal vez, Seliseta...

SELISETA

¡Oh! ¡Estoy empezando á quererte, á quererte, Aglavena.. !

AGLAVENA

Yo te quiero desde hace mucho tiempo, Seliseta.

SELISETA

Yo, no. Cuando te vi no te quería, y luego te quería, á pesar de todo... Un momento deseé... ¡oh, algo malo, muy malo!... Pero no sabía que eras así; si hubiese estado yo en tu lugar, hubiese sido muy mala...

AGLAVENA

No, no... en el fondo de ti misma no hubieras sido mala; pero no hubieras sabido cómo se puede ser buena siendo desgraciada... Hubieras creído que tu deber era ser mala, porque no tenías el valor de ser buena... Siempre deseamos todos los males á los que nos ofenden, y luego, al menor mal que les sucede, quisiéramos darles

toda la felicidad que poseemos para que no lloren... Pero ¿por qué no amarlos antes de que sean desgraciados? Amándolos de antemano no nos engañamos nunca, porque no hay ser en este mundo que sea dichoso hasta el fin...

SELISETA

Quisiera abrazarte otra vez, Aglavena... Es extraño: al principio no podía abrazarte... ¡Oh, me daba miedo!... no sé por qué... y ahora... ¿Te abraza él á menudo?

AGLAVENA

¿El?

SELISETA

Sí.

AGLAVENA

Si, Seliseta, y yo le abrazo también.

SELISETA

¿Por qué?

AGLAVENA

Porque hay cosas que no pueden decirse mas que en un abrazo... Porque las cosas más profundas, las más puras acaso, no salen del alma mientras no las llama un beso.

SELISETA

Puedes besarle también cuando yo lo vea, Aglavena.

AGLAVENA

Si no quieres, no le besaré más, Seliseta.

SELISETA

Echándose á llorar de repente.

Y puedes besarle también cuando yo no lo vea...

Esconde la cabeza en el hombro de Aglavena y continúa sollozando suavemente.

AGLAVENA

No llores, Seliseta, porque eres mejor que nosotros dos.

SELISETA

No sé por qué lloro... Si no tengo pena... Me alegro mucho de haberte despertado, Aglavena...

AGLAVENA

Yo también me alegro de haber despertado. Ven... vámonos... No debemos quedarnos demasiado tiempo en los lugares donde nuestra alma ha sido más feliz de lo que puede serlo un alma humana...

Salen abrazadas.

ESCENA III

Habitación en el castillo.

En el fondo de la sala, y en la sombra, están Meligrana y Seliseta.

MELIGRANA

Ya no puedes más, mi pobre Seliseta; no digas que no; no sacudas la cabeza enjugándote los ojos.

SELISETA

Pero, abuela, si te digo que lloro porque soy feliz...

MELIGRANA

No se llora así cuando se es feliz...

SELISETA

Sí, sí; se llora así, puesto que yo lloro.

MELIGRANA

Escúchame, Seliseta... Hace un momento he oído todo lo que me has dicho respecto de Aglavena... Yo no sé hablar como ella... Soy una vieja que no sabe gran cosa, pero he sufrido también, no tengo en el mundo á nadie mas que á ti, estoy ya cerca del sepulcro; y todo esto, hija mía, enseña verdades que acaso no son tan her-

mosas como esas de que nos habla Aglavena; pero no siempre las verdades más hermosas tienen razón contra las verdades más sencillas y más viejas... No veo mas que una cosa, Seliseta, y es que, á pesar de las sonrisas que prodigas, empalideces y lloras cuando crees que estás sola... No debemos luchar así contra nuestras propias fuerzas... Por mucho que nos digamos á nosotros mismos que nuestras lágrimas no son razonables, cuando llegamos al fin de la vida vemos demasiado que sólo las lágrimas tenían razón... Porque mira, Seliseta, á través de ellas habla muy á menudo el destino, y suben á nuestros ojos desde lo más hondo del porvenir...

Aglavena entra por el fondo de la sala sin que la vean.

Has llorado demasiado tiempo, mi pobre Seliseta. ¿En qué quieres que venga á parar todo esto? Aquí, en mi rincón, he reflexionado con paciencia. y procuro hablar con serenidad, á pesar de todo lo que sufro al verte padecer injustamente... Para estas tristezas no hay dos soluciones humanas, y es preciso, ó que una de vosotras dos muera, ó que la otra se vaya... ¿Y cuál debe marcharse sino aquella á quien el destino ha hecho venir demasiado tarde?...

SELISETA

¿Por qué no será ella la que ha venido demasiado pronto?

AGLAVENA

Adelantándose.

Nunca llega uno demasiado pronto... Siempre llega

uno á la hora precisa, y creo que la abuela tiene razón...

SELISETA

Si la abuela tiene razón, las dos seremos desgraciadas...

AGLAVENA

Y si la abuela no tiene razón, también lloraremos... ¿Qué se le ha de hacer, Seliseta? A menudo la única elección que nos queda es la de las lágrimas, y si yo hiciese caso á mi pobre prudencia te diría que es preciso elegir siempre las más hermosas, y las más hermosas aquí son las que derramabas tú... Pero desde hace algunos días yo también estoy inquieta, y más de una vez me he dicho á mí misma que, bajo las verdades que podemos alcanzar, es preciso que haya una verdad más grave, que está esperando su momento en lo más hondo de nosotros mismos, y á la cual todas nuestras palabras no consiguen cambiar la sonrisa ni enjugar los ojos... y creo que hoy he encontrado esa verdad, que nos arrastraría á pesar de todos nuestros esfuerzos... ¡Adiós, Seliseta!... Abrázame. Es tarde; Melandro te espera...

SELISETA

¿No vienes á abrazarle conmigo, Aglavena?

AGLAVENA

Ya nunca más le abrazaré. Te abrazaré á ti sola

cuando estemos juntos, y podré decirle todo lo que necesito decirle, como si le abrazase á él...

SELISETA

¿Qué te pasa? Te brillan los ojos; algo me ocultas...

AGLAVENA

Al contrario; me brillan los ojos porque ya no oculto nada... He comprendido que te quiere mucho más profundamente de lo que creía...

SELISETA

¿Te lo ha dicho?

AGLAVENA

No. Si me lo hubiese dicho no estaría tan segura...

SELISETA

Pero ¿y á ti? ¿Ya no te quiere?...

AGLAVENA

Me quiere menos que á ti...

SELISETA

¡Oh! ¡Pobre Aglavena!... ¡No es posible!... ¿Por

qué te quiere menos? ¿Qué quieres que haga yo? No quiero que estés sola esta noche, si no eres feliz... ¿Quieres que me quede contigo?... Le diré...

AGLAVENA

Anda, anda... date prisa, Seliseta... Nunca seré más feliz que esta noche...

Se abrazan en silencio, y salen, cada una por su lado.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

En el parque.

Entran Meleandro y Seliseta

SELISETA

Perdóname, Meleandro; quisieras estar solo. Soy siempre para ti causa de tristeza; pero me iré en seguida... Salgo de la habitación de Aglavena... Ya duerme, y le he dado un beso en los labios, y aunque las estrellas iluminan todo su lecho, no se ha despertado... No te detendré mucho tiempo, y ahora mismo iremos á despertarla, porque llora en sueños. . no me he atrevido á despertarla sola... pero quisiera hablarte de una cosa... aún no sé si tengo razón ó no, ni si está bien ó mal... á Aglavena no puedo preguntárselo; pero tú me perdonarás también si me engaño.

MELEANDRO

¿Qué ocurre, Seliseta? Ven aquí, á este banco, y siéntate sobre mis rodillas. Acariciaré tus cabellos mientras me hablas; no me verás y no tendrás miedo... creo que algo te pesa sobre el corazón...

AGLAVENA

No es sobre el corazón... es sobre mí... no puedo decir dónde... acaso sobre el alma... es algo que pesa y que hace comprender...¿qué?... aún no sé nada, pero soy más feliz que cuando no sentía pesar nada sobre mí...

MELEANDRO

Has cambiado mucho, Seliseta... y también yo tenía que hablarte... Ya no encuentro tu expresión de otras veces..., y las pobres flores de tus mejillas ya no reviven ni bajo mis besos... En otro tiempo te reías cuando te besaba así...

SELISETA

En otro tiempo reía más á menudo, pero ahora soy mucho más feliz.

MELEANDRO

No lo sé, Seliseta... A veces sucede que el alma se cree feliz cuando el corazón ya no puede más... Pero dejemos todo esto, y dime antes qué es lo que te atormenta esta noche,

SELISETA

Aglavena se marcha...

MELEANDRO

¿Aglavena? ¿Te lo ha dicho?

SELISETA

Sí.

MELEANDRO

¿Cuándo?... ¿Y por qué se va?

SELISETA

No me lo ha dicho... Pero es seguro que se irá, puesto que cree hoy que eso es lo que debe hacer..., y por eso yo me pregunto si no es preferible que sea yo la que me vaya...

MELEANDRO

¿Tú?... Pero ¿qué ha sucedido?

SELISETA

No ha sucedido nada; y te suplico que si no quieres que llore sin motivo, no hables de esto á Aglavena... Pero, mira, Meleandro, yo también he reflexionado mientras vosotros estabais juntos, mientras estaba yo esperando junto á la abuela... y cuando volvíais tan feli-

ces, tan unidos que todos se callaban, á pesar suyo, cuando os acercabais... me lo he dicho á mí misma muchas veces... Yo no soy sino una pobre cosa que jamás podrá seguiros... pero habéis sido siempre tan buenos para mí, que he tardado mucho en verlo... y muy á menudo queríais llevarme con vosotros porque yo estaba triste... y cuando os acompañaba parecía que estabais más alegres que de costumbre; pero vuestras dos almas ya no tenían su felicidad, y yo era entre vosotros como una extraña que tuviese frío... y, sin embargo, no era culpa vuestra, ni era tampoco culpa mía... ya sé que no puedo comprender... y, sin embargo, sé que es preciso que se comprenda.

MELEANDRO

Querida, querida y buena Seliseta mía, Aglavena tiene razón, y yo no sabía que eras tan pura... Pero ¿qué crees no comprender? ¿Crees tú que nosotros comprendemos algo que tú no comprendes? ¡Ay de mí, Seliseta! La diferencia es tan pequeña en el fondo de las cosas, que no sabría uno decir por qué razones ama. Pero si es posible que tú hayas dicho lo que acabas de decir, ya no tienes necesidad de comprender; yo solo he sido quien no comprendía...

SELISETA

No, no, Meleandro; no hablas tú, habla tu bondad... Yo sé de sobra cómo hay que ser, y, sin embargo, no podría nunca ser lo que sois vosotros...

MELEANDRO

No te reconozco, Seliseta, y no habia visto nada... no sé de qué cielo desciendes cuando hablas así.

SELISETA

Desciendo de Aglavena, Meleandro...

MELEANDRO

Todos descendemos de Aglavena, hija mía; una vez que hemos conocido la belleza, no tenemos otro origen que ella... Pero ¿crees tú, Seliseta, que haya gran diferencia entre tu alma y la de Aglavena?

SELISETA

Sí; creo que la hay muy grande...

MELEANDRO

Yo no lo creo, y cada vez lo creo menos cuando puedo entrever todo lo que se ocultaba bajo tus risas de niña... Siempre se acerca uno á las almas que saben manifestarse, y deberíamos aprender que las que no se manifiestan son tan nobles como las otras, y acaso más... puesto que no sospechan lo que son...

SELISETA

No, no; por mucho que yo hiciera, nunca sería lo mis-

mo, Meleandro... Cuando hago algo que te parece bien es que he procurado imitar á Aglavena...

MELEANDRO

Seliseta...

SELISETA

¡Oh, Meleandro... no he dicho eso para hacerte un reproche!... ¿Lo has comprendido así? Ya no soy como en otro tiempo; ya no haré nunca reproches á nadie. Yo misma no sé qué es lo que me ha hecho cambiar así; y no hubiera creído hace algún tiempo, si me lo hubieran dicho, que iba á ser feliz poniéndome más triste, y que un día llegaría yo á poner mis labios sobre los labios de aquella á quien tú habrías de amar; y, sin embargo, no puedo menos de hacerlo...

MELEANDRO

No sé qué se prepara el cielo á exigir de un hombre cuando le rodea de seres como vosotras...

SELISETA

Yo soy bien poca cosa, Meleandro; pero quisiera ser mejor de lo que soy, y quisiera también que alguien me amase llorando, como lloras tú cuando la admiras.

MELEANDRO

¿De quién hablas?

SELISETA

Hablo de aquella en quien piensas, sin duda, cuando no hablas...

MELEANDRO

Cuando estoy á tu lado pienso en ella, y cuando estoy con ella pienso en ti...

SELISETA

Ya he visto que no era lo mismo, ni eran las mismas lágrimas, Meleandro... Vienen de mucho más lejos que cuando se tiene compasión, y sé que no es posible olvidarlas... Y cuando me dices que me amas, para que esté yo menos triste, no podrías decirme nunca lo que le dices á Aglavena...

MELEANDRO

No sé si te diría las mismas cosas, Seliseta. Nunca decimos exactamente lo que queremos decir, y cuando hablamos profundamente á alguien á quien amamos no hacemos nunca sino responder á preguntas que los oídos no oyen... Y las preguntas que hacen las almas nunca son semejantes..., y por eso es por lo que se diferencian nuestras palabras sin que nosotros lo sepamos... Pero las preguntas de tu alma de niña, Seliseta mía, son tan hermosas como las de Aglavena... Vienen de otra región, y eso es todo... Así es que no te entristezcas... No hay que tener celos de las almas... ¿Crees tú que en el fondo

no te hablo en este momento lo mismo que hablaría á Aglavena?... ¿Crees tú que se puede decir á un ser otra cosa que lo que yo te digo?... ¡Oh, hermosa Seliseta mía! si un ángel del cielo bajase á mis brazos para ocupar tu puesto, no podría abrirle mi corazón más sencillamente ni más profundamente de lo que le abro para ti... Y todo lo demás que sería preciso decir no puedo decirlo aquí abajo... Esperemos, Seliseta; Aglavena se irá ó no se irá; ella sola lo sabe y no se engaña... Pero que se quede ó que se vaya, habrá sabido enseñarme á encontrar tu tesoro y á amarte, por fin, como yo no sabía amar... En todo caso, Seliseta, si es preciso que alguien llore, aún no eres tú la que debe llorar... Además, ¿crees que podríamos ser felices si te marchases tú, hija mía?... ¿Y crees que una felicidad que estuviese fundada sobre los sufrimientos de un ser pequeño, puro y suave, como tú, sería felicidad duradera y digna de nosotros?... ¿Crees que podría yo abrazar á Aglavena y que podría amarme ella si uno de nosotros aceptara esa felicidad? Nos amamos por encima de nosotros mimos, Seliseta, nos amamos en la región en que somos bellos y puros, y allí es donde te encontramos también á ti, y desde hace algún tiempo, gracias á ti, no es posible que debamos amarte sin verte... Ven, dame un beso... Esta noche te beso sobre tu alma, Seliseta... Ven; creo que es media noche. Vamos á ver si el ensueño de Aglavena llora aún á través de su sueño...

Salen abrazados.

ESCENA II

Habitación en el castillo.

Entran Aglavena y Meleandro.

AGLAVENA

¿Oyes esa puerta que se cierra?

MELEANDRO

Si.

AGLAVENA

Es Seliseta... Nos ha oido y quiere dejarnos solos...

MELEANDRO

Me habia dicho que iba á subir á su torre esta mañana; le habian hablado de un pájaro grande y extraño...

AGLAVENA

Estaba aqui; estoy segura de ello, y toda la habitación parece que está esperando su vuelta... Mira los objetos menudos de su trabajo que ha dejado en el poyo de la ventana... Las madejas de seda, los hilos de oro y de plata, las perlas y las piedras...

MELEANDRO

Y he aquí su anillo, en que están escritos nuestros nombres... Aquí hay violetas, aquí está su pañuelo...

Coge el pañuelo y se estremece al tocarlo.

¡Ah!...

AGLAVENA

¿Qué pasa?

MELEANDRO

Alargándole el pañuelo.

Toma...

AGLAVENA

¡Ah!

MELEANDRO

Ha guardado para nosotros el calor de sus lágrimas...

AGLAVENA

Ya lo ves, puesto que ella no habla, las cosas más pequeñas van á hablarnos en su lugar para decirnos que ya es hora... *Cogiendo el pañuelo.* Dámele; pobre testigo de todo lo que se nos oculta... habría que estar muerta para no comprender...

MELEANDRO

Aglavena...

Quiere abrazarla.

AGLAVENA

No me abraces hoy. Amala mucho, Meleandro...

MELEANDRO

No sé qué creer... A veces me parece que la amo tanto como á ti; á veces que la amo más que á ti, porque está más lejos de mi ó porque es más inexplicable... y después, cuando te vuelvo á ver, todo se borra en torno suyo; ya no la veo... sin embargo, si la perdiese para siempre, jamás podría abrazarte sin tristeza...

AGLAVENA

Harto sé que la amas, y por eso es preciso que yo me vaya...

MELEANDRO

Pero no puedo amarla sino en ti, y cuando tú estés lejos, ya no la amaré...

AGLAVENA

Sé que la amas, y lo sé tanto, que más de una vez no he podido menos de envidiar tu amor á la pobre niña... No me creas perfecta... Si Seliseta no es lo que parecía, yo también he cambiado viviendo entre vosotros... Llegué aquí más cuerda de lo que hay que ser; venía persuadida de que la belleza no debe inquietarse por las lágrimas que se derraman por su causa, y creía

que la bondad no tiene otro guía que la sabiduría... Pero ahora he reconocido que la bondad no debe ser sabia; que vale más que sea humana y loca... Creía yo ser la más hermosa de las mujeres, y ahora he reconocido que los seres más pequeños son tan hermosos como yo, y además no saben que lo son... Cuando miro á Seliseta me pregunto á cada instante si todo lo que ella hace á tientas, en su alma de niña, no es mucho más grande y mil y mil veces más puro que todo lo que yo hubiese podido hacer... Es indeciblemente hermosa; muchas veces lo pienso, Meleandro... No tiene mas que inclinarse para encontrar tesoros inefables en su corazón, y viene á ofrecerlos temblando, como una ciega que no sabe que sus dos manos están llenas de joyas y de perlas...

MELEANDRO

Es extraño; cuando me hablas de ella, á ti sola es á quien admiro y á quien amo más. Nada en el mundo puede conseguir que todo el bien que me dices de ella no recaiga sobre ti. Y aunque un Dios interviniese para lograrlo, nunca podría amarla como te amo...

AGLAVENA

Esa es la injusticia del amor, y si tú me hicieses el elogio de tu hermano, harto sé que aparecerías tú mucho más hermoso á mis ojos... Quisiera abrazarte y llorar, Meleandro... ¿Es, pues, imposible no quererse cuando se quiere uno?

MELEANDRO

Sí creo que es imposible; yo también lo he visto hace un momento, cuando hablaba con Seliseta, porque mientras la hablaba sentía yo que el amor no quería depender de lo que estaba diciendo, ni de lo que decía ella, de lo que yo pensaba, ni de lo que pensaba ella...

AGLAVENA

Cuando llegué aquí me parecía que todo era posible y que nadie iba á sufrir... Pero hoy veo que la vida no quiere obedecer á nuestros proyectos más hermosos... Y sé, al mismo tiempo, que si me quedase á tu lado cuando otros sufren por mí, yo no sería la que soy, tú no serías lo que soy, y nuestro amor ya no sería semejante á nuestro amor...

MELEANDRO

Acaso es verdad, Aglavena... Y, sin embargo, ¿no tendríamos razón?

AGLAVENA

¡Ah! ¡El tener razón es tan poca cosa, Meleandro! Creo que vale más no tener razón en toda la vida y no hacer llorar á los que no la tienen... Ya sé todo lo que podríamos decir; pero ¿á qué decirlo, puesto que sabemos que todo ello no podría cambiar en nada una vida más profunda y que no aprobaría ninguna de nuestras bellas palabras?... No escuchemos sino aquello que no sabe ha-

cer frases. Lo que dirige nuestra vida, á pesar de todas nuestras palabras y de todas nuestras acciones, es la sencillez de las cosas; y siempre nos engañamos cuando queremos luchar contra lo que es sencillo... ¡Quién sabe por qué razones nos hemos encontrado cuando ya era demasiado tarde, y quién se atrevería á decir que el destino no es la Providencia!... Hoy escucho á tu alma y á la mía, y todo lo que quisiéramos decir no transformaría lo que siento que están decidiendo ellas dos sencillamente en el fondo de nosotros mismos... En este momento somos tan cuerdos, mi pobre Meleandro, que los que nos oyesen por casualidad se alejarían diciendo: "Estos se aman bien fríamente, ó ignoran lo que es el amor verdadero,,, porque nos amamos allí donde los amantes de una hora no piensan nunca en amarse...

MELEANDRO

Abrazándola.

Te amo, Aglavena mía; y aquí es verdaderamente donde nos amamos mejor...

AGLAVENA

Abrazándole á su vez.

Te amo, Meleandro, y aquí es verdaderamente donde nos amamos para siempre...

Pausa.

MELEANDRO

Y ahora, ¿has pensado ya en lo que será nuestra vida cuando estemos separados uno de otro y cuando no que-

de de nuestro grande amor sino un pequeño recuerdo, que disminuirá como todos los recuerdos? ¿Qué haré yo aquí el año que viene? ¿Qué harás tú allí el año que viene?... ¿Vamos á cansar los días y los meses alargándonos los brazos en el vacío?... ¡Ay!, no quiero llorar, y por poco que pensásemos en ello, sería preciso que nos abrazásemos hasta rompernos el corazón... Por mucho que nos digamos que nos hemos de amar á pesar de todos los años, los bosques y los mares que estén entre nosotros, hay demasiados instantes en nuestra pobre vida en que el recuerdo más dulce no puede consolar de una ausencia demasiado larga...

AGLAVENA

Bien sé que el saber que nos amamos no ha de consolarnos sino en palabras cuando no nos veamos... Aquí podríamos ser dichosos y allí seremos desgraciados, de seguro... Y, sin embargo, uno y otro sentimos que lo que voy á hacer es lo único que debe hacerse... Tú llorarás largo tiempo, yo lloraré siempre, porque no basta saber que hemos hecho una cosa excelente para que podamos impedir á las lágrimas el subir hasta nuestros ojos... Y, sin embargo, si supieses una palabra que, sin cambiar nada, me impidiese marcharme, no la dirías... Es preciso sufrir lo que los demás ignoran, cuando ama uno así lo que otros no aman... No hay recompensa, Meleandro; pero nosotros no esperamos recompensa...

Salen.

ESCENA III

Al pie de la torre.

Entran Aglavena y Meleandro.

AGLAVENA

La he visto en lo alto de la torre, rodeada de gaviotas que lanzaban grandes gritos. Sube sin cesar hace dos ó tres días; y no sé lo que me pasa en el alma cuando la veo... Parece al mismo tiempo más inquieta y menos triste, y diríase que algo se prepara en ese corazoncillo tan profundo...

MELEANDRO

Me parece, en efecto, que sonríe de nuevo á su antigua vida menuda de Seliseta... ¿No has observado que canta y que revive? Anda delante de nosotros como si la iluminase una luz imprevista... ¿No valdría más no hablar de tu marcha antes de que esté más tranquila, y esperar á que se afirme en su alma lo que así la transforma?

AGLAVENA

No; quiero decírselo hoy...

MELEANDRO

Pero ¿cómo vas á decírselo? ¿No temes que ella, que está ya tan cerca de nosotros, y que no vive mas que en ti, sufra al verte marchar lo que sufrirías tú misma si un ser mejor que tú sacrificase su destino á un destino que no vale lo que el suyo?...

AGLAVENA

No tenemos derecho á poseer el destino de los demás... Ya he pensado lo que tengo que decirle; primero había pensado mentir para no hacerla sufrir... No sonrías, Meleandro... Es verdad que, generalmente, soy tan poco mujer, que no puedes imaginar que posea también en el fondo de mí misma la sabiduría indirecta y principal de la mujer, y que sé mentir tan bien como mis hermanas cnando el amor declara que le es necesaria la mentira... Había, pues, pensado decirle que ya no te amaba, que me había engañado, que tú no me amabas tampoco, y después mil pequeñeces que me hubiesen rebajado á sus ojos; así es que no hubiese sentido verme alejar. Pero, verdaderamente, ante sus grandes ojos puros he comprendido que no hubiese sido posible, puesto que no hubiese sido verdad... Espera... La oigo bajar cantando por la escalera de la torre... Retírate; es preciso que la hable sola, porque me dice cosas que aún no puede decirte; y, además, la verdad no desciende de su cielo más hermoso sino cuando se sienta entre dos seres que están solos.

Sale Meleandro. Pausa. Después se oye la voz de Seliseta que se acerca gradualmente.

LA VOZ DE SELISETA

Cuando salió el amante
(Oí cerrar la puerta)
Cuando salió el amante,
Ella sonrió...
Mas cuando volvió á entrar
(Oí chisporrotear la lámpara)
Mas cuando volvió á entrar,
Estaba otra allí...
Y he visto á la muerte
(Oí hablar á su alma)
Y he visto á la muerte
que aún está esperándole...

Entra Seliseta.

AGLAVENA

¡Oh, Seliseta, qué grandes y qué claros tienes los ojos esta mañana!

SELISETA

Es que he tenido un buen pensamiento, Aglavena...

AGLAVENA

Dímele, hija mía; un pensamiento bueno no debe ocultarse, porque alegra á todo el mundo.

SELISETA

Aún no puedo decírtele.

AGLAVENA

Dímele á pesar de todo. Acaso pueda yo ayudarte.

SELISETA

Eso es lo único que me atormenta; quisiera decírselo á alguien, porque sola no sé... Pero si dijese lo que he pensado, ya mi pensamiento no sería tan bueno...

AGLAVENA

No sé qué podrá ser; pero me parece que una idea buena aún se hace mejor cuando hay otros que la admiran...

SELISETA

¡Ah!... Es que Seliseta también tiene un secreto y sabrá guardarle... Vamos á ver. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar si hubieses sido tú Seliseta, y otra Aglavena, mucho más hermosa que tú, hubiese venido á abrazar á Meleandro?

AGLAVENA

Creo que hubiese procurado ser feliz, como si alguien hubiese traído á casa más luz, y habría procurado amarla como tú me amas...

SELISETA

¿No hubieras tenido celos?

AGLAVENA

No lo sé... En el fondo de mí misma, y un instante acaso... Pero hubiese reconocido que no estaba bien, y hubiera procurado ser feliz...

SELISETA

Yo estoy á punto de ser feliz, Aglavena...

AGLAVENA

Es preciso que no seas desgraciada ni un minuto, Seliseta...

SELISETA

Sería completamente feliz si estuviese convencida de que mi idea es buena...

AGLAVENA

¿Por qué no ha de ser buena, si te hace feliz?...

SELISETA

¡Es tan difícil saberlo, y estoy tan sola...!

AGLAVENA

¿Pero por qué no me lo dices? Estoy segura de que podría ayudarte.

SELISETA

Sí, sí me ayudarías, pero quiero que me ayudes sin saberlo.

AGLAVENA

¿Entonces quieres ocultarme algo?

SELISETA

Te oculto una cosa, pero es para mostrártela cuando sea muy bella...

AGLAVENA

¿Cuándo será muy bella?...

SELISETA

Cuando yo sepa... cuando yo sepa... Seliseta puede ser hermosa también... ya verás, ya verás... ¡Oh! Me vais á querer los dos mucho más.

AGLAVENA

¿Es posible quererte más, Seliseta?

SELISETA

¡Cuánto daría por saber lo que harías tú en mi lugar!

AGLAVENA

Estoy dispuesta á decírtelo...

SELISETA

Si te lo dijese, ya no sería lo mismo, y no podrías decirme la verdad...

AGLAVENA

¿No te he dicho siempre la verdad?

SELISETA

Si... ya lo sé; pero aquí no podrías decírmela.

AGLAVENA

Dices cosas extrañas esta mañana; ten cuidado, podrías engañarte...

SELISETA

No, no; déjame abrazarte, Aglavena... Cuanto más te abrace, más segura estaré de no engañarme...

AGLAVENA

Nunca te he visto los ojos más claros que esta mañana, Seliseta... Diríase que tu alma está ébria dentro de tu cuerpo.

SELISETA

También tú tienes los ojos más claros, y, sin embargo, querrías ocultármelos...

AGLAVENA

También tengo yo algo que decirte...

SELISETA

¡Oh! ¿Qué es?... Diríase que tampoco te atreves... ¿Y acaso es lo mismo?...

AGLAVENA

¿Cómo lo mismo?...

SELISETA

Nada, nada; estoy hablando, hablando... Dime en seguida lo que es...

AGLAVENA

Tengo miedo de que te entristezcas, y, sin embargo, deberías alegrarte...

SELISETA

Ya nunca volveré á llorar, Aglavena...

AGLAVENA

Cogiéndola del brazo.

¿Qué dices? ¿Por qué has dicho eso con una expresión que parece tan extraña?...

SELISETA

No, no; ya no volveré á llorar nunca; eso es todo; ¿no es natural?

AGLAVENA

Déjame que te mire á los ojos.

SELISETA

Mirame, mirame, ¿qué ves en ellos?

AGLAVENA

Dicen que el alma se muestra en los ojos, pero cuando los miramos diriase que huye... Y cuando miro asi los tuyos con todos mis temores, que no me atrevo á decir, parece que son ellos los que me interrogan y los que me dicen temblando: "¿Qué lees?,., en lugar de responder á una pregunta que no puedo hacer...

Pausa.

SELISETA

¿Aglavena?...

AGLAVENA

¿Seliseta?...

SELISETA

¿Qué tienes que decirme?

AGLAVENA

Ven á mis brazos, Seliseta mía, tú, á quien he estado á punto de arrebatar, ¡ay!, todo lo que poseías...

SELISETA

¿Estás triste, Aglavena?

AGLAVENA

No, no estoy triste, porque vas á ser feliz...

SELISETA

Hay grandes lágrimas que quiero enjugar...

AGLAVENA

No te preocupes; y si lloras también, yo enjugaré tus ojos antes que los míos .. Siéntate aquí, bajo tu torre, para que pueda yo abrazarte mejor, como la noche en que nos hablamos por primera vez... ¿Te acuerdas aquella noche junto á los estanques? Hace ya más de un

mes, Seliseta; muchas cosas han muerto, muchas han nacido, y el alma ve en todo ello un poco más claro. Acércate, Seliseta, para que pueda yo besarte lo más humanamente que un ser humano puede besar á otro ser humano... Ya no tendremos muchos momentos como éstos, porque me voy mañana, y todo lo que hacemos por última vez, á nuestros pobres corazones les parece tan profundo y tan grave...

SELISETA

¿Te vas mañana?

AGLAVENA

Sí, mañana, Seliseta; eso es lo que tenía que decirte... Primero había querido ocultártelo y mentirte acaso para retardar tu pena... Pero te veo tan hermosa y te quiero tan altamente, que no me permite el corazón arrancarte un sufrimiento que te acerca aún más á nosotros... Y, además, cuando hemos intentado vivir un poco de acuerdo con la verdad, como hemos vivido los tres durante este mes, la atmósfera cambia y ya no es posible decir nada que no sea cierto... Al pensar en ti he sentido inmediatamente que no es posible decir mas que la verdad... Y por eso vengo á decirte que me voy mañana para que seas feliz, y vengo á decírtelo sencillamente para que sepas lo que sufro al marcharme así y para que tengas tú parte en el sacrificio; porque los tres hacemos un sacrificio á algo que no tiene nombre y que, sin embargo, es mucho más fuerte que nosotros... Pero ¿no es extraño,

Seliseta? Te quiero, quiero á Meleandro; Meleandro me quiere, te quiere también; tú nos quieres al uno y al otro, y, á pesar de ello, no podríamos vivir felices, porque aún no ha llegado la hora en que los seres humanos puedan unirse de ese modo; y me voy, rogándote que aceptes esta marcha con el mismo corazón con que te la ofrezco. Al aceptarla así, Seliseta mía, harás algo tan hermoso como lo que yo hago y un sacrificio más grande, acaso, que el mío, puesto que aquel por quien nos sacrificamos no es tan feliz como el que se sacrifica... Te quiero, Seliseta; quiero abrazarte lo más estrechamente que pueda... ¿No te parece, cuando estamos así, una en brazos de otra y en la verdad más sencilla del alma, no te parece que estamos tocando algo que es más grande que nosotras?

SELISETA

No te vayas mañana...

AGLAVENA

¿Por qué no he de marcharme mañana, puesto que me he de marchar?

SELISETA

Te pido que no te vayas antes de que yo te lo diga...

AGLAVENA

¿Me lo dirás pronto?

SELISETA

Si; ahora estoy ya segura. ¿Meleandro sabe lo que acabas de decirme?

AGLAVENA

Si.

SELISETA

Ya no estoy triste, Aglavena.

AGLAVENA

¿Qué hubieras hecho si me hubiese marchado sin decirte nada?

SELISETA

Hubiese ido detrás de ti y te hubiese vuelto á traer...

AGLAVENA

¿Y si no me hubieses encontrado?

SELISETA

Te hubiese buscado toda mi vida.

AGLAVENA

Temo que te vayas antes que yo, y que sea ésa la idea de que me hablabas hace un momento.

SELISETA

Esa hubiese sido una idea desdichada, y ahora tengo una idea feliz... Yo también habia pensado marcharme sin decir nada; pero ahora...

AGLAVENA

¿Pero ahora no te marcharás?...

SELISETA

No; no saldré de este castillo...

AGLAVENA

¿Me lo prometes desde el fondo del alma?

SELISETA

Desde el fondo de mi alma y por mi felicidad eterna, Aglavena.

AGLAVENA

No sé si hubiese valido más que no hubiera venido yo aquí nunca...

SELISETA

Si no hubieses venido nunca, no hubiera yo sido ni desgraciada, ni feliz. No era nada absolutamente...

AGLAVENA

¡Quién sabe si está permitido despertar á los que duermen, sobre todo, cuando el sueño es inocente y suave!

SELISETA

Sí debe de estar permitido, Aglavena, puesto que los que se despiertan ya no quieren volverse á dormir... No sé dónde quisiera esconderme cuando pienso en los tiempos en que no veía nada... Entonces abrazaba yo á Meleandro como una ciega, y no sabía... ¿Qué culpa tengo yo si soy pequeña? Pero ahora... Esta noche estaba dormido y yo le estaba mirando... Entonces... ¿Puedo contártelo?...

AGLAVENA

Abrazándola.

¡Seliseta, Seliseta mía!...

SELISETA

Entonces le di un beso, sin que se despertara... Al mismo tiempo reían las estrellas en el azul de la ventana, y era como si todas aquellas estrellas hubiesen venido por sí mismas á convertir mi alma en un cielo... ¡Oh, mi pobre Aglavena! Tú no sabrás nunca por qué sabes por adelantado... Pero poder decir con los ojos abiertos, pero poder decir: "te amo,, á alguien á quien se ama... Ya comprendo... No sé por qué quisiera marcharme ó

morir por vosotros dos... Soy feliz, y quisiera morirme para ser más feliz...

AGLAVENA

Es muy peligroso pensar en la muerte cuando somos demasiado felices... ¿Debo confesarlo?... Un momento he temido que la idea de que me hablabas...

SELISETA

¿Qué?...

AGLAVENA

He temido que la idea de que me hablabas fuese esa idea...

SELISETA

No temas, Aglavena; eso hubiese sido una idea de chiquilla...

AGLAVENA

Sí, hubiese sido la idea de los corazoncitos ciegos que no pueden probar el amor sino por medio de la muerte... Al contrario; cuando se ama es preciso vivir, y cuando más amamos, más debemos vivir... Y, además, sé de sobra que nos quieres demasiado para amarnos así... Y por poco que se piense en ello, si deseásemos verdaderamente hacer desgraciados á dos seres, no sabríamos hacer nada más cruel que colocar así entre los dos una muerte inocente...

SELISETA

¿Quieres que yo también te confiese una cosa, Aglavena?

AGLAVENA

Hay que confesarlo todo, como yo te lo he confesado, Seliseta... ¡Es tan bueno que no haya nada entre dos seres, ni siquiera una flor tras la cual pueda ocultarse un pensamiento no compartido!...

SELISETA

Había pensado en ello, un momento.

AGLAVENA

¿En morir?

SELISETA

Sí; hace tiempo... Pero en seguida me dije lo que acabas de decirme, y entonces se me ocurrió otra cosa...

AGLAVENA

¿Qué se te ocurrió?

SELISETA

¡Oh! ¡Es otra cosa, y es del lado de la vida!... Pero aún no ha llegado el momento de decírtela; ya verás...

Dame un beso... No sé lo que tengo... Diriase que mi alma... ¿Eres tú quien lo ha dicho? Diríase que mi alma está ébria dentro de mi cuerpo... Y, además, ya sé lo que hubieras hecho tú en mi lugar.

Salen abrazadas.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Terraza sobre el mar.

Entran Aglavena y Seliseta y se encuentran.

AGLAVENA

Sale el sol sobre el mar; ¿ves el gozo tranquilo y profundo de las olas? ¿No te parece que estás sola en el mundo, en la frescura y el silencio transparente de la aurora, y que todo lo que dices participa de la aurora?... El dia será hermoso entre todos, Seliseta... Y tú también, qué hermosa eres; mucho más hermosa cada aurora que se levanta... ¿Por que no me dices lo que así te transforma, para que tenga yo una parte en ello antes de que me vaya?... ¿Es que tu alma se embriaga de inocencia, es que has orado a un Dios que yo no conozco, ó es que has amado como no habías amado nunca?

SELISETA

Si; creo que amo más...

AGLAVENA

He venido á tu encuentro porque te he visto desde la ventana de mi habitación... He tenido miedo... Te inclinabas, te inclinabas con todo el cuerpo sobre el viejo muro que se desmorona en lo alto de la torre... Me pareció un instante que las piedras se movían... Me he quedado pálida y fría como nunca... y he sentido que mi vida estaba á punto de escapárseme por los labios... Es la primera vez que he tenido en la boca el sabor mismo de la vida, ó el de la muerte, ¡quién sabe!... He abierto la ventana y he estado dando voces mucho tiempo para avisarte; pero no has comprendido... No hay que tentar así al destino astuto... ¿Qué hacías allá arriba? Ya es la tercera vez que te veo... Tus manos parecían arañar las piedras... ¿Qué era? Parecías buscar algo en el vacío...

SELISETA

Efectivamente, buscaba algo... ¿Aún no sabes? Pero, en primer lugar, no tengas miedo, no hay nada que temer... Mi torre, aunque vieja, es más sólida de lo que se figuran, y permanecerá en pie mucho más tiempo que todos nosotros. ¿Por qué la quieren mal? No ha hecho daño á nadie, hasta ahora, y yo sé mejor que nadie que las piedras no se mueven... ¿Pero no has visto...? ¿No sabes nada de lo que pasa junto á ti?... Hace cinco ó seis dias ha llegado hasta nosotros un pájaro desconocido que vuela sin cansarse en derredor de mi torre... Tiene las alas verdes, pero de un verde tan extraño y tan pálido, que no se comprende... Y lo que tampoco se

comprende es que parece crecer todos los días... Nadie ha podido decirme de qué país viene... Creo que ha hecho el nido en un agujero de la muralla, precisamente bajo el sitio en que me has visto inclinarme...

AGLAVENA

¿Es la llave de la torre esa gran llave dorada con la que estás jugando?...

SELISETA

Sí, ya te acuerdas, se cayó el día en que tú llegaste...

AGLAVENA

¿Quieres dármela?

SELISETA

Dártela ¿para qué?...

AGLAVENA

Quisiera guardarla yo hasta el día de mi marcha.

SELISETA

¿Por qué, Aglavena?

AGLAVENA

No lo sé... No vuelvas á subir á la torre hasta que yo me vaya y no te preocupes más del pájaro con las alas

verdes... He tenido un mal sueño en que él intervenía...

SELISETA

Tómala, no me importa... Pesa mucho...

AGLAVENA

Pesa mucho, en efecto...

SELISETA

Dame un beso... ¿Te he hecho sufrir?...

AGLAVENA

No, hasta hoy no has hecho sufrir á nadie... Tienes los ojos llenos de lágrimas...

SELISETA

Es que al besarte estaba mirando al sol... Bésame otra vez... Voy á ver á Meleandro; me ha dicho que se levantaria temprano... Hasta luego, Aglavena...

AGLAVENA

Lentamente.

Hasta luego, Seliseta...

Seliseta sale. Aglavena espera á que se haya alejado; después, acercándose al borde de la terraza, mira un instante la llave de oro y bruscamente la tira á lo lejos al mar. Después sale también.

ESCENA II

Habitación en el castillo.

Está en ella Meligrana dormida. Entra Seliseta con la niña Isalina de la mano.

SELISETA

Primero vamos á dar un beso á la abuela, porque, ¿quién la besará cuando nosotras nos hayamos ido? Y, sin embargo, también ella necesita que la abracen... Pero no hables de nada... Aglavena me ha cogido la llave de nuestra torre porque tenía miedo... Pero he vuelto á encontrar la otra llave, la que creían que se había perdido... Y luego subiremos sin que lo sepa nadie; voy á coger el pájaro verde...

ISALINA

¿Me le darás en seguida?

SELISETA

Te le daré si no hablas, pero ten cuidado... Voy á despertar á la abuela... ¿Tengo la cara triste, Isalina?

ISALINA

¿Qué quieres que te diga para que estés contenta, hermanita?

SELISETA

Debes decirme la verdad... Es preciso que la abuela no se figure que soy desgraciada... Ya ves, algunas veces, cuando somos muy felices, las personas se equivocan y creen que hemos llorado... ¿Parece que he llorado yo?

ISALINA

Espera que te mire despacio, hermanita...

SELISETA

¿Se me conoce?

ISALINA

Bájate un poco más, hermanita...

SELISETA

Espera que te coja en brazos, para que te bese mientras me miras... ¿No lo ves?

ISALINA

Nunca se sabe cuándo lloras, hermanita; no haces ruido...

SELISETA

Pero si no he llorado... Creo que tengo en los ojos un poco de ceniza ó alguna cosa que no se ve... Y, ade-

más, si hoy, cuando estés sola, te preguntan: "¿Qué ha hecho, qué ha dicho, estaba pálida ó triste?,,, no respondas en seguida, cuando veas que tienen miedo ó que los que te rodean están demasiado pálidos... Les dirás que estaba muy alegre, porque eso se ve, no hago mas que sonreir... Y no hay que ocultar nunca la verdad... Ahora ten cuidado, porque voy á acercarme á la abuela... ¡Ah! ¡Qué aire tan desamparado tiene!... *Se acerca á Meligrana y le da un beso largo.* Abuela... *Meligrana no se despierta.* Soy yo, abuela... Duerme profundamente... Abuela, vengo á decirte adiós.

MELIGRANA

Despertándose.

¡Ah! ¿Eres tú, Seliseta?...

SELISETA

Sí, abuela; vengo á darte un beso con Isalina antes de irnos á pasear al campo...

MELIGRANA

¿Dónde vais?

SELISETA

Aún no lo sé; pero queremos ir más lejos que de costumbre... No volveremos hasta la noche... ¿Tienes todo lo que necesitas, abuela?... Aglavena vendrá á cuidarte en lugar mío... ¿Quieres que te arregle los almohadones

antes de que me vaya?... Ya sabes que yo sola sé arreglártelos sin hacerte daño. Pero también Aglavena aprenderá... Es tan buena, que aprenderá en seguida si la dejas... ¿Quieres que la llame?

MELIGRANA

No, no, dormiré hasta que vuelvas...

SELISETA

Adiós, abuela, adiós...

MELIGRANA

Hasta la vista, Seliseta; vuelve antes de la noche...

Seliseta sale precipitadamente arrastrando á Isalina de la mano.

ESCENA III

Corredor en el castillo.

Meleandro encuentra en él á Seliseta que lleva á Isalina de la mano.

MELEANDRO

¿Dónde vas tan de prisa, Seliseta?

SELISETA

A ninguna parte, Meleandro... Buscamos un sitio donde no dé el sol.

MELEANDRO

Es verdad; las piedras parecen derretirse hoy en el crisol de los muros; el mar es como un lago ardiente; hasta la eterna frescura del bosque no es sino la frescura de la sombra de una hoguera, y el sol parece un león furioso que devora el cielo... Bésame, Seliseta, porque tus besos son todo lo que nos queda de los rocíos de la aurora...

SELISETA

No, no tengo tiempo; me están esperando; ya me besarás esta noche...

MELEANDRO

¿Qué tienes, Seliseta?

SELISETA

¡Ah! Es tan poca cosa y ha pasado tan de prisa...

MELEANDRO

¿Qué dices?

SELISETA

Nada... nada... Bésame muy de prisa...

Le besa violentamente.

MELEANDRO

¡Ah! Me sangran los labios...

SELISETA

¿Qué?

MELEANDRO

Un poco de sangre... Tus dientecillos lindos me han herido, Seliseta...

SELISETA

¡Oh! Soy una loba, soy una loba pequeña... ¿Te he hecho daño, Meleandro?

MELEANDRO

Al contrario... No es nada... se acabó...

SELISETA

¡Oh! Soy una loba... soy una loba pequeña... ¿Qué hora es?

MELEANDRO

Casi mediodía.

SELISETA

¿Mediodía? ¡Oh! Ya no tengo tiempo... me están esperando, me están esperando... Adiós, Meleandro...

MELEANDRO

¿Seliseta, Seliseta, dónde vas?

SELISETA

Cantando, mientras se aleja á toda prisa con Isalina.

Cuando salió el amante
(oí cerrar la puerta;)
cuando salió el amante,
ella sonrió...

Meleandro la mira alejarse, y después sale también.

ESCENA IV

En lo alto de la torre.

Entran Seliseta é Isalina.

SELISETA

Ya estamos en lo alto de la torre, Isalina, y ahora es preciso que sepamos lo que hay que hacer... ¡Oh! ¡Cuanta luz hay en el cielo, en la tierra y en el mar! ¿Y por qué este día es más hermoso que todos los días?...

ISALINA

¿Dónde está el pájaro verde?

SELISETA

Está ahí, pero aún no se le ve... Ahora nos inclinaremos sobre la muralla... Pero mira primero por aquí... Se ve todo el castillo; los patios interiores, los jardines y los bosques... Todas las flores están abiertas al borde de los estanques... ¡Oh, qué verde está la hierba esta mañana!... No encuentro á Aglavena... ¡Oh!, pero mira allí abajo á Meleandro... Está esperando; bájate, ocúltate para que no nos descubra aquí... Está junto á los depósitos de agua, y allí es donde desperté yo á Aglavena...

ISALINA

Hermanita, hermanita; mira, por aquí veo al jardinero, que está plantando más flores en derredor de la casa...

SELISETA

Tú las verás crecer y abrirse, Isalina, y las cogerás para mí; ven, ven, no puedo más... Miremos por aquí; no se ve sino el mar que está más lejos de nosotras...

Pasan al otro lado de la torre.

¡También el mar es demasiado hermoso!... Esta mañana no es posible encontrar un rincón triste... Está tan hermoso, tan verde y tan profundo, que le quita á una el valor... Y, además, Isalina mía, todo esto no le impedirá seguir sonriendo hasta la noche... ¿Ves las olas pequeñas sobre la playa?... No puedo, no puedo; te digo

ue no puedo... Las flores y el mar no me dejan... Junca podré hacerlo de dia...

ISALINA

¡Oh! ¡Mira las gaviotas, hermanita, las gaviotas que egan!... ¡Oh! ¡Oh! ¡Cuántas hay!. . ¡Cuántas hay! Hay dos mil!...

SELISETA

Vienen todas juntas del otro lado de los mares... Di- ase que traen noticias...

ISALINA

No, no; traen peces, hermanita... y los hijitos que ritan en las grietas de los muros tienen los picos más randes que el cuerpo... Mira, mira, ¿ves aquella gran- e que trae una anguila?... ¿No la ves? Allí, allí... Ya se ı han comido... Y la otra también, allá abajo... Y las randes no comen nada... ¡Ya llegan más; mira, la gran- e no se ha quedado con nada...! ¿Es la madre, herma- ita?

SELISETA

¡Isalina! ¿Qué le he dicho á la abuela?

ISALINA

¿Por qué lloras, hermanita?

SELISETA

Te digo que no lloro; es que estoy pensando, estoy pensando... ¿He dado un beso á la abuela antes de marcharnos?

ISALINA

Sí; la has besado antes de marcharnos.

SELISETA

¿Cuántas veces?

ISALINA

Una vez, hermanita; no teníamos tiempo...

SELISETA

Creo que no he estado cariñosa...

ISALINA

Teníamos mucha prisa, hermanita...

SELISETA

No, no; así no puedo... Estará sola y no podrá acordarse nunca de otra cosa... Mira, cuando nos vamos y no hemos estado más cariñosos que de costumbre, cree que ya no les queríamos... Y hay que creer todo lo contrario; porque quiere uno demasiado es por lo que tien

iedo de estar cariñoso... Verdad es que hace uno mal, orque aunque vivan mil años, ya nunca volverán á oir ıas que la última palabra que se les dijo. Yo lo ví tamién cuando mi madre se marchó... No me sonrió en el ltimo momento, y siempre estoy viendo que no me sonió... Diríase que todo lo demás de la vida no cuenta ara nada... Y, además, ¿qué le he dicho á Aglavena?... 'a no me acuerdo... Es preciso que vuelva á ver á la buela... Los otros, es por ellos; y por lo mismo es preiso que no sepan... Pero ella está sola; y no es por ella or quien subo á la torre y por quien bajaré... Comprene que no es posible... Ven, ven; vamos á besarla muho más fuerte...

Salen las dos.

ESCENA V

Habitación en el castillo.

Está en ella Meligrana dormida. Entran Seliseta y la niña Isalina.

SELISETA

Despertando á Meligrana.

Abuela.

MELIGRANA

Por fin has vuelto, Seliseta... Te has hecho esperar aucho...

SELISETA

Perdóname, abuela; creo que hace un momento no estuve bastante cariñosa contigo...

MELIGRANA

Sí, sí. ¿Qué ha sucedido? Parece que estás muy turbada.

SELISETA

No estoy turbada, abuela; pero necesitaba decirte que te quiero...

MELIGRANA

Ya lo sé, Seliseta; me lo has probado más de una vez en la vida, y no he dudado nunca de ello...

SELISETA

Sí, abuela, ya lo sé; pero yo no lo sabía aún...

MELIGRANA

Acércate más, hija mía, porque sabes que no puedo abrazar á los que quiero, puesto que mis pobres brazos ya no me obedecen... Abrázame dos veces, puesto que eres tú la única que abrazas... Hoy me pareces extraña... ¿Y no sabías aún que me querías?...

SELISETA

Sí, sí, lo sabía; pero algunas veces se sabe largo tiempo sin saber... Después, un día se dice uno á sí mismo que no ha sido bueno, que hubiera podido serlo más, que no ha querido como era preciso querer, y quisiera volver á empezar antes de que fuese demasiado tarde... Ya no tengo ni padre ni madre, abuela, y me hubiese olvidado de lo que es una madre si no te hubiese tenido á ti... Pero tú no has abandonado á tu Seliseta; ¡y era tan feliz sabiendo á quién acudir cuando tenía penas!

MELIGRANA

No, no, Seliseta; tú eres la que no me has abandonado.

SELISETA

No, no, abuela... De sobra sé que eres tú la que no te has ido...

MELIGRANA

Qué seria estás esta tarde, Seliseta... Sin embargo, no creo que estés triste...

SELISETA

Sí, he sido muy feliz, abuela, y ahora ya sé lo que puede ser la felicidad...

MELIGRANA

¿No es porque acaso la has perdido, Seliseta?

SELISETA

Al contrario; es que creo que la he encontrado... ¿Y tú, abuela, has sido también feliz?

MELIGRANA

¿Cuándo, Seliseta?

SELISETA

Hace mucho tiempo, abuela...

MELIGRANA

He tenido días malos, como todo el que vive sobre la tierra; pero puede decirse que he sido feliz, puesto que nunca has salido tú de nuestra casa.

SELISETA

Es preciso que la felicidad no dependa de eso, abuela... ¿De modo que si yo no estuviese aquí tú no serías feliz?...

MELIGRANA

Tú podrás ser feliz cuando yo ya no esté, hija mía, porque te quedarán otras cosas...

SELISETA

Si no me tuvieras á mí, te quedaría Aglavena, abuela...

MELIGRANA

Nunca ha dormido sobre mis rodillas, Seliseta mía.

SELISETA

A pesar de todo, quiérela, abuela.

MELIGRANA

La quiero, puesto que la quieres tú, hija mía...

SELISETA

Hay que quererla, sobre todo, porque ella es la que me ha hecho feliz... Es tan hermosa, tan hermosa, abuela, que desde que la conozco y me conoce vivo á su lado con los ojos llenos de lágrimas...

MELIGRANA

Te arden las manos, Seliseta.

SELISETA

Es porque soy demasiado feliz, abuela.

MELIGRANA

Te quiero, Seliseta...

SELISETA

¿Te he hecho sufrir alguna vez, abuela?...

MELIGRANA

No recuerdo, hija mía...

SELISETA

Sí, sí, tienes que acordarte... Porque hacemos sufrir á todos los que queremos... Quiero que me digas cuándo te he hecho sufrir más...

MELIGRANA

No me has hecho sufrir un poco sino cuando llorabas; y cuando tú llorabas no era culpa tuya... Eso es todo lo que recuerdo...

SELISETA

Ya nunca me verás llorar, abuela...

MELIGRANA

Mira, Seliseta, la felicidad va, la felicidad viene entre los hombres como el péndulo de un reloj, y no hay que llorar sino lo más tarde posible.

SELISETA

Tienes razón, abuela; y cuando la felicidad haya vuelto á vosotros, á ellos dos y á ti, abuela, una noche los re-

unirás en torno tuyo, y después les contarás la historia de una niña...

MELIGRANA

¿Qué dices, Seliseta?

SELISETA

Nada, nada, abuela... Estaba pensando en tiempos en que yo era muy pequeña...

MELIGRANA

Yo también, hija mía, pienso á menudo en aquellos tiempos... Aún no estaba yo enferma y podía llevarte en brazos ó ir detrás de ti... Tú ibas y venías, reías por las salas; después abrías las puertas gritando con la voz espantada: "¡Qué viene, qué viene, que está ahí!,,, y nadie sabía de quién querías hablar al asustarte de ese modo; tampoco tú lo sabías; pero yo fingía también gran terror y te acompañaba por los largos corredores hasta la puerta del jardín... Todo aquello era poca cosa y no tenía objeto ninguno, pero nos comprendíamos y pasábamos el día sonriendo; y así, gracias á ti, he sido madre por segunda vez cuando ya no era hermosa; y llegará día en que sepas que las mujeres no se cansan nunca de ser madres y arrullarían hasta á la muerte misma si viniese á dormirse sobre sus rodillas .. Pero todo pasa poco á poco, Seliseta, y las más pequeñas crecen...

SELISETA

Ya lo sé, abuela, y los dolores también pasan, pasan y se van, y vuelven á venir más grandes; pero la hermosura permanece y otros son felices...

MELIGRANA

¿Quién te ha dicho eso, hija mía?

SELISETA

Aglavena es la que me dice todo eso, abuela...

MELIGRANA

¡Cómo te brillan los ojos, Seliseta!

SELISETA

Ahogando un sollozo.

Es que quiero á todo el mundo, abuela...

MELIGRANA

Creo que estás llorando, hija mía...

SELISETA

No, no lloro, ó si lloro un poco, es que lloro de alegría...

MELIGRANA

Abrázame, Seliseta; abrázame más fuerte, y estate aquí á mi lado...

ISALINA

Hermanita, quiero que me abracen á mí también...

SELISETA

Apartando con suavidad á Isalina.

No, no, Isalina; déjame abrazarla á mí sola, á mí sola hoy... Día llegará en que te abrace á ti sola... Adiós abuela, adiós.

MELIGRANA

¡Seliseta! ¿Qué pasa?... ¿Dónde vas?...

SELISETA

Despidiéndose.

Adiós, abuela, adiós...

MELIGRANA

Seliseta, quédate aquí... No quiero... no quiero que te vayas... *Hace grandes esfuerzos inútiles para levantarse y extiende los brazos.* No puedo, no puedo, ya lo ves, Seliseta...

SELISETA

Yo tampoco puedo, abuela... adiós, abuela, duerme en paz esta noche y no tengas malos sueños... adiós, abuela, adiós...

Sale precipitadamente, llevando á la niña Isalina de la mano.

MELIGRANA

¡Seliseta!... ¡Seliseta!...

Se la oye sollozar en la obscuridad, que aumenta.

ESCENA VI

Corredor en el castillo.

Entra Seliseta, llevando á Isalina de la mano. Ve entrar á Aglavena, que se adelanta á su encuentro, y se esconde con Isalina detrás de uno de los pilares que sostienen las bóvedas.

AGLAVENA

Acercándose.

¿Eres tú, Seliseta? ¿Por qué te escondes?

SELISETA

No lo sé; creí que deseabas estar sola...

AGLAVENA

¿Dónde vas?... Isalina me mira con ojos de burla... ¿Qué secretos tenéis?

SELISETA

He hecho una promesa que tengo que cumplir.

AGLAVENA

¿Dónde llevas á Seliseta, Isalina?

Isalina no responde.

¿No quieres decírmelo? ¿Y si no te diera un beso hasta que me lo hayas dicho?

SELISETA

¡Oh! Ya sabe guardar un secreto como una persona mayor...

AGLAVENA

No sé si es porque se acaba el día, pero me parece que estás muy pálida...

SELISETA

Quisiera abrazarte, Aglavena.

Se abrazan largamente.

AGLAVENA

¡Oh, qué suaves están tus labios esta noche!...

SELISETA

También los tuyos... Ahora soy mucho más feliz.. Tus labios me dan fuerza.

AGLAVENA

Parece como si te iluminase una lámpara pequeña...

SELISETA

¿No has visto á la abuela?

AGLAVENA

No. ¿Quieres que vaya á verla?

SELISETA

No, no, es inútil; en este momento está dormida... ¿Ibas á buscar á Meleandro?

AGLAVENA

Sí; ¿y tú, Seliseta?

SELISETA

Cuando vuelvas á verle le abrazas por mí... Soy feliz cuando pienso que eres tú quien le abraza cuando

no estoy con él... Os quiero tanto, que tendría celos si no abrazase á nadie... ¿Pero no ves que Isalina está impaciente y me tira de la mano?... Adiós, Aglavena; me verás más tarde...

Sale con Isalina y se la oye cantar mientras se aleja.

Más cuando volvió á entrar
(Oí chisporrotear la lámpara)
Mas cuando volvió á entrar,
Estaba otra allí...

Y he visto á la... ¡Ah¡ ¡Ah!...

El canto cesa bruscamente, y Aglavena sale también.

ESCENA VII

En lo alto de la torre.

Entran Seliseta é Isalina.

SELISETA

Ha llegado la hora, Isalina; ya no volveré á bajar para volverles á sonreir... Hace frío en lo alto de la torre, y es el viento del norte el que hace brillar esta noche las olas del mar... Ya no se ven las flores, ya no se oye á los hombres, y todo está mucho más triste que esta mañana...

ISALINA

¿Y el pájaro, dónde está, hermanita?

SELISETA

Hay que esperar á que baje el sol á lo más hondo del mar, y á que toda la luz muera en el horizonte, porque le da miedo de la luz, y el sol y él no se han encontrado todavía...

ISALINA

¿Y si hay estrellas, hermanita?

SELISETA

¿Y si hay estrellas?

Mirando al cielo

Todavía no hay estrellas en el cielo; pero están á punto de taladrarle por todas partes, y hay que darse prisa porque cuando estén ahí será mucho más terrible...

ISALINA

Tengo mucho frío, hermanita.

SELISETA

Sentémonos aquí, contra el muro, que nos resguardará del viento, hasta que la última línea roja se apague sobre el mar... ¿Ves cómo se hunde el sol lentamente?... Cuando ya no esté ahí iré á ver... Déjame que te envuelva en mi chal blanco; yo ya no le necesito...

ISALINA

Me abrazas demasiado fuerte, hermanita...

SELISETA

Es que soy demasiado feliz, Isalina; nunca he sido más feliz que hoy... Pero mírame bien... ¿No soy más hermosa que otras veces?... Estoy sonriendo, estoy sonriendo, lo sé... ¿Y tú no me sonríes?

ISALINA

No; hablas demasiado de prisa, hermanita...

SELISETA

¿Que hablo de prisa?... Es que tengo prisa...

ISALINA

¿Sí? Y, además, deshojas las flores...

SELISETA

¿Qué flores? ¡Oh! Estas... Se me olvidaba que eran uyas...

ISALINA

No quiero que llores, hermanita...

SELISETA

Si no lloro, Isalina; eso es, sobre todo, lo que no hay que figurarse; es que á fuerza de sonreir parece que lloro...

ISALINA

Entonces, ¿por qué te hacen los ojos como si llorases?

SELISETA

No puedo saber todo lo que hacen mis ojos... Pero acuérdate bien de esto que te digo... Si le cuentas á alguien que te parecía que estaba yo triste, te castigarán mucho tiempo...

ISALINA

¿Por qué?

SELISETA

Por razones que sabrás algún día... Y, además, no me preguntes tanto... Eres una niña pequeña que aún no puedes comprender lo que comprenden otros... A tu edad yo tampoco comprendía, y mucho tiempo después tampoco... Hago esto, hago aquello, y lo que ves no es lo que más importa. Mira, Isalina, no puedo decirlo, y sin embargo, necesitaría decírselo á alguien, ¡porque es tan triste saberlo una sola...!

ISALINA

Ya casi no se ve sol...

SELISETA

Espera, espera, Isalina, porque á medida que el sol se aleja se acerca otra cosa, y á medida que esa cosa se acerca veo yo mucho más claro; no sé si he hecho bien haciéndote subir á la torre, y, sin embargo, era preciso que alguien viniese aquí, porque hay quien querrá saberlo todo, y quien será feliz con tal de no saber... Ahora, hermanita, no comprendes todo lo que te digo... Pero llegará un día en que lo comprenderás todo y en que verás todo lo que no ves mientras lo estás viendo... Entonces estarás triste y no podrás olvidar lo que dentro de poco van á ver tus ojos... Y, sin embargo, ¿no es preciso que veas sin comprender para que tampoco otros comprendan?... Pero cuando seas mayor no podrás menos de llorar, y acaso esas lágrimas pesen sobre tu vida... Y por eso te pido que me perdones hoy, sin comprender, lo que sufrirás más tarde comprendiendo demasiado.

ISALINA

Ya vuelven los rebaños, hermanita...

SELISETA

Y mañana volverán también los rebaños...

ISALINA

Sí, hermanita.

SELISETA

Y mañana cantarán también los pájaros...

ISALINA

Sí, hermanita.

SELISETA

Y mañana florecerán también las flores...

ISALINA

Sí, sí, hermanita.

SELISETA

¿Por qué es necesario que sea la más joven?...

ISALINA

Ya no hay mas que una línea roja pequeña, pequeña hermanita...

SELISETA

Tienes razón; ya es hora... Tú misma me empujas... Y las estrellas también se impacientan ya... Adiós, Isalina, soy muy feliz, muy feliz.

ISALINA

Yo también, hermanita; date prisa, que van á llega las estrellas...

SELISETA

No temas, Isalina, ya no me verán... Levántate, siéntate en ese rincón y deja que te ate el chal alrededor de pecho, porque el viento es muy frío... ¿Me has querid

de veras?... No, no, no respondas; ya lo sé, ya lo sé. Voy á poner aquí estas cuatro piedras grandes para que no puedas acercarte á la grieta por la que voy á inclinarme... Si no me ves, no tengas miedo, es que habré tenido que bajar por el otro lado; no me esperes y baja sola por la escalera de piedra... Sobre todo, no te acerques á esta muralla para ver lo que he hecho; no verás nada y te castigarán... Yo te estaré esperando abajo... Abrázame, Isalina; le dirás á la abuela...

ISALINA

¿Qué tengo que decirle, hermanita?

SELISETA

Nada, nada; creí que se me había olvidado algo.

Se adelanta hacia el muro derruído que da sobre el mar y se inclina.

¡Oh! ¡Qué frío y qué profundo parece el mar!...

ISALINA

¿Hermanita?

SELISETA

Está ahí, ya le veo..., no te muevas...

ISALINA

¿Dónde está?...

SELISETA

Espera... espera... Tengo que inclinarme más... ¡Isalina! ¡Isalina!... ¡Las piedras tiemblan!... ¡Caigo!... ¡Oh!...

Un pedazo de muro se derrumba. Se oye el ruido de una caída; un grito débil de angustia. Después largo silencio.

ISALINA

Se levanta llorando.

¡Hermanita! ¡Hermanita! ¿Dónde estás? ¡Tengo miedo, hermanita!...

Solloza sola en lo alto de la torre.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Corredor en el castillo.

Entran Aglavena y Meleandro.

MELEANDRO

Acaba de dormirse, pero todas mis súplicas no han podido arrancar una palabra de esperanza á los médicos que se alejan... Cayó sobre un montón de arena que e viento del mar había llevado aquella tarde al pie mismo de la torre como para recogerla más suavemente... Allí es donde las sirvientas la han encontrado, mientras creías tú r á su encuentro por el camino de la aldea... No se le ve ninguna herida, y su pobre cuerpo parece intacto; pero un hilo de sangre sale sin cesar de sus labios, y cuando ha abierto los ojos ha sonreído, mirándome sin decir nada...

AGLAVENA

Pero Isalina, ¿qué ha dicho? Me han dicho que esta-a con ella...

MELEANDRO

La he interrogado. . La han encontrado temblando de frío y de espanto en lo alto de la torre... Repetía llorando que el muro se abrió mientras Seliseta se inclinaba para coger un pájaro... Cuando la encontré esta tarde en el corredor en que estamos—era aquí mismo, entre estos dos pilares—, parecía menos triste que de costumbre... "Parecía menos triste que de costumbre.,, ¿Es que estas palabras no nos condenan á los dos? .. ¡Y ahora, todo lo que nos ha dicho, lo que ha hecho, se agranda dentro de mi alma en sospechas misteriosas que me van á destrozar la vida!... El amor es tan cruel como el odio... ¡Ya no creo, ya no creo!... ¡Y todo mi dolor se transforma en asco!... Escupo sobre la belleza que trae consigo la desdicha... Escupo sobre la razón que cree ser demasiado hermosa... Escupo sobre el destino, que no quiere tener nada en cuenta... Escupo sobre las palabras que engañan al animal, y escupo sobre la vida que no escucha á la vida!...

AGLAVENA

Meleandro...

MELEANDRO

¿Qué me quieres?

AGLAVENA

Ven, ven... Quiero verla, porque no es posible... E preciso saber... No lo ha hecho voluntariamente... N puede haberlo hecho, porque entonces...

MELEANDRO

Entonces, ¿qué?

AGLAVENA

Es preciso que sepamos... Ven, ven... Poco importa cómo... ¡Hubiera sufrido demasiado para llegar á esto!... Y yo no sabría, y yo no podría...

Le arrastra precipitadamente.

ESCENA II

Habitación de Seliseta.

Se ve á Seliseta tendida en el lecho. Entran Aglavena y Meleandro.

SELISETA

Levantándose un poco.

¿Eres tú, Aglavena? ¿Eres tú, Meleandro? Os esperaba á los dos para ser feliz...

MELEANDRO

Arrojándose sobre el lecho y sollozando.

¡Seliseta!...

SELISETA

¿Qué tenéis?... Lloráis los dos...

AGLAVENA

¡Seliseta! ¡Seliseta!... ¿Qué has hecho?... Soy una miserable...

SELISETA

¿Qué sucede, Aglavena? Parece que estás inquieta... ¿He hecho algo que te haga sufrir?

AGLAVENA

No, no, Seliseta; no eres tú quien hace sufrir... Soy yo quien hace morir... Soy yo, que no he hecho nada de lo que hubiera debido hacer...

SELISETA

No comprendo... ¿Qué ha sucedido?...

AGLAVENA

Hubiera debido saberlo, y creo que lo supe cuando te hablé el otro día... Hace más de una semana que algo lo está gritando sin descansar dentro de mi corazón, y no he sabido qué hacer y no se me ha ocurrido nada, cuando la palabra más sencilla que el ser más humilde hubiera podido decir habría salvado una vida que no pedía sino revivir...

SELISETA

¿Pero qué sabías?

AGLAVENA

Cuando me hablaste de aquella idea el otro día... y esta mañana, y otra vez esta tarde... hubiera debido estrecharte contra mí hasta que la idea hubiese caído entre nosotras como un racimo aplastado... hubiese yo debido hundir las dos manos en tu alma para buscar en ella la muerte que sentía vivir dentro de ti... Era preciso arrancar algo por amor y no he sabido hacerlo. ¡Y miraba sin ver, viendo á pesar de todo!... ¡Y la última moza de esa pobre aldea hubiese sabido encontrar los besos necesarios para salvar nuestras vidas!... ¡He sido indeciblemente cobarde ó indeciblemente ciega!... ¡Y por primera vez, acaso, he huído como una criatura delante de la verdad!... Ya no me atrevo á interrogarme... Perdóname, Seliseta, porque ya nunca volveré á ser feliz...

SELISETA

Te aseguro que comprendo...

AGLAVENA

No huyas tú también ante de la verdad; ya ves lo que sucede cuando no escuchamos lo que oímos en lo más profundo de nosotros mismos...

SELISETA

¿Qué has oido tú en lo más profundo de ti misma?

AGLAVENA

Oía día y noche que buscabas la muerte...

SELISETA

No la he buscado, Aglavena; ella es la que ha venido á encontrarme sin que yo fuese á su encuentro...

AGLAVENA

Ha tenido piedad de todos nosotros, y ya ves cómo no te buscaba, puesto que ha huído cuando la perseguías...

SELISETA

No, no, Aglavena; es que sencillamente está esperando á que yo sea más feliz...

AGLAVENA

Tendrá que esperar mucho, pobre Seliseta mía...

SELISETA

Escúchame: me alegro mucho de que hayas venido en seguida, porque comprendo que no estaré en mi juicio mucho tiempo ya... No sé qué tengo; se me enturbian un poco los ojos; pero todo lo que diga después... no sé yo misma lo que voy á decir... porque los que mueren, ya lo sabéis, tienen ideas extrañas... He visto morir una vez, y ahora me ha llegado el turno... Pues bien; todo lo que diga después, no hagáis caso de

ello... Ahora es cuando sé lo que digo; eso es lo único que debéis escuchar y recordar... Creo que tienes dudas, Aglavena.

AGLAVENA

¡Ay de mí! son certidumbres...

SELISETA

¿Te figuras que...?

AGLAVENA

Sí...

SELISETA

¿Crees que he caído voluntariamente?

AGLAVENA

Estoy segura de ello, Seliseta.

SELISETA

Dicen que no es posible mentir en el momento de la muerte; y por eso quiero decirte la verdad...

AGLAVENA

¡Ya sabía yo que nos amarías lo bastante para tener el valor de decirla!...

SELISETA

He caído sin querer. ¿Eres tú el que sollozas, Meleandro?

AGLAVENA

Oyeme tú también, Seliseta... Ya sabes que sabemos la verdad... Y si te interrogo en este momento no es porque tenga dudas; pero quisiera que tú no las tuvieses... Seliseta mía, me arrodillo delante de ti... Has hecho sencillamente lo más hermoso que puede hacer el amor cuando el amor se engaña... Pero ahora te pido que hagas otra cosa aún mejor en el nombre de otro amor que no se engaña... Tienes en este momento entre tus labios la paz profunda de toda nuestra vida...

SELISETA

¿De qué paz hablas, Aglavena?

AGLAVENA

Hablo de una paz tan triste y tan profunda...

SELISETA

¿Pero cómo es posible que pueda yo daros una paz tan profunda? No veo dentro de mí nada de donde pueda sacarla...

AGLAVENA

Es preciso que nos digas sencillamente que querías morir para hacer nuestra felicidad...

SELISETA

Quisiera decírtelo, pero no es posible, puesto que no es verdad... ¿Crees tú que se miente así en el momento de la muerte?...

AGLAVENA

Seliseta, te suplico que no pienses en morir... ¡Cuando te abrazo así te doy toda mi vida, y no es posible morir cuando el alma se sumerge en alientos de vida!... ¡Dios mío, ¿qué es preciso hacer para detener la tuya?... ¿Acaso comprendería que dijeses esa mentira si la muerte estuviese cerca; pero está lejos de nosotros, y es toda tu vida la que reclama la verdad... Toda la verdad de tu amor, tan hermoso para quererte más... No digas que no; no muevas la cabeza, porque de sobra sabes que no es posible engañar cuando se habla como nos estamos hablando...

SELISETA

Sin embargo, te engañas, Aglavena...

AGLAVENA

¡Entonces vamos á llorar á mil leguas una de otra!...

SELISETA

¿Por qué no crees la verdad?

AGLAVENA

Porque no hay ni una palabra ni un hecho que no sean capaces de probar lo contrario hasta á un niño pequeño...

SELISETA

¿Qué palabras? ¿Qué hechos?

AGLAVENA

¿Por qué fuiste á despertar á tu abuela?

SELISETA

Me despedía de ella siempre que salía...

AGLAVENA

¿Por qué... pero por qué todo, Seliseta? ¡No es tremendo interrogar así cuando la muerte nos abre los ojos y sabemos de sobra que la única verdad está ahí, bajo nuestra mano, á dos dedos de nuestro corazón!...

SELISETA

Creía ser feliz y vas á entristecerme si dudas... ¿Qué quieres que haga para que no dudes más?...

AGLAVENA

No hay mas que la verdad, Seliseta.

SELISETA

¿Pero qué verdad quieres, Aglavena?

AGLAVENA

Yo fuí quien te empujé sin saberlo...

SELISETA

No, no; nadie me empujó...

AGLAVENA

Bastaría una palabra para alumbrar la vida, y te pido de rodillas que la digas... Dímela muy bajo, si quieres; hazme una seña con los ojos, y ni Meleandro lo sabrá nunca...

MELEANDRO

Aglavena tiene razón, Seliseta; yo también te lo pido...

SELISETA

Caí al inclinarme...

AGLAVENA

Me has preguntado tantas veces qué haría yo en tu lugar...

SELISETA

Caí al inclinarme...

AGLAVENA

¿No sabes por qué te lo pregunto?...

SELISETA

¡Aglavena!

AGLAVENA

¡Seliseta!... ¿Qué sucede?... Palideces... ¿Sufres más?...

SELISETA

No; sufro de alegría... ¡Oh, cómo lloras, Meleandro!...

MELEANDRO

¡Seliseta!

SELISETA

No llores así, pobre Meleandro mío... Ahora es cuando nos amamos... No vale la pena de llorar dos lágrimas... Ya veréis ahora cómo os sonreiré cuando haya muerto... No podréis creer que estoy muerta; tan feliz pareceré... Cuando después de muerta se sonríe es que se es feliz hasta lo más profundo... porque no comprendo que siendo tan pequeña pueda yo tener un paraíso tan grande en el corazón; y algunos momentos temo marcharme llevándome toda la felicidad... ¿Qué, tú también lloras, Aglavena? ¿Es que no sois felices?...

AGLAVENA

Danos la paz profunda, Seliseta...

SELISETA

Te devolveré la paz que tú me has dado, Aglavena...

AGLAVENA

Podrías darla y no la das...

SELISETA

Sin embargo, la que yo tengo es tan grande...

AGLAVENA

Sollozando.

¡Dios mismo sería culpable ante ti, Seliseta!

SELISETA

Con la voz cambiada.

Pero ¿por qué te vas, me decía la abuela; por qué te vas, hija mía? Es por una llave que he vuelto á encontrar, abuela; es por una llave que he vuelto á encontrar...

AGLAVENA

¡Seliseta!

SELISETA

Volviendo en sí.

Aglavena, ¿qué he dicho? ¿Díme qué es lo que he di-ho?... no es verdad... ya te había advertido...

AGLAVENA

Nada, nada, no has dicho nada... No te atormentes, eliseta...

SELISETA

Ya te había advertido... todo lo que diga después no será verdad... Hay que perdonarme, porque el alma se debilita... ¿He hablado de la abuela?

AGLAVENA

Sí...

SELISETA

Sí, quería decirte... Hay que levantarla sin tocarle los brazos... quería enseñarte, y luego el tiempo no ha querido... ¡Oh! ten cuidado, Aglavena.

AGLAVENA

Alarmada.

¿Qué tienes, qué tienes, Seliseta?

SELISETA

Nada, nada, ya pasa... Crei que no iba á decir la verdad.

AGLAVENA

Ya no te lo volveré á pedir, Seliseta..

SELISETA

Cuando ya no diga la verdad, tápame la boca con la mano; prométemelo, prométemelo, te lo suplico...

AGLAVENA

Te lo prometo, Seliseta...

SELISETA

A Meleandro.

Meleandro, tengo una cosa que decirle. *Meleandro se aleja en silencio.* Está triste, está triste; un día, un poco nás tarde, cuando llegue á olvidar, le dirás. . Tápame a boca, Aglavena; sufro mucho...

AGLAVENA

Dímelo, dímelo, Seliseta...

SELISETA

Se me ha olvidado todo lo que tenía que decir... No ba á decir la verdad, iba á decir una mentira... Ponme a mano sobre los ojos al mismo tiempo, Aglavena... Es preciso que tú los cierres, tú que los has abierto... Es verdad... Es verdad...

AGLAVENA

¿Seliseta?...

SELISETA

Muy débilmente.

Caí... Caí al inclinarme...

Muere.

AGLAVENA

Llamando con un sollozo.

Meleandro...

MELEANDRO

Cae sollozando sobre el lecho de Seliseta.

¡Seliseta!

FIN

ARIANA Y BARBA-AZUL

Ó

LA LIBERACIÓN INÚTIL

CUENTO EN TRES ACTOS

10

PERSONAJES

BARBA AZUL
ARIANA
SELISETA
MELISANDA
IGRENA
BERENGUELA
ALADINA
NODRIZA

Aldeanos, la multitud.

La acción en un castillo de Barba Azul.

ACTO PRIMERO

Sala grande y suntuosa, dispuesta en hemiciclo, en el castillo de Barba Azul. Al fondo puerta grande. A cada lado de ésta, tres puertas pequeñas de ébano, con cerraduras y adornos de plata, cierran unas á modo de hornacinas en una columnata de mármol. Encima de estas puertas, pero en último término, seis ventanas monumentales, á las cuales se puede llegar, por los dos lados de la sala, por una escalera redondeada que conduce á una especie de balcón interior. Es de noche. Las arañas están encendidas, y las ventanas, abiertas. Fuera, es decir, detrás de los ventanas del fondo, una multitud agitada, que no se ve, pero que grita, tan pronto asustada como inquieta y amenazadora, y cuyos movimientos súbitos, cuyas pisadas y cuyos murmullos se oyen claramente. Desde los primeros compases del preludio el telón se levanta y se oyen inmediatamente, á través de la música, las voces de la multitud invisible.

VOCES DE LA MULTITUD

—¿La habéis visto en la carroza? —Todo el pueblo la esperaba. —¿Es hermosa? —Me ha mirado. —A mí ambién. —A mí también. —Está triste, pero sonreía. —Diríase que quiere á todo el mundo. —Nunca se ha visto mujer más hermosa. —¿De dónde viene? —De muy

lejos, para que no sepa lo que aquí la aguarda. —Han estado viajando treinta días. —Ahora él no puede vernos, gritemos para avisarla. *Todos juntos.* —¡No vayáis más adelante! —¡No entréis en el castillo! —¡No entréis, porque es la muerte! *Voces aisladas.* —No comprenderá. —Dicen que la vienen siguiendo veinte hombres de su ciudad. —¿Por qué? —Porque la quieren. —Dicen que al salir ella lloraban por las calles. —¿Por qué ha venido? —Me han dicho que trae un proyecto. —¡A ésta no la matará. —No, no, es demasiado hermosa. —¡A ésta no la matará! —¡Ya vienen, ya vienen! —¿Dónde van? —Van á entrar por la puerta roja. —No, no veo antorchas en las avenidas. —Ya se ve la carroza entre los árboles. —El tiene miedo. —¡A ésta no la matará! —¡Está loco! ¡Uh! ¡Uh! —¡Basta, basta! ¡Esta es la sexta! —¡Asesino! ¡Asesino! ¡Muera! ¡Muera! ¡Muera! —Hay que prender fuego. —Yo he traído mi hoz. —Yo he traído la horquilla grande. —Ya entra en el patio. —Vamos á ver. —¡Cuidado! —Las puertas están cerradas. —Esperémosles aquí. —Dicen que lo sabe todo. —¿Qué sabe? —Lo que yo sé también. —Pero ¿qué es? ¿Qué sabe? —Que todas no han muerto. —¿Que no han muerto? —¡Si las he enterrado yo! —Una noche al pasar oí que cantaban. —¡Yo también! —¡Yo también! —¡Dicen que se aparecen! —Este hombre atrae la desgracia. ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Las ventanas se cierran!... Van á entrar. —Ya no se ve nada. —¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!...

En este momento las seis ventanas monumentales que hay encima de las hornacinas de mármol se cierran por sí mismas, ahogando poco á poco las voces de la multitud.

No se oye mas que un murmullo confuso que casi es el silencio. Poco después, por una puerta lateral entran en la sala Ariana y la Nodriza.

LA NODRIZA

¿Dónde estamos? Escuchad, murmuran. —Son los aldeanos. —Quisieran salvarnos. —Llenaban los caminos; no se atrevían á hablar, pero nos hacían señas para que volviésemos atrás. *Se acerca á la puerta grande del fondo.* Están detrás de la puerta. —Oigo aún hablar. —Intentemos abrir... Nos han dejado solas, acaso podamos huir... Ya os lo había dicho; está loco, es la muerte... Dicen que ha matado á cinco mujeres y es verdad...

ARIANA

No han muerto.—Allí, en nuestro país, hablaban de esto como de un misterio extraño. En aquel país lejano á que su amor salvaje, que, sin embargo, temblaba, vino á buscarme. —Allí lo sospechaba yo; pero aquí estoy segura... Me quiere, soy hermosa y le arrancaré su secreto. —En primer lugar, es preciso desobedecer; este es el primer deber cuando la orden es amenazadora y no se explica. —Las otras han hecho mal, y si se han perdido, es porque han vacilado. —Estamos en la galería que precede al salón en que su amor me espera. —Me ha dado estas llaves que abren los tesoros de los adornos nupciales. —Las seis llaves de plata están permitidas; pero la llave de oro está prohibida. Es la única que importa. —Tiro las otras seis y me quedo con la última.

Tira las llaves de plata, que resuenan al caer en las losas de mármol.

LA NODRIZA

Precipitándose á recogerlas.

¿Qué hacéis? Os había dado todos los tesoros que encierran...

ARIANA

Abré tú, si quieres. —Yo voy á buscar la puerta prohibida. —Abre las demás, si quieres; todo lo que está permitido no nos enseñará nada.

LA NODRIZA

Mirando en derredor de la sala.

Aquí están las puertas en el mármol. Tienen cerraduras de plata para decirnos que corresponden á las llaves. ¿Cuál abriré primero?

ARIANA

¿Qué importa? No están ahí sino para apartarnos de lo que es preciso saber. —Estoy buscando la séptima y no la encuentro...

LA NODRIZA

Probando las llaves sobre la primera puerta

¿Qué llave abrirá la primera? —¿Esta? —No. —¿Esta? —Tampoco. —¡Oh! La tercera entra y me arrastra la mano. Tened cuidado. Huid. Las dos hojas se animan

y se descorren como un velo. —¿Qué es esto? —Tened cuidado; granizo de fuego cae sobre mis manos y me da en la cara. —¡Oh!...

La nodriza da un salto hacia atrás, porque, mientras habla, las dos hojas de la puerta se deslizan introduciéndose en ranuras laterales, y desaparecen de pronto descubriendo un prodigioso amontonamiento de amatistas que cubren por completo el hueco. Entonces, como libertadas de una cárcel, salen joyas de todas las formas, pero de la misma substancia, collares, diademas, brazaletes, anillos, hebillas, cinturones, se derrumban en llamas violetas, que caen rebotando hasta el fondo de la sala, mientras, á medida que las primeras caen sobre el mármol, de todos los rincones de las bóvedas, que se han despertado, siguen cayendo otras, cada vez más numerosas y admirables, en medio de un ruido de pedrería viva que no se detiene.

LA NODRIZA

Deslumbrada, enloquecida, recogiéndolas á manos llenas.

¡Cogedlas! ¡Inclinaos! ¡Recoged las más hermosas! Hay bastantes para adornar un reino, y siguen cayendo. —Me hieren las manos, se me enredan en los cabellos. —Ved estas admirables que descienden de la bóveda como violetas de milagro. ¡Púrpura, lila y malva! ¡Hundid en ellas los brazos, cubrid con ellas vuestra frente, yo llenaré mi manto!...

ARIANA

Son nobles amatistas. Abre la segunda puerta.

LA NODRIZA

¿La segunda? No me atrevo... Y, sin embargo, quisiera saber si... *Pone una llave en la cerradura.* ¡Tened cuidado! ¡Ya da vuelta la llave! ¡Las hojas tienen alas, las paredes se desgarran! ¡Oh!

La misma escena que en la primera puerta; pero esta vez es la acumulación, la irrupción y el deslumbramiento sonoro y azul de una lluvia de zafiros.

ARIANA

Son hermosos zafiros. Abre la tercera puerta.

LA NODRIZA

Esperad que vea, que coja los más hermosos. Se va á romper mi manto bajo el peso de este cielo azul. Mirad, desbordan, corren por todos lados. A la derecha un torrente violeta, á la izquierda un surtidor de azul...

ARIANA

Anda, nodriza, apresúrate; la ocasión de pescar es rara y fugitiva.

LA NODRIZA

Abre la tercera puerta. El mismo juego escénico; pero esta vez es el amontonamiento pálido y lechoso, más menudo, pero más innumerable de un diluvio de perlas.

Recojo un puñado para que acaricien á los zafiros.

ARIANA

Abre la cuarta.

LA NODRIZA

Abre la cuarta puerta. El mismo juego escénico. Desbordamiento de esmeraldas.

¡Oh! Estas son más verdes que la primavera que nace á lo largo de los álamos, entre las gotas de rocío y el hermoso sol de mi aldea... *Sacudiendo su manto, del cual caen las amatistas, los zafiros y las perlas.* ¡Idos vosotras! ¡Dejad sitio á las más hermosas! ¡He nacido bajo los árboles, á la claridad de las hojas!

ARIANA

Abre la quinta puerta.

LA NODRIZA

¿Tampoco queréis de éstas? ¿Tampoco os gustan?

ARIANA

Lo que quiero es más hermoso que las piedras más hermosas.

LA NODRIZA

Abre la quinta puerta. El mismo juego escénico. Irrupción deslumbradora, incandescente, animada y cascada trágica de rubíes.

Estos son terribles, no los toco.

ARIANA

Ya nos acercamos al fin, porque esta es la amenaza. Abre la última puerta.

LA NODRIZA

Es la última llave; si ya corre sangre bajo la puerta permitida, ¿qué horror está velando en el umbral prohibido?...

ARIANA

Abre pronto.

LA NODRIZA

Vacilando, abre la sexta puerta. El mismo juego escénico; pero esta vez la irradiación es intolerable. Cataratas de enormes y puros diamantes se precipitan en la sala; millones de chispas, de rayos, de fulgores, de irisaciones, se cruzan, se encuentran, se apagan, vuelven á encenderse, caen, se multiplican y estallan. Ariana, deslumbrada, da un grito de asombro. Se inclina, recoge una diadema, un collar, puñados de esplendores, que estallan, y se adorna al azar los cabellos, los brazos, la garganta y las manos.

ARIANA

Mientras hace resplandecer ante sus ojos, levantandolo en las manos, los diamantes que la iluminan.

¡Oh mis claros diamantes! No os buscaba, pero os saludo al encontraros en mi camino. ¡Inmortal rocío de luz! ¡Corred sobre mis manos, iluminad mis brazos, des-

umbrad mi carne! Sois puros, infatigables, y no dormís
ıunca, y lo que se agita en vuestra lumbre, como pue-
ılo de espíritus que va sembrando estrellas, es la pasión
e la luz, que lo ha penetrado todo, que no descansa,
ue ya no tiene nada que vencer si no es á sí misma...!
lcercándose á la puerta abierta y mirando á la bóveda. ¡Lloved,
oved aún, entrañas del estío, hazañas de la luz y concien-
ia innumerable de las llamas! ¡Heriréis mis ojos sin can-
ır mis miradas!... *Inclinándose más.* Pero ¿qué veo, nodri-
a? Nodriza, ¿dónde estás? *La lluvia magnífica se desgarra y
ermanece suspendida sobre un arco que se ilumina con ella.*
ıquí está la séptima puerta, con sus goznes, sus barras
su cerradura de oro...

LA NODRIZA

Venid, no la toquéis. Contened vuestras manos y
ıestros ojos por temor de que se abra... Venid, oculté-
onos... Después de los diamantes, no hay mas que la
ıma ó la muerte.

ARIANA

Sí, retírate, nodriza; ocúltate detrás de esas columnas
mármol; quiero ir sola.

Entra bajo la bóveda, mete la llave en la cerradura; la puerta se divide y no aparece mas que una abertura llena de sombra; pero de las profundidades de la tierra se eleva un canto ahogado y lejano que se esparce por la sala.

LA NODRIZA

Ariana, ¿qué hacéis? ¿Sois vos quien canta?

ARIANA

Escucha.

El canto ahogado.

Las cinco hijas de Orlamunde
(el hada negra ha muerto);
las cinco hijas de Orlamunde
buscan las puertas...

LA NODRIZA

Son las otras mujeres...

ARIANA

Sí.

LA NODRIZA

Cerrad la puerta. El canto llena la sala y se esparce por todas partes.

ARIANA

Queriendo cerrar la puerta.

No puedo...

El canto cada vez más sonoro.

Han encendido sus cinco lámparas,
han abierto las torres,
han abierto cuatrocientas salas
sin encontrar la luz...

LA NODRIZA

¡Ya sube, ya aumenta! Cerremos la primera puerta... Ayudadme... *Intentan cerrar la puerta que ocultaba los diamantes.* No puedo.

El canto más fuerte.

Han abierto un pozo sonoro,
han bajado á él,
y sobre una puerta cerrada
encuentran una llave de oro...

LA NODRIZA

Enloquecida, entrando también bajo la bóveda.

¡Callad, callad! Van á perdernos; ahoguemos esta voz. *Extiende su manto.* Mi manto cubrirá la abertura...

ARIANA

Veo escalones; voy á bajar adonde me llaman...

El canto cada vez más fuerte.

Por las hendiduras ven el mar,
les da miedo morir
y llaman á la puerta cerrada
sin atreverse á abrir...

A las últimas palabras del canto, Barba Azul entra en la sala, se detiene un instante y mira.

BARBA AZUL

Acercándose.

¿También vos?...

Ariana se estremece, se vuelve, sale de la bóveaa y, deslumbradora de diamantes, se adelanta hacia Barba Azul.

ARIANA

Yo más que nadie.

BARBA AZUL

Os creía más fuerte y más prudente que vuestras hermanas...

ARIANA

¿Cuánto tiempo han respetado la prohibición?...

BARBA AZUL

Unas algunos días, otras algunos meses; la última un año...

ARIANA

Esa es la única á quien se hubiera debido castigar.

BARBA AZUL

Bien poca cosa les pedía...

ARIANA

Les pedíais más de lo que habíais dado.

BARBA AZUL

Perdéis la felicidad que he querido para vos...

ARIANA

La felicidad que yo quiero no puede vivir en la sombra.

BARBA AZUL

Renunciad á saber y podré perdonaros...

ARIANA

Acaso pueda perdonar cuando lo sepa todo.

BARBA AZUL

Cogiendo á Ariana por el brazo.

¡Venid!

ARIANA

¿Donde queréis que vaya?

BARBA AZUL

Donde yo os lleve.

ARIANA

No. *Barba Azul intenta arrastrar por fuerza á Ariana, que un largo grito de dolor. A este grito responde primero una pecie de rumor sordo. La lucha entre Ariana y Barba Azul*

continúa un instante, y la nodriza da gritos desesperados. De pronto, una piedra que tiran desde fuera, rompe una de las ventanas y se oye rugir y agitarse á la multitud. Otras piedras caen dentro de la sala. La nodriza corre á la puerta grande del fondo. Descorre los cerrojos y levanta las barras. Un brusco empujón desde fuera entreabre la puerta, y los aldeanos, furiosos, pero vacilantes, se agrupan en el umbral. Barba Azul, dejando á Ariana, saca la espada para prepararse á la lucha. Pero Ariana, tranquila, adelanta hacia la multitud. ¿Qué queréis? No me ha hecho ningún daño.

Aparta con suavidad á los aldeanos y vuelve á cerrar la puerta cuidadosamente, mientras Barba Azul, con los ojos bajos, mira la punta de su espada.

TELON

ACTO SEGUNDO

Al levantarse el telón, la escena, que después ha de iluminarse haciendo aparecer una inmensa sala subterránea cuyas bóvedas descansan sobre numerosos pilares, está sumida en obscuridad casi completa. En la extrema derecha, un extraño corredor abovedado desemboca en la sala subterránea hacia el primer término por una especie de abertura lateral ó de arcada informe. Aparecen en el fondo de este corredor, como si bajasen los últimos peldaños de una escalera, Ariana y la Nodriza. Ariana lleva una lámpara.

LA NODRIZA

¡Escuchad! ¡La puerta vuelve á cerrarse con un ruido rrible y las murallas tiemblan!... No me atrevo á seguir; quí me quedo... No volveremos á ver la luz del día.

ARIANA

Adelante, adelante; no temas. Está herido, está ven-lo, pero aún lo ignora... Nos dará la libertad con grimas en los ojos; pero vale más librarse por sí mis-. Entretanto su ira me concede lo que su amor me gaba, y por fin vamos á saber lo que se oculta aquí.

Adelanta, llevando en alto la lámpara, hasta la arcada lateral del corredor; se inclina é intenta penetrar las tinieblas de la sala. Un objeto indistinto parece detener sus miradas. Se vuelve hacia la nodriza para llamarla. Ven... ¿Qué hay en el fondo de esta gruta? ¿Ves tú? No se mueve. . Creo que están aquí, pero ya no viven... *Entra en la sala que su lámpara va iluminando bóveda por bóveda.* ¿Dónde estáis? *Silencio.* ¿Quiénes sois?

Una especie de estremecimiento temeroso y casi impalpable la responde; da un paso más; los rayos de la lámpara se proyectan más adelante y se ven, amontonadas en la sombras de la bóvedas más lejanas, cinco sombras de mujeres inmóviles.

ARIANA

Con la voz ahogada

¡Están ahí, nodriza! ¿Dónde estás? *La Nodriza se acerca Ariana le da la lámpara y vacilando da agunos pasos hacia e grupo.* ¡Hermanas mías!.. *El grupo se estremece.* ¡Viven Aquí estoy. *Corre hacia ellas con los brazos abiertos, las acari cia con sus manos inciertas, las besa, las abraza y vuelve á aca riciarlas á tientas en una especie de embriaguez enternecida y con vulsa, mientras la nodriza, con la lámpara en la mano, se qued un poco aparte.* ¡Ah, os he encontrado! Están llenas d vida y de suavidad. Creí encontrar muertas, y beso llo rando bocas adorables... ¿No habéis sufrido? ¡Oh, vues tros labios están fríos y vuestras mejillas se parecen á la de los niños!... ¡Y he aquí vuestros brazos desnudos, qu están flexibles y calientes, y vuestros pechos redondos, qu viven bajo su velo!... Pero ¿por qué tembláis? Beso est

hombros, abrazo estas cinturas y no sé lo que toco; beso en derredor mío senos desnudos y bocas... ¡Y estos cabellos que os inundan!... Debéis de ser muy hermosas... Mis brazos separan olas tibias, y mis manos se pierden entre rizos rebeldes... ¿Tenéis mil cabelleras?... ¿Son negras? ¿Son rubias?... No veo lo que hago; abrazo á todas, tomo vuestros brazos... ¡Ah, ésta es la más pequeña!... No tiembles, no tiembles; te tengo entre mis brazos... Nodriza, nodriza, ¿qué haces ahí? Estoy aquí como una madre que busca á tientas, y mis hijas esperan la luz... *La Nodriza se acerca con su lámpara y el grupo se ilumina. Las cautivas aparecen entonces vestidas de andrajos, con los cabellos en desorden, los rostros enflaquecidos y los ojos espantados y deslumbrados. Ariana, llena de asombro un instante, toma á su vez la lámpara para iluminarlas mejor y mirarlas más de cerca.* ¡Oh, habéis sufrido!... *Mirando en derredor.* ¡Y qué triste es vuestra prisión!... ¡Caen sobre mis manos grandes gotas frías, y la llama de la lámpara se estremece á cada instante!... ¡Con qué ojos tan extraños me miráis!... ¿Por qué retrocedéis cuando me acerco?... ¿Aún tenéis miedo?... ¿Cuál es la que quiere huir?... ¿No es la más joven esta á quien acabo de abrazar? ¿Os ha hecho daño mi largo beso de hermana?... Venid, venid. ¿Teméis la luz?... ¿Cómo se llama esta que vuelve?

DOS O TRES VOCES TEMEROSAS

Seliseta...

ARIANA

¿Seliseta, sonríes?... Esta es la primera sonrisa que encuentro aquí. ¡Oh, tus ojos, tan grandes, vacilan

como si viesen la muerte, y, sin embargo, es la vida...! Y tus brazos desnudos tiemblan tan tristemente esperando al amor... Ven, ven; los míos esperan, pero no tiemblan. *Abrazándola*. ¿Cuántos días hace que estáis en esta tumba?...

SELISETA

No sabemos contar los días. Nos equivocamos á menudo. Pero creo que estoy aquí desde hace más de un año...

ARIANA

¿Cuál entró la primera?

IGRENA

Adelantándose, más pálida que las demás.

Yo.

ARIANA

¿Hace mucho tiempo que no habéis visto la luz?...

IGRENA

Mientras estuve llorando sola no abrí nunca los ojos...

SELISETA

Mirando fijamente á Ariana.

¡Oh! ¡Qué hermosa sois! ¿Cómo ha podido castigaros como á nosotras? ¿También le habéis desobedecido?

ARIANA

He obedecido más pronto; pero á otras leyes que no son las suyas.

SELISETA

¿Por qué habéis bajado aquí?

ARIANA

Para libertaros á todas...

SELISETA

¡Oh! ¡Sí, libertadnos!... Pero ¿qué vais á hacer?

ARIANA

No tenéis mas que seguirme. ¿Qué hacíais aquí?

SELISETA

Llorábamos, cantábamos, rezábamos, y, además, esperábamos siempre...

ARIANA

¿Y no intentabais huir?

SELISETA

No era posible huir, porque todo está bien cerrado, y, además, está prohibido.

ARIANA

Eso lo veremos... Pero ¿cómo se llama esa que me mira á través de sus cabellos, que parecen rodearla de llamas inmóviles?

SELISETA

Melisanda.

ARIANA

Ven también, Melisanda. ¿Y esa cuyos grandes ojos siguen con avidez la luz de mi lámpara?

SELISETA

Berenguela.

ARIANA

¿Y la otra que se oculta detrás del pilar?

SELISETA

Esa ha venido de muy lejos; es la pobre Aladina.

ARIANA

¿Porqué dices la pobre?

SELISETA

Es la última que ha bajado y no habla nuestra lengua.

ARIANA

Alargando los brazos hacia Aladina.

¡Aladina! *Aladina se acerca y la abraza ahogando un sollozo.* Ya ves cómo yo hablo la suya cuando la abrazo así...

SELISETA

Todavía no ha dejado de llorar...

ARIANA

Mirando con asombro á Seliseta y á las otras mujeres.

¿Pero tú misma tampoco ríes aún? ¿Y las demás se allan? ¿Qué es esto? ¿Vais á vivir así siempre, aterrori-adas? Apenas sonreís, siguiendo todos mis movimien-os con vuestros ojos incrédulos ¿No queréis creer mi uena nueva? ¿No echáis de menos la luz del día, los ájaros en los árboles y los grandes jardines verdes que orecen allá arriba? ¿No sabéis que estamos en primave-a? Ayer por la mañana iba yo por los caminos; bebía ayos de sol, espacio, aurora... Nacían tantas flores bajo ada uno de mis pasos, que ya no sabía dónde poner os pies... ¿Habéis olvidado el sol, el rocío sobre las las, la sonrisa del mar? Hace un momento sonreía como onríe los días en que se siente feliz, y sus mil olas me-udas me aprobaban cantando sobre playas de luz...

En este momento una de las gotas de agua que se filtran sin interrupción de lo alto de la bóveda cae sobre la llama de la lámpara que Ariana sostiene, volviéndose hacia la

puerta, y bruscamente la apaga en un estremecimiento de la luz. La Nodriza da un grito de terror y Ariana se detiene desconcertada.

ARIANA

En la obscuridad.

¿Dónde estáis?

SELISETA

Aquí. Dadme la mano, no os alejéis; por este lado hay un agua dormida y muy profunda.

ARIANA

¿Todavía veis?

SELISETA

Sí. Hemos vivido largo tiempo en esta obscuridad.

BERENGUELA

Venid aquí; aquí hay mucha más luz...

SELISETA

Sí, llevémosla á la claridad.

ARIANA

¿Entonces es que hay una luz en las tinieblas más profundas?

SELISETA

¡Sí, sí, hay una!... ¿No veis ese gran fulgor pálido que ilumina todo el fondo de la última bóveda?

ARIANA

En efecto, empiezo á entrever un pálido fulgor que aumenta.

SELISETA

No, los que se agrandan son tus ojos, tus hermosos ojos asombrados...

ARIANA

¿De dónde viene esa luz?

SELISETA

No lo sabemos.

ARIANA

¡Hay que saberlo!... *Va hacia el fondo de la escena y pasa tientas las manos por la muralla.* Esta es la muralla... Esto ambién... ¡Pero más arriba ya no hay piedra!... Ayudadme á subir sobre este pedazo de roca. *Sube sostenida or las mujeres.* La bóveda es monstruosa. *Continúa tocando pared.* ¡Pero si son cerrojos!... Toco barras de hierro cerrojos enormes. ¿Habéis intentado descorrerlos?

SELISETA

¡No, no, no los toquéis; dicen que el mar está al pie e las murallas!... ¡Van á entrar las olas grandes!...

MELISANDA

La claridad es verde á causa del mar...

IGRENA

Le hemos oído muchas veces. ¡Tened cuidado!...

MELISANDA

¡Oh! ¡Veo temblar el agua por encima de nuestras cabezas!...

ARIANA

¡No, no, es la luz la que os busca!

BERENGUELA

¿Queréis abrir?

Las mujeres, asustadas, retroceden y se ocultan tras un pilar, desde donde siguen con ojos atónitos todos los movimientos de Ariana.

ARIANA

¡Pobres hermanas mías! ¿Por qué queréis que os der la libertad si adorais vuestras tinieblas, y por qué llora bais si érais felices?... ¡Oh! Las barras se levantan; la hojas de la puerta van á abrirse!... ¡Esperad!...

Las pesadas hojas de una especie de inmensa puerta inte rior se separan, en efecto, mientras aún habla, pero sól un fulgor muy pálido y difuso ilumina el hueco redond de la bóveda.

ARIANA

Continúa buscando

¡Ah! ¡Aún no es la claridad verdadera!... ¿Qué hay bajo mis manos?... ¿Es cristal? ¿Es mármol?... Diríase una vidriera cubierta de sombras... Se me han roto las uñas... ¿Dónde están vuestras ruecas?... ¡Seliseta, Melisanda, una rueca, una piedra! ¡Uno de esos guijarros que están tirados á miles por el suelo!... *Seliseta acude con una piedra y se la da.* ¡Esta es la llave de vuestra aurora!... *Da un golpe en el vidrio, se rompe un pedazo y una gran estrella deslumbradora surge en las tinieblas. Las mujeres lanzan un grito de terror, casi radiante, y Ariana, enloquecida é inundada de una luz cada vez más insostenible, rompe á grandes golpes precipitados todos los demás vidrios, en una especie de delirio triunfal.* ¡Esta, y ésta, y ésta!... ¡La pequeña, y la grande, y la última también!... ¡Toda la ventana se derrumba y las llamas inundan mis manos y mi cabellos!... ¡Ya no veo, ya no puedo abrir los ojos!... ¡No os acerquéis aún; los rayos parece que están ébrios!... ¡Ya no puedo levantarme; veo con los ojos cerrados largas pedrerías que me azotan los párpados!... ¡No sé qué es lo que viene contra mí!... ¿Es el cielo? ¿Es el mar? ¿Es el viento ó la luz? ¡Toda mi cabellera es un arroyo de relámpagos!... ¡Estoy cubierta de maravillas?... ¡No veo nada y lo oigo todo!... Millares de rayos entran en mis oídos... ¡No sé dónde esconder los ojos; mis dos manos ya no tienen sombra, mis párpados me deslumbran y mis brazos que los cubren los cubren de luz!... ¿Dónde estáis? ¡Venid todas; no puedo bajar!... ¡No sé dónde poner los pies, entre las olas de fuego que levantan mi túnica; voy á caer en vuestras tineblas!...

Al oir estos gritos, Seliseta y Melisanda salen de la sombra en que se habían refugiado, y con las manos sobre los ojos, como si fuesen á atravesar llamas, corren á la ventana tanteando en la luz, suben á la piedra junto á Ariana. Las demás mujeres las siguen é imitan, y todas se reúnen en la sábana cegadora de luz que las obliga á bajar la cabeza. Hay entonces un instante de silencio deslumbrado durante el cual se oye fuera el murmullo del mar, las caricias del viento en los árboles, el canto de los pájaros y las esquilas de un rebaño que pasa á lo lejos en el campo.

SELISETA

¡Veo el mar!...

MELISANDA

¡Y yo veo el cielo!... *Tapándose los ojos con un brazo.* ¡Oh, no se puede mirar!...

ARIANA

Mis ojos se van calmando bajo mis manos. ¿Dónde estamos?...

BERENGUELA

No quiero mirar mas que los árboles... ¿Dónde están?

IGRENA

¡Oh, qué verde está el campo!...

ARIANA

Estamos en la vertiente de la roca.

MELISANDA

La aldea está allá abajo... ¿No veis la aldea?...

BERENGUELA

No podemos bajar; estamos rodeadas de agua y los puentes están levantados...

SELISETA

¿Dónde están los hombres?

MELISANDA

Allá, allá abajo... Un aldeano...

SELISETA

Nos ha visto; nos mira... Voy á hacerle señas. *Agita u larga cabellera.* Ha visto mis cabellos; se quita la gorra. Hace la señal de la cruz...

MELISANDA

Una campana, una campana... *Contando las campanadas.* iete, ocho, nueve...

SELISETA

Diez, once, doce...

MELISANDA

Es mediodía.

IGRENA

¿Quién canta así?...

MELISANDA

Son los pájaros... ¿Los ves? Hay millares de ellos en los grandes álamos á lo largo del río...

SELISETA

¡Oh, qué pálida estás, Melisanda!...

MELISANDA

Tú también... No me mires...

SELISETA

Tienes la túnica hecha andrajos; se te ve á través de ella...

MELISANDA

Tú también; tus senos desnudos separan tus cabellos...

BERENGUELA

¡Qué largos son nuestros cabellos!...

IGRENA

¡Y qué pálidos están nuestros rostros!...

BERENGUELA

Y nuestras manos transparentes.

MELISANDA

Aladina solloza...

SELISETA

La abrazo, la abrazo...

ARIANA

Sí, sí, abrazaos; no os miréis aún... Sobre todo, no speréis á que la luz os entristezca... Aprovechad la mbriaguez para salir de la tumba... Una escalera de iedra baja á lo largo de la roca... No sé adónde lleva, ero es luminosa y el viento del mar la orea... Venid odas, venid todas; millares de rayos danzan en el hueco e las olas...

Sale por la abertura y desaparece en la luz.

SELISETA

Siguiéndola y arrastrando á las demás mujeres.

Sí, sí, venid, pobres hermanas mías; somos felices. ancemos, dancemos también cantando á la luz...

Todas se suben sobre la piedra y desaparecen cantando y bailando en la claridad.

Las cinco hijas de Orlamunde
(el hada negra ha muerto);
las cinco hijas de Orlamunde
encontraron las puertas...

TELON

ACTO TERCERO

La misma sala que en el primer acto. Las pedrerías, tiradas por el suelo, centellean aún sobre las losas y en las hornacinas de mármol. Entre las columnas de pórfido, vestiduras preciosas se desbordan de los cofres abiertos. Fuera es de noche; pero bajo las arañas encendidas, Seliseta, Melisanda, Igrena, Berenguela y Aladina, en pie ante grandes espejos, acaban de anudarse los cabellos, de arreglar los pliegues de sus túnicas deslumbradoras, de adornarse con flores y joyas, mientras que Ariana, yendo de una á otra, las ayuda y las aconseja. Las ventanas están abiertas.

SELISETA

No hemos podido salir del castillo encantado. Es tan ıermoso, que me hubiese costado llorar... ¿Qué dices tú, Ariana? Era extraño; los puentes se levantaban por sí sos y el agua subía de los fosos en cuanto nos acercábanos á ellos... ¿Pero qué importa ahora, puesto que ya no e vemos?... Se ha marchado. *Abrazando á Ariana.* Y seemos felices mientras estés tú con nosotras.

MELISANDA

¿Dónde ha ido?

ARIANA

Lo ignoro, como vosotras. Se ha marchado, turbado, tal vez, desconcèrtado, sin duda, por primera vez... O acaso la ira de los aldeanos le inquietaba. Ha sentido que el odio desbordaba por todas partes, y quién sabe si no habrá ido á buscar socorro, soldados y guardas para castigar á los rebeldes y volver como dueño... A menos que su conciencia ú otra fuerza haya hablado...

SELISETA

¿No te marcharás?

ARIANA

¿Cómo queréis que me vaya, si los fosos están llenos de agua, los puentes levantados, los muros son inaccesibles y las puertas están cerradas? No se ve á nadie que las guarde, y, sin embargo, el castillo no está abandonado. Hay quien observa todos nuestros pasos; debe de haber dado órdenes misteriosas. Pero en derredor de los muros los aldeanos se ocultan y siento que velan por nosotras. Entretanto, hermanas mías, el acontecimiento se acerca; hay que ser hermosas. *Acercándose á Melisanda.* ¿Es así como te preparas, Melisanda? Tu cabellera es el milagro más hermoso que he visto nunca; allá abajo iluminaba las sombras del subterráneo y sonreiría hasta en la noche de una tumba; ¿y te complaces en apagar sus llamas?... Espera; yo soy quien va á dar libertad á su luz.

Arranca el velo, desata las trenzas, y toda la cabellera de Melisanda se extiende bruscamente y resplandece sobre sus bombros.

SELISETA

Volviéndose para contemplar á Melisanda.

¡Oh! ¿De dónde ha salido todo eso?

ARIANA

Sale de ella misma y se ocultaba en ella. Pero tú, ¿qué has hecho? ¿Dónde ocultas tus brazos divinos?

SELISETA

Aquí, en mis mangas de tisú de oro...

ARIANA

Ya no veo... Los estaba admirando hace un momento mientras anudabas tus cabellos... Parecían levantarse para llamar al amor, y mis ojos, enternecidos, acariciaban todos sus movimientos... Me vuelvo y no encuentro mas que su sombra. *Desatándole las mangas.* ¡He aquí dos rayos de dicha á los cuales doy también la libertad!...

SELISETA

¡Oh! mis pobres brazos desnudos... Van á temblar de frío...

ARIANA

No, puesto que son adorables. *Acercándose á Berenguela.* ¿Dónde estás, Berenguela? Hace un instante había en el

fondo de ese espejo unos hombros y una garganta que lo llenaban por completo de dulce claridad. Es preciso que yo vaya dando libertad por todas partes... Y todas esas pedrerías que brillan á vuestros pies, ¿han sido creadas para morir sobre las losas, ó para encenderse al calor de los senos, de los brazos, de las cabelleras? *Recoge á manos llenas las piedras preciosas y las derrama sobre sus compañeras.* Verdaderamente, hermanas mías, ya no me extraña que no os amase cuanto hubiese sido menester y que necesitase cien mujeres... No tenía ninguna... *Quitando á Berenguela el manto que ha echado sobre sus hombros.* He aquí dos fuentes de belleza que se perdían en las tinieblas... Sobre todo, no tengamos miedo; no tendremos nada que temer si somos muy hermosas.

Entra por la puerta lateral la Nodriza, asustada, desmelenada.

LA NODRIZA

¡Ya vuelve! ¡Ya está ahí!

Movimiento de espanto en las mujeres.

ARIANA

¿Quién te lo ha dicho?

LA NODRIZA

Uno de los guardas. Os ha visto. Os admira.

ARIANA

Yo no he visto á naoie...

LA NODRIZA

Se ocultaban. Seguían todos nuestros movimientos... El más joven es el que ha hablado. Me ha dicho que el amo vuelve... Está dando la vuelta á las murallas... Los aldeanos lo saben... Tienen armas... Se rebelan... Todo el pueblo está escondido entre los setos... Esperan... *Subiendo por la escalera lateral á una de las ventanas del fondo.* ¡Veo antorchas en el bosque!...

Las mujeres, enloquecidas, dan un grito de terror y corren en busca de salida.

SELISETA

Subiendo también á las ventanas.

¡Es su carroza, su carroza de boda! Se detiene...

Todas se precipitan á las ventanas, se agrupan en el balcón interior y miran en la noche.

MELISANDA

¡Es él!... Le reconozco... ya baja... hace gestos de ira...

SELISETA

Está rodeado por sus negros...

MELISANDA

¡Tienen espadas desnudas que brillan á la luz de la luna!...

SELISETA

Refugiándose en los brazos de Ariana.

¡Ariana, Ariana, tengo miedo!...

LA NODRIZA

Ved los aldeanos que salen de los fosos... ¡Cuántos hay!... ¡Cuántos hay!... ¡Traen hoces y horquillas!...

SELISETA

¡Van á batirse!...

Rumores, gritos, tumulto, ruido de armas fuera, á lo lejos.

MELISANDA

¡Pelean!...

IGRENA

¡Uno de los negros ha caído!...

LA NODRIZA

¡Oh! ¡Los aldeanos son terribles!... ¡Está todo el pueblo!... ¡Tienen hoces enormes!...

MELISANDA

¡Los negros le abandonan!... ¡Mirad, huyen!... ¡Se ocultan en los bosques!...

IGRENA

El también huye... Corre, se acerca al recinto...

LA NODRIZA

Los aldeanos le siguen.

SELISETA

¡Pero van á matarle!

LA NODRIZA

Ya acuden en su auxilio... Los guardas han abierto las puertas del recinto... Corren á su encuentro...

SELISETA

Uno, dos, tres, cuatro, seis, siete... ¡No son mas que siete!... Los aldeanos los envuelven... ¡Son centenares!...

MELISANDA

¿Qué hacen?

LA NODRIZA

Veo á los aldeanos que bailan en derredor de un hombre... Los otros han caído...

MELISANDA

Es él; he visto su manto azul... Está tendido en la hierba.

LA NODRIZA

Callan... Le levantan.

MELISANDA

¿Está herido?

IGRENA

Vacila...

SELISETA

He visto sangre... Está sangrando... ¡Ariana!

ARIANA

Ven, no mires... Esconde la cabeza en mis brazos...

LA NODRIZA

Llevan cuerdas... Se defiende... Le atan los brazos y las piernas...

MELISANDA

¿Dónde van? Le llevan entre todos... Bailan cantando...

LA NODRIZA

Vienen hacia nosotras... Ya están en el puente... La puerta está abierta de par en par... Se detienen... ¡Oh! ¡Van á arrojarle al foso!...

ARIANA

Y las otras mujeres, enloquecidas, gritando y moviéndose desesperadamente en las ventanas.

¡No, No!,.. ¡Socorro! ¡No le matéis! ¡Socorro!... ¡No, no!... ¡Eso no!... ¡Eso no!...

LA NODRIZA

No oyen... Pero los otros les empujan...

ARIANA

¡Se ha salvado!...

LA NODRIZA

Van á entrar; están delante de las puertas del patio...

Gritos de la multitud, que ha visto á las mujeres en las ventanas.

"Abrid, abrid.,,

Después cánticos.

Abridle la puerta
Por amor de Dios.
Su lámpara ha muerto
Ya no tiene fuego...

LA NODRIZA

Y las otras mujeres hablando á la multitud.

No podemos... Está cerrada... La rompen... ¡Cede!... Escuchad... Entran todos... Suben por el pórtico... Cuidado; están borrachos...

ARIANA

Voy á abrir la puerta de la sala.

LAS MUJERES

Suplicándola, enloquecidas.

¡No, no!... ¡Ariana!... ¡Están borrachos!... Tened cuidado...

Se acercan.

ARIANA

No temáis; no os acerquéis; iré yo sola...

Las cinco mujeres bajan la escalera que conduce á las ventanas, retroceden hacia el fondo de la sala y permanecen allí, estrechamente agrupadas, en actitud de esperar, con terror. Ariana, seguida por la Nodriza, se dirige hacia la puerta, que abre de par en par. Se oye ruido de multitud que sube las escaleras, aullidos, cánticos, risas, á la claridad roja de las antorchas. Por fin, los primeros hombres de la multitud aparecen en el marco de la puerta, que llenan completamente, pero sin atravesar el umbral. Son campesinos, unos con aspecto feroz, otros regocijados ó asustados. Sus ropas, á consecuencia de la lucha, están desgarradas y en desorden. Traen á Barba Azul sólidamente atado y se detienen un momento, asombrados, al ver á Ariana que se yergue ante ellos grave, tranquila y real. Mientras que hacia el fondo, entre los campesinos que llenan la escalera y no ven lo que ocurre, continúan un momento los empujones, los aullidos y las risas, que después se apagan en cuchicheos respetuosos é intrigados. En el instante en que la multitud ha invadido la puerta, las cinco mujeres, instintiva y silenciosamente, han caído de rodillas en el fondo de la sala.

UN ALDEANO VIEJO

Quitándose la gorra y arrollándola con aire de timidez.

Señora... ¿se puede entrar?...

UNO DE LOS CAMPESINOS QUE TRAEN A BARBA AZUL

Aqui traemos el paquete.

OTRO

Ya no os hará mucho daño.

PRIMER CAMPESINO

¿Dónde queréis que os le dejemos?

OTRO

Pongámosle en un rincón.

TERCER CAMPESINO

Levantad la alfombra; está cubierto de barro; os lo va ensuciar todo... *Dejan en el suelo á Barba Azul.* Eso es. 'a no dará guerra. El bueno del hombre tiene lo suyo; abajo nos ha costado...

OTRO CAMPESINO

¿Tenéis algo para matarle?

ARIANA

Sí, sí; no temáis...

LOS CAMPESINOS

¿Queréis que os ayudemos?

ARIANA

No, no hace falta; nosotras podremos solas...

TERCER CAMPESINO

Sobre todo, tened cuidado de que no se escape... *Descubriendo el pecho.* Ved lo que me ha hecho...

OTRO

Y á mí aquí en el brazo... Ha entrado por aquí y ha salido por acá.

ARIANA

Sois héroes; sois nuestros salvadores... Dejadnos un momento; ya nos vengaremos... Dejadnos; es tarde; mañana volveréis... Regresad á la aldea y curad vuestras heridas...

UN CAMPESINO VIEJO

Bien, bien; ya se sabe lo que hay que hacer. Señora, no es por hablar... pero erais demasiado hermosa... Adiós, adiós...

ARIANA

Cerrando la puerta.

Adiós, adiós; nos habéis salvado. *Se vuelve y ve á las mujeres de rodillas en el fondo de la sala.* ¡Estábais de rodillas! *Acercándose á Barba Azul.* ¿Estáis herido?... Sí; aquí corre sangre... Una herida en el cuello... No es nada, no es profunda. Una en el brazo... Las heridas en los brazos no son nunca muy graves... ¡Ah, ésta, ésta!... Aún corre la sangre... La mano está atravesada; es la primera que hay que curar...

Mientras Ariana habla, las seis mujeres se han ido acercando una á una sin decir nada, é inclinadas ó arrodilladas rodean á Barba Azul.

SELISETA

Ha abierto los ojos...

MELISANDA

¡Qué pálido está!... Debe de haber sufrido...

SELISETA

¡Oh, esos campesinos son horribles!...

ARIANA

Traedme agua para lavar las heridas.

LA NODRIZA

Si voy á buscarla...

ARIANA

¿Tenéis lienzos muy suaves?...

MELISANDA

Aquí está mi velo blanco...

SELISETA

Se ahoga. ¿Queréis que le sostenga la cabeza?

MELISANDA

Espera, voy á ayudarte...

SELISETA

No; Aladina me ayuda...

Aladina la ayuda, en efecto, á levantar la cabeza de Barba Azul, al cual da sollozando un beso furtivo en la frente.

MELISANDA

¡Aladina! ¿qué haces? Despacio, despacio, no vuelvan á abrirse las heridas...

SELISETA

¡Oh! ¡Le arde la frente!...

MELISANDA

Se ha cortado la barba... Ya no es tan terrible...

SELISETA

¿Tenéis un poco de agua?... Tiene el rostro cubierto de polvo y de sangre...

IGRENA

Respira con trabajo...

ARIANA

Son estas ligaduras, que le ahogan... Han apretado las cuerdas como para romper una roca... ¿Tenéis una daga?

LA NODRIZA

Había dos encima de esta mesa... Aquí está la más afilada... *Asustada.* ¿Vais á...?

ARIANA

Sí.

LA NODRIZA

¿Pero no está...? Mirad, nos mira...

ARIANA

Levantad bien la cuerda para no herirle...

Corta una á una las cuerdas que atan á Barba Azul. Cuando llega á las que le sujetan los brazos detrás de la espalda, la Nodriza le coge la mano para detenerla.

LA NODRIZA

Esperad que hable... Aún no sabemos si...

ARIANA

¿Tenéis otro puñal? Se ha roto la hoja .. Estas cuerdas son muy duras...

MELISANDA

Alargándole otro puñal.

Aquí está el otro...

ARIANA

Gracias.

Corta las últimas cuerdas. Pausa, durante la cual se oyen las respiraciones angustiadas. Cuando Barba Azul se siente libre, se incorpora lentamente, estira los brazos dormidos, mueve las manos, mira atentamente en silencio á cada una de las mujeres; después se pone en pie apoyándose en el muro y permanece inmóvil examinando su mano herida.

ARIANA

Acercándose á él.

Adiós.

Le da un beso en la frente. Barba Azul hace un movimiento instintivo para detenerla. Ella se aparta suavemente y se dirige hacia la puerta, seguida de la nodriza.

SELISETA

Precipitándose tras ella y deteniéndola.

¡Ariana! ¡Ariana!... ¿Dónde vas?...

ARIANA

Lejos de aquí... Allí abajo, donde aún me esperan... Me acompañas, Seliseta?...

SELISETA

¿Cuándo vuelves?

ARIANA

No volveré...

MELISANDA

¡Ariana!...

ARIANA

¿Me acompañas, Melisanda?... *Melisanda mira alterna-vamente á Barba Azul y á Ariana y no responde.* Mira, la uerta está abierta y el campo está azul... ¿No vienes, rena? *Igrena no vuelve la cabeza.* La luna y las estrellas uminan todos los caminos, y la aurora se inclina en las óvedas del azul para mostrarnos un mundo inundado de peranzas... ¿Vienes, Berenguela?

BERENGUELA

Secamente.

No.

ARIANA

¿Aladina? ¿Me marcharé sola? *A estas palabras Aladina se acerca á Ariana, se arroja en sus brazos, y entre sollozos convulsivos la estrecha larga y febrilmente. Ariana la abraza también y se aparta de ella suavemente y llorando.* Quédate también, Aladina... Adiós, sed felices...

Sale precipitadamente, seguida de la nodriza. Las mujeres se miran; después miran á Barba Azul, que levanta lentamente la cabeza. Berenguela é Igrena se encogen de hombros y van á cerrar la puerta. Pausa. Telón.

FIN

SOR BEATRIZ

MILAGRO EN TRES ACTOS

PERSONAJES

LA VIRGEN
SOR BEATRIZ
LA ABADESA
SOR EGLANTINA
SOR CLEMENCIA
SOR FELICIDAD
SOR BALBINA
SOR REGINA
EL CAPELLAN
EL PRINCIPE BELLIDOR
LA NIÑA

Mendigos, peregrinos, lisiados, acólitos, etc.

Escena en el siglo XIV en un convento de los alrededores de Lovaina.

ACTO PRIMERO

Gran corredor abovedado. En medio la puerta principal, cerrada, de un convento. A la derecha la puerta de la capilla, á la cual se llega subiendo algunos escalones. En el ángulo formado por esta puerta y el muro del corredor, en el fondo de una especie de hornacina, se levanta, sobre un pedestal con gradas practicables, una estatua de la Virgen, de tamaño natural. Está vestida, siguiendo la costumbre española, con lujosas vestiduras de terciopelo y de brocado, que le dan aspecto de princesa celestial. Ancho cinturón de orfebrería le ciñe el talle, y una diadema de oro, en la que centellean pedrerías, corona la cabellera, que se esparce sobre los hombros de la imagen. A la izquierda del portalón se entrevé el interior de la celda de Beatriz. Esta celda, encalada, no contiene mas que una tarima, una mesa y una silla. Es de noche. Una lámpara arde ante de la estatua, á cuyos pies está prosternada Sor Beatriz.

BEATRIZ

¡Señora, ten piedad de mi, que voy á caer en pecado mortal! ¡Volverá esta noche y estoy sola!... ¿Qué debo decirle y qué debo hacer? Me mira y sus manos tiemblan, y no sé qué desea... Cuando entré en esta santa casa, hará cuatro años á fin de julio, era yo una niña y no sabia nada, y ahora no sé nada tampoco, y no

me atrevo á preguntar á la abadesa, ni á hablar á nadie del mal ó de la felicidad que atormenta mi corazón... Dicen que está permitido amar á un hombre dentro del matrimonio .. Me ha prometido que al salir del convento, un ermitaño á quien conoce y que hace milagros nos unirá á los dos... A menudo nos hablan de las astucias del Malo y de los engaños de los hombres, pero él, ya lo sabes, no es como los demás... Venía todos los domingos al jardín de mi padre, cuando yo era pequeña, y jugábamos juntos... Yo le había olvidado, pero me acordaba á menudo de él en mis oraciones, ó cuando estaba triste... Es prudente y bueno, y sus miradas son más suaves que las de un niño que se pone de rodillas... La otra noche se arrodilló delante de la lámpara. ¿Lo has notado tú? Se parece á tu hijo... Sonríe gravemente, como si hablase á Dios, cuando me habla á mí, que no puedo comprenderle y que no poseo nada... Ya ves, Señora, que te lo digo todo. Soy muy desgraciada, aunque hace ya tres días que no puedo llorar... Ha jurado que morirá si yo le rechazo... Dicen que eso puede suceder... y que jóvenes altos y hermosos como él se han dado muerte por causa del amor... Un día me habló de Pablo y de Francisca... No sé si es verdad; el mundo está lleno de confusiones y no nos dicen nada... ¡Señora, ilumíname; ignoro lo que debo hacer! ¡Quién sabe si estos brazos que levanto temblando hacia tu santa imagen no serán mañana dos teas espantosas en las llamas del infierno!... *Se oye fuera ruido de pasos que se acercan.* Escucha... ¿Has oído?... Hay varios caballos... Se detienen... Se acercan al umbral... Ha tocado á la puerta... *Llaman.* ¡Madre mía! ¿Qué debo hacer?... Si tú me lo

prohibes no me voy... *Se levanta y se acerca á la puerta.* ¿Bellidor?

BELLIDOR

Desde fuera.

¡Beatriz! soy yo... Abre pronto...

BEATRIZ

Sí... sí...

Abre la puerta. Se ve en el umbral al príncipe Bellidor, vestido con cota de malla y gran capa azul. A su lado un niño con los brazos cargados de telas suntuosas y de joyas deslumbradoras. Cerca de la puerta, bajo un árbol, un anciano sujeta por la brida dos caballos ricamente enjaezados. En el fondo, el azul sombrío de un cielo estrellado, bajo el cual se extiende la campiña iluminada por la luna.

BEATRIZ

Adelantándose.

¿Estáis solo? ¿Quién está ahí debajo de ese árbol?

BELLIDOR

Acércate, acércate y no temas. *Se arrodilla en el umbral y besa la orla de la túnica de Beatriz.* ¡Oh Beatriz! ¡Qué hermosa eres cuando te adelantas así hacia las estrellas que te esperan temblando en el umbral!... ¡Por fin saben que una gran felicidad acaba de nacer, y se derraman todas por los largos caminos azules que vamos nosotros á reco-

rrer, como arena de oro que alguien hubiese derramado en silencio á los pies de una reina!... ¿Qué haces? ¿Ya vacilan tus pasos?... ¿Vuelves la cabeza?... No, no, mis brazos te estrechan, te estrechan para siempre en presencia del cielo; ya no te irás, y el amor te da libertad encadenándote. ¡Ven, ven, no busques ya la sombra pálida de la lámpara, en la cual dormirá este amor!... ¡Ha visto la luz que nunca viera, y cada rayo que pasa ilumina su triunfo en nuestras almas jóvenes y fija nuestro destino!... ¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Te veo, te alcanzo, te toco, te estrecho, te abrazo por primera vez!...

Diciendo estas palabras se yergue bruscamente, coge á Beatriz por la cintura y le da un beso en la boca.

BEATRIZ

Retrocediendo y defendiéndose desfallecida.

No, no me beséis, porque habíais prometido...

BELLIDOR

Volviendo á besarla.

¡Ah! ¡No fueron esas las promesas del amor!... El amor no puede decir que no adorará, y cuando lo ha dado todo, ya no promete nada... A cada momento ofrece cuanto puede alcanzar, y cuando ha jurado ahogar un beso ó hacerle esperar, da cien mil para borrar la injuria que ha hecho á sus labios...! *La estrecha con más violencia é intenta arrastrarla.* ¡Ven, ven!... La noche se apresura, ya blanquea el alba y mis caballos se en-

cabritan... Da un paso más, baja un escalón más, y el camino admirable arrastra nuestros dos corazones... *Observa que de pronto Beatriz se desploma en sus brazos.* ¿No me respondes? Ya no oigo tu aliento... Y tus rodillas se doblan... Ven, ven, no esperemos que la aurora envidiosa tienda sus lazos de oro por los caminos de azul que llevan á la felicidad...

BEATRIZ

Casi insensible.

No, no; no puedo... No puedo todavía...

BELLIDOR

¡Beatriz! Palideces, y mis besos se apagan al contacto de tus labios como chispas al contacto del agua fría... Levanta tu hermosa frente, abre tu dulce boca que ya no quiere sonreir... ¡Ah! Estos grandes velos son los que te oprimen el pecho y pesan sobre tu corazón. ¡Están hechos para la muerte y no para la vida!...

Mientras que ella parece todavía inconsciente, aparta y desata lentamente el velo que le rodea. Bien pronto aparecen los primeros rizos de oro; después, de repente, deshaciendo los últimos pliegues, como llamas que se encuentran en libertad, surge toda la cabellera, que inunda el rostro de Beatriz que se despierta.

BELLIDOR

Asombrado.

¡Oh!

BEATRIZ

Suavemente, como si saliese de un sueño.

¿Qué has hecho, Bellidor? ¿Qué tocan mis manos; qué es esto tan suave que acaricia mi frente?

BELLIDOR

Asombrado, besando como loco la cabellera desatada.

¡Mira, mira, son tus llamas las que te despiertan; es tu propia belleza la que te inunda y tus propios rayos los que te envuelven!... ¡Ah, no sabías tú y no sabía yo que eras tan bella!... ¡Creía haberte visto y creía amarte!... ¡Hace sólo un momento eras la más hermosa en mis sueños de niño; ahora eres la más hermosa de las hermosas para mis ojos, que despiertan; para mis manos, que te tocan; para mi corazón, que te encuentra!... ¡Espera, espera; es preciso que toda tú seas semejante á tu rostro, es preciso que toda tú seas libre, es preciso que toda seas reina!...

Con ademán rápido le quita el manto; así es que ella aparece en larga túnica de lana blanca; después hace una seña al niño, que espera cerca de la puerta, y que adelanta con vestiduras preciosas, un cinturón de oro y collares de perlas, mientras Beatriz cae de rodillas á los pies de la estatua y solloza con el rostro escondido entre los pliegues del manto y del velo.

BEATRIZ

¡No, no! ¡No quiero!... *Arrastrándose de rodillas á los pies de la estatua.* ¡Madre, ya ves! ¡Si no me ayudas, ya no

puedo luchar!... ¡Ya no puedo rezar si me abandonas!...

BELLIDOR

Acercándose á Beatriz y envolviéndola en las vestiduras preciosas que ha tomado de los brazos del niño.

¡Beatriz!... ¡Ya es hora!... ¡Mira las vestiduras de tu vida que empieza!... ¡No es una esclava la que arrebato al Señor; es una soberana que devuelvo á la felicidad!...

BEATRIZ

Siempre de rodillas y cogiéndose á los barrotes de la verja que rodea el pedestal.

¡Señora, óyeme; ya no sé rezar, ya no puedo hablar!... ¡No me quedan mas que sollozos; y no sabía que le amaba así; y no sabía que le amaba tanto! ¡Escúchame! ¡Mírame!... ¡Soy una niña que no puede prever nada!... ¡Me han dicho tantas veces que lo concedes todo, que eres muy buena, que tienes piedad!...

BELLIDOR

Intentando levantarla y arrancarla con suavidad de la verja.

Sí, sí, tiene piedad; es reina de un cielo que el amor ha creado... Abre tus manos suaves, que se han helado junto al hierro... Mira su rostro; no está enojado; perdona; está radiante... Sus ojos han encontrado la oración de los tuyos y tus lágrimas iluminan el amor de su sonrisa... ¿El es quien te implora?... ¿Eres tú quien per-

dona?... ¡Mis ojos os confunden y me parecéis dos hermanas cuyas manos se bendicen una á otra en la gloria del amor!...

BEATRIZ

Levantando la cabeza y mirando á la Virgen.

Sí, me han dicho muchas veces que me parezco á ella...

BELLIDOR

Mira sus cabellos, á través de los tuyos, cuando mis manos apartan el velo, que se estremece... ¡Son los mismos rayos, de la misma luz y de iguales delicias!...

Mientras él está hablando todavía dan las tres en el reloj del convento.

BEATRIZ

Irguiéndose de repente.

¡Escucha!...

BELLIDOR

¡Las tres!...

BEATRIZ

¡Es la hora de maitines y yo hubiera debido tocar la campana!...

BELLIDOR

Ven, ven; ya llega el alba; las ventanas azulean...

BEATRIZ

Sí, son las ventanas que abria yo antes del alba para que la luz y el aire fresco de la mañana y el canto de los pájaros saludasen á mis hermanas al salir del sueño... Esta es la cuerda de la campana que las llamaba á despertar al terminar la noche... Esta es la puerta de la iglesia que ya mis manos no irán á empujar... Estos los postigos que acogían la luz de la aurora, y los cirios del altar que encenderán otras... Esta es la naveta de oro, el cestillo de las limosnas, las ropas para los pobres... Vendrán dentro de un momento, me llamarán por mi nombre y no verán á nadie...

BELLIDOR

Ven, la luz aumenta; tus hermanas van á despertarse... Ya me parece que resuenan pasos...

BEATRIZ

Ya vienen mis hermanas; ¡mis hermanas que tanto me querian y que me creían tan santa!... Aquí encontrarán todo lo que ha quedado de la humilde Beatriz... Su velo y su manto arrastrando sobre las losas. *Levantando súbitamente el manto y el velo y colocándolos sobre la verja de la estatua.* No, no quiero que alguna de ellas piense que he pisoteado la vestidura de inocencia que me dieron... *Doblando y colocando con cuidado las vestiduras sobre la verja.* No quiero que las manche ni un grano de polvo... Madre, te las doy y tú las guardarás... Pongo en tus manos todo cuanto poseo; todo lo que he recibido durante estos cua-

tro años... Aquí está mi rosario con su cruz de plata; aquí mi disciplina, las tres llaves tan pesadas que llevaba colgando de la cintura... Esta es la del jardín, ésta la de la puerta y ésta la de la iglesia... Ya no volveré á ver el jardín que reverdece; ya no volveré á ver los manteles del altar que temblaban bajo nuestras manos, como arroyo de leche, entre el olor á incienso... ¿Está escrito allí arriba que nada se perdona, que el amor es maldito, que no es posible expiar nada?... ¡Dímelo! ¡Dímelo!... ¡Si tú no quieres no me perderé!... ¡No pido nada imposible!... Basta una seña; una seña tan pequeña que nadie la vea... Si la sombra de la lámpara que duerme sobre tu frente se desvía una línea no me iré!... ¡No me iré!... ¡Mírame, madre mía; yo te miro á ti, te miro y espero! ¡y espero!...

Mira largo tiempo el rostro de la Virgen. Todo permanece inmóvil.

BELLIDOR

Abrazándola y dándole un beso apasionado en los labios.

¿Vamos?...

BEATRIZ

Devolviéndole el beso por primera vez.

¡Sí!...

Salen estrechamente abrazados. Adelanta el día. La puerta permanece abierta sobre la campiña, que se ilumina. Pronto se oye galopar á los caballos, que se alejan. Cae el telón, y poco después la campana del convento suena en la aurora tocando á maitines.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. La puerta del convento se ha vuelto á cerrar y todas las ventanas del corredor dejan pasar, abiertas, los primeros rayos del sol. Durante el preludio se oyen las últimas campanadas del toque á maitines. Apenas se ha levantado el telón se ve á la estatua de la Virgen animarse, como saliendo de un largo sueño divino, bajar lentamente las gradas del pedestal, acercarse á la verja y vestirse sobre su túnica y su cabellera resplandeciente el manto y el velo abandonados por Beatriz. En seguida se vuelve hacia la derecha alargando la mano y por la puerta de la capilla, que se abre obedeciendo á su ademán, se ven los cirios del altar, que mágicamente se encienden uno á uno. Después despabila la lámpara, y tomando de junto al pedestal el cestillo que contiene las ropas que hay que distribuir á los pobres, adelanta cantando hacia la puerta del convento.

LA VIRGEN

Cantando.

A toda alma que llora,
al pecado que pasa,
tiendo yo desde el cielo
manos llenas de gracia.

No hay pecado que viva
cuando el amor rezó;
no hay alma que perezca
cuando el amor lloró...

Si el amor se extravía
por la senda al pasar,
sus lágrimas me encuentran
y no se perderán.

Durante las últimas palabras de este canto han llamado tímidamente á la puerta del convento. La Virgen abre los dos postigos y se ve en el umbral á una niña descalza, miserable y cubierta de andrajos. Se oculta á medias detrás del quicio de encina, no adelantando sino la cabeza, y mirando á la Virgen con asombro.

LA VIRGEN

Buenos días, hija mía. ¿Por qué te escondes?

LA NIÑA

Acercándose y haciendo la señal de la cruz con espanto y éxtasis.

¡Sor Beatriz, sois más hermosa que la Virgen!...

LA VIRGEN

Es que hoy es el día del Señor y soy muy feliz...

LA NIÑA

¿Por qué habéis echado luz sobre vuestros vestidos?

LA VIRGEN

En todas partes hay luz cuando sale el sol...

LA NIÑA

¿Por qué tenéis estrellas en los ojos?

LA VIRGEN

A menudo hay estrellas en el fondo de los ojos que rezan...

LA NIÑA

¿Por qué tenéis rayos en las manos?

LA VIRGEN

Siempre los hay en las manos que dan limosna...

LA NIÑA

He venido sola...

LA VIRGEN

¿Dónde están nuestros hermanos pobres?

LA NIÑA

No se atreven á venir por causa del escándalo.

LA VIRGEN

¿Qué escándalo?

LA NIÑA

Han visto á Beatriz en el caballo del príncipe.

LA VIRGEN

¿No me parezco yo á la humilde Beatriz?

LA NIÑA

Dicen que la han visto y que les ha hablado.

LA VIRGEN

Pero Dios no la ha visto, y no ha oído nada... *Toma en brazos á la niña y le da un beso en la frente.* ¡Oh, hija mía! A ti, sólo á ti, puedo besar hoy... La inocencia ha sentido la presencia de Dios, pero no se turba. *Mirando á la niña á los ojos.* ¡Qué pura es el alma humana cuando así se la ve!... Los ángeles son más hermosos, pero no saben llorar... Anda, anda, hija mía, oigo correr tus lágrimas en el fondo del porvenir; ya sabras cuántas son... *Dejando á la niña en el umbral.* ¿Dónde están nuestros hermanos pobres?... Ve á decirles que el amor está lleno de impaciencia; ve á decirles que se apresuren á venir...

LA NIÑA

Volviendo la cabeza y mirando hacia fuera.

Ya vienen, Sor Beatriz.

En efecto los pobres, ancianos, lisiados, enfermos, mujeres con niños en brazos, etc., han ido adelantando tími-

damente, y creyendo reconocer á Beatriz, temerosos, vacilantes, asombrados, se acercan al umbral, se detienen ante la puerta, miran y esperan.

LA VIRGEN

Inclinándose sobre el cesto que contiene las ropas.

¿Qué esperáis, hermanos míos, y qué ha sucedido? Apresuraos, apresuraos: ya sube el sol; es la hora de la oración y van á pasar mis hermanas; entonces cerraré la puerta y no podré repartir la limosna... Venid todos, ya es hora; apresuraos, venid todos...

UN POBRE VIEJO

Adelantándose.

Hermana, hemos visto dos fantasmas esta noche...

LA VIRGEN

Dándole una capa que se ilumina á medida que ella la va sacando del cesto.

No hay que pensar en los fantasmas de la noche.

UN LISIADO

Adelantándose á su vez y arrastrándose sobre las muletas.

Hermana, hemos tenido malos pensamientos...

LA VIRGEN

Sacando del cesto algunas otras vestiduras que parecen cubrirse de pedrería.

Hermano, abrid los ojos; ha llegado la hora del perdón...

UNA POBRE

Hermana, necesito una mortaja para mi madre...

OTRA

Hermana, si me dierais para mi hijo...

Los pobres la rodean ansiosos, gimiendo, con los brazos extendidos; la Virgen, inclinada sobre el cesto, saca á manos llenas ropas de las cuales brotan rayos, velos que centellean, lienzos que se iluminan. A medida que va sacando, el cesto parece cada vez más lleno de telas, más y más preciosas, más y más resplandecientes, y como embriagada por su propio milagro, mientras distribuye sus tesoros, mientras llena las manos, cubre los hombros, envuelve á los niños en lienzos deslumbradores, la Virgen dice:

LA VIRGEN

¡Venid, venid todos!... ¡Aquí está la pálida mortaja; aquí están los pañales que ríen!... La vida y la muerte y la vida otra vez. ¡Venid, venid todos; ha llegado la hora del amor, y el amor no tiene medida!... ¡Venid todos, ayudaos unos á otros, perdonaos vuestras ofensas y mezclad en la vida vuestras felicidades y vuestras lágri-

mas!... ¡Venid todos, amaos unos á otros, rogad por los que caen!... ¡Venid todos, llevaoslo todo; el Señor no ve el mal que se hace sin odio!... ¡Venid todos, perdonad todos; no hay pecado al cual no alcance el perdón!...

Los pobres, estupefactos, desconcertados, se ven cubiertos de vestiduras espléndidas. Algunos huyen por la campiña agitando telas cubiertas de pedrería y lanzando aullidos de gozo. Otros sollozan de agradecimiento, rodean á la Virgen santísima y quieren besarle las manos; pero la mayor parte, silenciosos y como heridos de terror divino, se arrodillan en los escalones del portón y murmuran oraciones. Entonces suena la campana; el cesto se queda vacío súbitamente, y la Virgen, apartando con suavidad á los pobres que la rodean, vuelve á cerrar la puerta.

LA VIRGEN

Id en paz, hermanos míos; ha llegado la hora de la oración...

Se oye aún, á través de la puerta cerrada, el murmullo de las oraciones de los pobres, que se transforma poco á poco en un canto confuso de agradecimiento y de éxtasis. Vuelve á sonar la campana otra vez y otra, y por el extremo izquierdo del corredor las religiosas, precedidas de la Abadesa, adelantan bajo las bóvedas dirigiéndose á la capilla.

LA ABADESA

Deteniéndose ante la Virgen, que, con la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el pecho, espera junto á la puerta, que se ha cerrado.

Sor Beatriz, en este mes de sol hay que tocar á maitines á las tres menos cuarto. Ayunaréis tres días y oraréis tres noches á los pies de la estatua de la Virgen madre.

LA VIRGEN

Inclinándose con gesto de respeto humildísimo.

Alabado sea Dios, madre mía...

La Abadesa, que vuelve á echar á andar, llega al pedestal que le ocultaba la muralla sobre que se apoya la bóveda de la puerta. Va á arrodillarse, cuando, al levantar los ojos, se detiene, da un grito, deja caer el libro y el báculo que llevaba, y hace un gesto de indecible sorpresa y de horror.

LA ABADESA

¡La Virgen no está aquí!...

Inquietas, y después espantadas, acuden las religiosas, rodean á la Abadesa, se agrupan en torno del pedestal, y cuando ha pasado el primer momento de estupefacción, indignadas, espantadas, sollozando, unas en pie, otras de rodillas, prosternadas ó vacilantes, hablan, gritan, lloran todas á un tiempo.

LAS RELIGIOSAS

¡No está aquí! ¡La Virgen ha desaparecido!... ¡Han robado la imagen! ¡Impíos, impíos! ¡Nuestra Madre, nuestra Madre! ¡Sacrilegio, sacrilegio! ¡Madre mía! ¿Qué vamos á hacer? ¡Han profanado el claustro! ¡Sa-

crilegio, sacrilegio! Se va á hundir la casa. ¡Sacrilegio, sacrilegio!

LA ABADESA

Llamando.

¡Sor Beatriz!...

La Virgen se adelanta y se detiene junto á la Abadesa, ante el pedestal. Mira fijamente al lugar donde se encontraba su imagen, y como aislados del mundo exterior, su rostro y sus ojos inmóviles irradian una especie de silencio y de esperanza impasibles.

LA ABADESA

Sor Beatriz, vos erais su guardiana. Vos debíais velar día y noche sobre la gloria de Aquella que hizo de este convento tesoro de sus gracias y morada de sus predilecciones. Comprendo vuestra turbación y participo de vuestro espanto. Sin embargo, no temáis; la voluntad divina tiene á veces designios que confunde nuestro celo y nuestra vigilancia; hablad, respondedme; debéis haber visto y debéis saber... *La Virgen no responde.* ¡Pero hablad! ¡Responded!... ¿Qué tenéis? Todo esto me parece extraño y creo por momentos que se ilumina vuestro rostro... ¿Qué vestiduras son esas que llevais y que no se parecen á las que llevamos nosotras? ¿Me engañan mis ojos? ¡Al veros se diría que ya no sois la misma!... ¿Qué escondéis bajo vuestro manto que así resplandece á través de la estameña? *Tocando el manto de la Virgen.* ¿Y qué estameña es esta, cuyos pliegues transparentes inundan mis manos de rayos de luz? *Entreabre la mano y ve el cinturón de oro.* ¡Misericordia! ¿Qué es esto?

Quita por completo el manto á la Virgen, y después, con el mismo movimiento de estupefacción, indignada, arranca el velo que le cubre la cabellera; y la Virgen, siempre inmóvil y como insensible, aparece de pronto vestida del mismo modo y exactamente igual á su propia imagen, que ocupaba el pedestal durante el primer acto. La Abadesa y las monjas que se agrupa en derredor tienen un momento de estupefacción silenciosa y dolorosamente incrédulo; después la Abadesa, rehaciéndose antes que ninguna y cubriéndose el rostro con un gesto de horror y de maldición desesperada, exclama:

LA ABADESA

¡Señor, Dios mío!

LAS RELIGIOSAS

¡Señora! ¡La Virgen Santísima!... ¡Ha robado á la imagen! ¡Sor Beatriz! ¡No nos responde! ¡Los demonios! ¡Los demonios! ¡Los muros van á hundirse sobre ella! ¡Locura! ¡Locura! ¡Horror! ¡Horror! !Horror! No esperemos á que caiga un rayo. ¡Sacrilegio! ¡Sacrilegio!

Movimiento de retroceso, de espanto y de huída de todas las religiosas. Pero la Abadesa, levantando la voz y con ademán solemne, las detiene.

LA ABADESA

Hijas mías, oid... ¡No huyáis, hijas mías! Esperemos nuestra suerte; no nos separemos, y que todas nuestras manos y todas nuestras oraciones rodeen á la sacrílega é intenten apaciguar la cólera que adelanta!...

SOR CLEMENCIA

¡Madre mía, os lo suplico, no esperemos aquí!...

SOR FELICIDAD

Vamos á buscar al sacerdote.

LA ABADESA

Sí, tenéis razón... Id á buscarle... *Sor Clemencia y Sor Felicidad se dirigen hacia la capilla.* Id pronto, id pronto; él sabrá mejor que nosotras lo que es preciso hacer para detener, si aún es tiempo, el triunfo del Malo y la espada del Arcángel... ¡Hermanas, pobres hermanas mías! ¡El horror ya no tiene nombre y nuestros ojos han sondeado los abismos del infierno!

SOR GISELA

Acercándose á la Virgen.

¡Profanadora!...

SOR BALBINA

Acercándose á su vez.

¡Sacrílega!...

SOR REGINA

Fuera de sí.

¡Demonio! ¡Demonio! ¡Demonio!...

SOR EGLANTINA

Con voz enternecida y suave.

¡Sor Beatriz, qué has hecho!

Al sonido de esta voz la Virgen vuelve la cabeza, mira á Sor Eglantina y la sonríe divinamente.

SOR BALBINA

A Sor Eglantina.

Os mira...

SOR GISELA

Parece que despierta.

SOR EGLANTINA

Sor Beatriz, acaso no sabías...

LA ABADESA

Sor Eglantina, os prohibo que la habléis...

En este momento el sacerdote, revestido con los ornamentos sacerdotales y seguido de las dos religiosas y de los acólitos llenos de espanto, aparece en el umbral de la capilla.

EL SACERDOTE

¡Hermanas mías, rogad por ella!

LA ABADESA

Arrodillándose.

¡Padre mío, sabéis...!

EL SACERDOTE

Con voz dura.

¡Sor Beatriz!

La Virgen permanece inmóvil.

EL SACERDOTE

Con voz violenta.

¡Sor Beatriz!

La Virgen permanece inmóvil.

EL SACERDOTE

Con voz terrible.

¡Sor Beatriz! Por tercera vez, en nombre de Dios vivo, cuya ira tiembla en torno de estas murallas, te llamo por tu nombre.

LA ABADESA

No oye...

SOR REGINA

No quiere oir.

SOR BALBINA

Enloquecida.

¡Ay de nosotras! ¡Ay de nosotras!

SOR EGLANTINA

¡Padre mío, interceded por ella! ¡Tened piedad de nosotras!...

EL SACERDOTE

No hay duda; reconozco en todo esto el tenebroso orgullo del Príncipe de las Tinieblas y del Padre de la Soberbia. *Volviéndose hacia la Abadesa.* Hermanas mías, os la entrego; es preciso que la indulgencia humana no usurpe las prerrogativas del Amor infinito. ¡Id, id, hermanas; arrastrad á la culpable al pie de los santos altares; arrancad una á una, en presencia de Aquel ante quien se prosternan los ángeles, arrancad una á una las vestiduras y las joyas del sacrilegio; desatad vuestras correas, retorced vuestras disciplinas, tomad de los pilares del pórtico los pesados cilicios de las prevaricaciones y los haces de varas de las grandes penitencias! ¡Id, id, hermanas; que vuestros brazos sean crueles y vuestras manos sin piedad! La misericordia es quien los arma y el Amor quien los bendice.

Las religiosas arrastran á la Virgen, que va en medio de ellas indiferente, impasible, dócil. Todas, excepto Sor Eglantina, han desatado ya el doble cordel de nudos que llevan á la cintura. Entran en la capilla, cuya puerta se vuelve á cerrar, y el sacerdote, al quedarse solo, se prosterna ante el pedestal abandonado. Pausa bastante larga. De pronto se oye, atravesando la puerta de la iglesia, un cántico de indecible dulzura; es el cántico sagrado de la Virgen, el Ave Maris Stella, *que entonan, al parecer, lejanas voces de ángeles. Poco á poco el canto se precisa, se acerca, se amplifica y se universaliza como*

si una multitud invisible, cada vez más numerosa, tomase en él una parte cada vez más ardiente, cada vez más celeste. Al mismo tiempo se oyen en la capilla ruidos de sillas que caen, de candelabros que se derrumban, de bancos que chocan unos con otros, exclamaciones de voces humanas enloquecidas. Por fin, las dos hojas de la puerta se abren hacia fuera con violencia y aparece la nave inundada en llamas y resplandores extraños, que ondulan, se extienden, se cruzan indefinidamente, más deslumbradores que los del sol, cuyos rayos iluminan el corredor. Entonces, ¡aleluias! y ¡hosannas! delirantes estallan por todas partes; trastornadas, aterrorizadas, transfiguradas, embriagadas de gozo y de espanto sobrenaturales, blandiendo deslumbradoras ramas llenas de flores milagrosas que multiplican el éxtasis, envueltas de pies á cabeza en vivas guirnaldas que entorpecen su marcha, cegadas bajo la lluvia de pétalos que cae de las bóvedas, las religiosas se agolpan tumultuosamente á las puertas, demasiado estrechas, descienden vacilando los escalones, cubiertos de flores prodigiosas, y deshojando á cada uno de los pasos que dan, su carga florida, que renace entre sus manos, rodean al anciano sacerdote, que se ha levantado, y las que las siguen van adelantando á su vez entre la marea de flores vivas que cae sin cesar por los escalones del pórtico.

LAS RELIGIOSAS

Todas á un tiempo, mientras salen de la capilla, invaden el corredor, cantan y se abrazan en medio del diluvio de flores:

¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Oh! ¡Padre! ¡Padre! ¡Hosana! ¡Hosana! ¡Hosana! ¡El Señor nos envuelve!

¡El Cielo se abre! ¡Los ángeles se acercan á nosotras y las flores nos persiguen! ¡Hosana! ¡Hosana! ¡Sor Beatriz es santa! ¡Tocad, tocad las campanas hasta romper el bronce! ¡Sor Beatriz es Santa! ¡Sor Beatriz es santa!

SOR REGINA

Cuando quise tocar sus vestiduras sagradas...

SOR EGLANTINA

Cubierta de flores más luminosas que las demás.

Las llamas surgieron, los lirios hablaron...

SOR CLEMENCIA

Los ángeles del altar se volvieron hacia nosotras.

SOR BALBINA

Los santos juntaban las manos, inclinándose hacia ella.

SOR EGLANTINA

Las estatuas de los pilares se pusieron de rodillas...

SOR FELICIDAD

Los arcángeles cantaban deplegando su alas...

SOR CLEMENCIA

Todas las flores del cielo brotaban de nuestras manos...

SOR FELICIDAD

Nuestros brazos, que la maltrataban, la inundaban de luz...

SOR BALBINA

Haciendo ondular pesadas guirnaldas de rosas.

Rosas vivas brotaban de las cuerdas...

SOR REGINA

Sacudiendo enormes ramas de azucenas.

Azucenas milagrosas brotaban en las varas...

SOR FELICIDAD

Sacudiendo palmas luminosas.

Largas palmas de oro inflamaban las disciplinas...

LA ABADESA

Arrodillándose á los pies del sacerdote.

¡Padre mío, he pecado! ¡Sor Beatriz es santa!...

EL SACERDOTE

Arrodillándose á su vez.

¡Hijas mías, he pecado; los designios del Señor son impenetrables!...

En este momento llaman á la puerta del convento, y la Virgen, otra vez humana y humildemente revestida con el manto y el velo de Beatriz, aparece en el umbral de la capilla. Baja los escalones; con los ojos bajos y las manos juntas pasa entre sus hermanas, que están de rodillas y sobre las flores, que vuelven á levantarse después que ella ha pasado, volviendo á tomar posesión, como si no hubiese ocurrido nada, de las funciones de su cargo; se dirige hacia la puerta de entrada, que abre de par en par. Entran tres peregrinos pobres, viejos, cansados, ante los cuales se inclina profundamente, y tomando de un trípode de bronce un lienzo blanco y una jarra de oro, vierte agua en silencio sobre sus manos polvorientas.

ACTO TERCERO

La misma decoración. La estatua de la Virgen está en el pedestal, como en el primer acto. El velo, el manto y el manojo de llaves de Sor Beatriz están colgados en la verja. La puerta de la capilla está abierta; los cirios del altar, encendidos; la lámpara arde ante la estatua, y el cesto de los pobres está lleno de ropas; en una palabra, todo se encuentra en el mismo estado que en el momento de la fuga de la monja con el Príncipe Bellidor, excepto que la puerta de entrada del convento está cerrada. Amanece. Es en invierno; acaba de tocar la campana á maitines, aunque nadie ha tirado de la cuerda, que se ve subir y bajar sola en el vacío bajo el pórtico de la capilla. Después, cuando la campana calla, pausa, en medio de la cual llaman á la puerta del convento con tres golpes lentos. Al sonar el tercero, la puerta gira sola sobre sus goznes. Las dos hojas se abren de par en par sobre la campiña desierta y desolada, y entre los torbellinos de nieve que azotan el umbral, adelanta espantada, extenuada, imposible de reconocer, la que fué en otro tiempo Sor Beatriz. Está cubierta de andrajos. Sus cabellos, ya grises, caen sobre su rostro, dolorosamente enflaquecido y lívido. Sus ojos cansados tienen la mirada inmóvil y demasiado grande de los que van á morir y ya no verán nada. Ante la puerta abierta espera un instante; luego, no viendo á nadie, á tientas, vacilando, apoyándose en el postigo, se acerca, mira al corredor con la inquietud de un animal largo tiempo perseguido. Pero el

corredor está desierto; da unos cuantos pasos temerosa, y viendo la imagen de la Virgen, lanza un grito de dolor, en el cual se mezcla no sé qué cansada y vana esperanza de salvación, y se precipita, se arrodilla y se desploma á los pies de la estatua.

BEATRIZ

Madre, aquí estoy... No me rechaces; ya no tengo nada en el mundo... Esperaba volver á verte y vuelvo demasiado tarde; ya mis ojos van á cerrarse, ya no veo tu sonrisa; mis manos, cuando las tiendo hacia ti, parecen muertas. Ya no sé rezar, ya no puedo hablar; puesto que es preciso decirlo todo, he derramado tantas lágrimas, que desde hace mucho tiempo he perdido el valor de llorar... Soy la pobre Beatriz... Perdóname si te repito un nombre que no debiera pronunciar nunca... No reconocerías á tu hija... Mira en qué estado la han puesto el amor y el pecado, y todo lo que los hombres llaman felicidad... Hace más de veinte años que me separé de ti, y si Dios no quiere que los hombres sean felices, no tendrá nada contra mí, porque feliz no he sido... Hoy vuelvo; no pido nada; ha pasado la hora y ya no tengo fuerzas para recibir nada... Vengo á morir aquí, en esta santa casa, si mis hermanas me permiten yacer donde caiga. Sin duda, lo saben todo; y allí, en la ciudad, el escándalo de mi vida fué tan grande, que habrá llegado hasta ellas... Pero saben poco, y tú, que lo sabes todo, no sabrás jamás todo el mal que me han obligado á hacer y todo lo que he sufrido... Quiero decirles á todas los tormentos del amor. *Mirando en derredor.* ¿Pero por qué estoy sola? La casa está desierta, como si mis pecados hu-

biesen hecho en ella el vacío... ¿Quién ha tomado mi puesto al pie de los santos altares, y quién guarda el umbral que han envilecido mis pasos? La lámpara está encendida, veo brillar los cirios, han tocado á maitines, llega el día y no aparece nadie... *Viendo el manto y el velo que están colgados en la verja.* ¿Qué es esto? *Se levanta un poco, se acerca de rodillas y toca los vestidos.* Ya mis pobres manos están tan cerca de la muerte, que no saben si tocan las cosas en esta vida ó en la otra... ¿No es éste el manto que dejé aquí hace veinticinco años?... *Cogiendo el manto y poniéndoselo maquinalmente.* Tiene la misma forma, pero parece más largo. Me estaba bien cuando andaba derecha y era feliz. *Tomando el velo.* Y éste es el velo que cubrirá mi muerte... Señora, perdóname si esto es un sacrilegio... Tengo frío y estoy desnuda; mis pobres ropas no ocultan ya sino un cuerpo que no sabe dónde esconderse... ¿No eres tú, madre mía, quien me ha guardado estos hábitos y quien me los devuelve para que en la hora temible, las llamas sin piedad, que acaso me esperan, vacilen un momento y sean menos crueles para mí?... *Se oye ruido de pasos que se acercan y de puertas que se abren.* Pero ¿qué oigo? *Tres campanadas resuenan anunciando, como en el segundo acto, la llegada de las monjas al corredor.* ¡Madre mía, la puerta se abre y mis hermanas van á venir!... ¡No podré nunca...! Ten piedad de mí; las murallas me aplastan, la luz me ahoga, y mi vergüenza está escrita sobre las losas que se levantan... ¡Ah!

Cae desvanecida á los pies de la estatua. Las religiosas, precedidas por la Abadesa, adelantan bajo las bóvedas del mismo modo que en el acto precedente para ir á la

capilla. Varias de ellas han envejecido extraordinariamente y la Abadesa anda con trabajo, encorvada, apoyándose en su báculo. Apenas han entrado, ven á Beatriz tendida en el suelo sin movimiento, y asustadas, inquietas, desoladas, acuden y la rodean.

LA ABADESA

Viendo á Beatriz la primera.

¡Sor Beatriz ha muerto!

SOR CLEMENCIA

¡El cielo nos la ha dado y el Señor nos la lleva!

SOR FELICIDAD

Su corona estaba pronta; los ángeles la esperaban.

SOR EGLANTINA

Levantando y sosteniendo la cabeza de Beatriz y besándola con una especie de temor religioso.

No, no, no está muerta; se estremece, respira...

LA ABADESA

¡Qué pálida está, qué demacrada!

SOR CLEMENCIA

Diríase que en una noche ha envejecido diez años...

SOR FELICIDAD

Debe de haber padecido y luchado hasta el amanecer...

SOR CLEMENCIA

Estaba sola contra el ejército de ángeles que querían llevárnosla...

SOR EGLANTINA

Sí; ya ayer por la tarde estaba muy enferma... Lloraba, lloraba; ella que desde el día del milagro de las flores tenía en los ojos la sonrisa del milagro... No quería nunca que ocupase yo su puesto, porque decía que estaba esperando la vuelta de su santa...

SOR BALBINA

¿Qué vuelta? ¿De qué santa?

LA ABADESA

Levantando los ojos, por casualidad, y viendo la imagen de la Virgen, que ha vuelto á ocupar el pedestal.

¡Ahí está, ahí está! ¡La Virgen ha vuelto!

Las monjas levantan la cabeza y miran, excepto Sor Eglantina, que continúa sosteniendo entre sus brazos el cuerpo de Beatriz desvanecida. Todas se vuelven, lanzan gritos de éxtasis y se arrodillan en derredor del pedestal.

LAS RELIGIOSAS

¡La Virgen ha vuelto! ¡Nuestra Señora! ¡Nuestra Señora! ¡Nuestra Madre ha vuelto! ¡Tiene todas sus joyas; su corona es más hermosa que antes, sus ojos son más profundos, su mirada es más suave!... ¡Vuelve del cielo! Sor Beatriz ha vuelto á traérnosla. Sí, sí; ha vuelto en alas de sus santas oraciones...

SOR EGLANTINA

¡Venid, venid; ya no oigo latir su corazón!...

Las religiosas se vuelven y se acercan á Beatriz.

SOR CLEMENCIA

Arrodillándose junto á ella.

¡Sor Beatriz, Sor Beatriz, no abandones á tus hermanas en el día del gran milagro!...

SOR FELICIDAD

La Virgen te sonríe; sus labios te llaman.

SOR EGLANTINA

¡Ay, ya no oye!... ¡Parece que sufre, y su rostro se va demacrando!

SOR CLEMENCIA

Llevémosla á la celda.

SOR EGLANTINA

No; dejémosla junto á Aquella que la ama y la rodea de milagros.

Algunas religiosas entran en la celda y vuelven á salir con lienzos, sobre los cuales extienden á Beatriz á los pies de la estatua.

SOR CLEMENCIA

Apenas respira. Entreabramos su manto y aflojemos el velo.

Hace lo que ha dicho y las religiosas ven los andrajos que cubren á Beatriz.

SOR FELICIDAD

Madre mía, ¿habéis visto los andrajos que la cubren? Y están llenos de barro...

SOR BALBINA

Está aterida por la nieve que se derrite sobre ella...

SOR CLEMENCIA

Sus cabellos han encanecido sin que lo supiéramos.

SOR FELICIDAD

Sus pies, desnudos, están cubiertos con la arcilla del camino...

LA ABADESA

Hijas mías, callemos; estamos viviendo cerca del cielo, y las manos que la toquen conservarán luz para siempre...

SOR EGLANTINA

Su pecho se levanta y van á abrirse sus ojos...

En efecto, Beatriz abre los ojos, levanta un poco la cabeza y mira en derredor.

BEATRIZ

Como si saliese de un sueño, y aún extraviada la voz, que viene de muy lejos.

Cuando murieron mis hijos..., ¿por qué sonreís?, murieron de miseria...

LA ABADESA

No sonreímos; nos alegramos de veros volver á la vida...

BEATRIZ

De verme volver á la vida... *Mirando en derredor suyo con mirada más consciente.* Sí, sí, ya me acuerdo; he venido aquí desde el fondo de mi angustia... No me miréis con tanta inquietud; no volveré á ser para vosotras motivo de escándalo, y haréis de mí cuanto queráis... No lo sabrá nadie, si os da temor que hable de ello, y no diré nada... Estoy sumisa á todo, porque todo lo han destro-

zado en mi cuerpo, en mi alma... Ya sé, ya sé que no puedo esperar morir en este sitio, al pie de esta imagen, tan cerca de la capilla, de todo lo que es puro, de todo lo que es santo... Sé que sois muy buenas por haber tenido paciencia y no haberme rechazado en seguida... Pero si podéis, y Dios lo permite, no me arrojéis demasiado lejos de la casa... No hay que cuidarme, no hay que compadecerme, porque estoy muy enferma, pero ya no sufro. . ¿Por qué me habéis tendido sobre este hermoso lienzo blanco? ¡Ay de mí, el lienzo blanco ya no es mas que un reproche, y la paja hedionda es cuanto merece el pecador que va á morir!... ¿Pero me miráis y no me decís nada? No parece que estáis irritadas contra mí... Veo lágrimas en vuestros ojos... Creo que aún no me habéis reconocido.

LA ABADESA

Besándole las manos.

Sí; sí os reconocemos; sois nuestra santa...

BEATRIZ

Retirando con viveza las manos con una especie de espanto.

¡No beséis estas manos que han hecho tanto mal!...

SOR CLEMENCIA

Besándole los pies.

Sois el alma elegida que nos vuelve del cielo...

BEATRIZ

¡No beséis estos pies que han corrido al pecado!...

SOR EGLANTINA

Besándola en la frente.

Pero velamos esta frente pura, coronada de milagros.

BEATRIZ

Ocultándose la frente con las manos.

¿Qué queréis hacer y qué ha sucedido? Cuando yo era feliz no había perdón... No toquéis esta frente en la cual habitó la lujuria... ¡Oh! ¿Quienes sois las que la habéis tocado?... No sé si mis ojos cansados me engañan; pero si ven aún, sois Sor Eglantina.

SOR EGLANTINA

Sí, sí, soy Sor Eglantina, á quien tanto habéis querido...

BEATRIZ

Fué á vos á quien dije hace veinticinco años que era desgraciada...

SOR EGLANTINA

Hace veinticinco años que Dios os eligió entre todas nuestras hermanas.

BEATRIZ

Me lo decís sin la menor amargura... No comprendo lo que me sucede... Estoy débil y enferma. No me doy cuenta, y todas las palabras me asombran... Yo no esperaba... Pero creo que os engañáis... Soy... Haced la señal de la cruz y cubríos el rostro... Soy Sor Beatriz...

LA ABADESA

Sí, ya lo sabíamos; sois Sor Beatriz, sois nuestra hermana, la más pura de todas nosotras, el cordero milagroso, la llama inmaculada, el ángel de los ángeles...

BEATRIZ

¡Ah! ¡Sois vos, madre mía!... No os había conocido... Antes erais derecha, derecha, y ahora os inclináis... Yo también me inclino y he caído... Os conozco á todas; allí está Sor Clemencia... y Sor Felicidad...

SOR FELICIDAD

Sonriendo.

Sí, Sor Felicidad; la primera que salió de la capilla florida...

BEATRIZ

Vosotras no habéis sufrido, vosotras no parecéis tristes... Yo era más joven y ahora soy la más vieja...

LA ABADESA

Es que el amor divino es carga terrible.

BEATRIZ

No; la carga tremenda es el amor del hombre... Vos también me perdonáis, vos...

LA ABADESA

Arrodillándose á los pies de Beatriz.

Hija mía, si alguien necesita perdón es la que al fin puede arrodillarse á vuestros pies...

BEATRIZ

Pero ¿no sabéis lo que he hecho?...

LA ABADESA

No habéis hecho mas que milagros, y habéis sido, desde el día de las flores, la luz de nuestras almas, la enseñanza de nuestras oraciones, la puerta de los prodigios. el fuego de gracia...

BEATRIZ

Una noche, hace veinticinco años, huí con el Príncipe Bellidor.

LA ABADESA

¿De quién nos habláis, hija mía?

BEATRIZ

De mí, de mí os digo... No queréis comprenderme... Me marché una noche, hace veinticinco años... Después,

al cabo de tres meses, ya no me quería... Perdí el pudor, perdí la razón... Perdí la esperanza... Todos los hombres, uno á uno, han profanado este cuerpo infiel á su Dios... He caído tan bajo, que los ángeles del cielo no hubieran podido volverme á levantar, á pesar de sus grandes alas... He cometido tantos crímenes, que he envilecido á veces hasta el pecado mismo...

LA ABADESA

Tapándole suavemente la boca con la mano.

No habléis más, hija mía; es la sombra que os tienta, es el dolor que sube y os hace delirar...

SOR CLEMENCIA

Los milagros acaban con ella...

SOR FELICIDAD

La gracia la derriba...

SOR EGLANTINA

El aire celeste la hace desfallecer...

BEATRIZ

Apartándose, rechazando la mano de la Abadesa é incorporándose á medias.

No, no, os digo que no; no es delirio, es realidad; la verdad no es el aire del cielo, sino el de la tierra... ¡Ah!

¡Sois demasiado buenas y demasiado inquebrantables, y no sabéis nada!... Prefiero que me insultéis, prefiero que me ultrajéis y que sepáis lo que fuí... Sí, vosotras vivís aquí, rezáis vuestras oraciones, hacéis penitencia, creéis expiar... Pero soy yo, ¿sabéis?, yo y todas mis hermanas, las que viven fuera, las que no tienen descanso, somos nosotras las que llegamos hasta el fin de las grandes penitencias...

LA ABADESA

Oremos, oremos, hermanas; es la última prueba...

SOR EGLANTINA

Es el demonio, á quien irrita el triunfo de los ángeles...

BEATRIZ

Sí, sí, es el demonio, es el demonio que reina... ¿Veis estas manos?... Ya no tienen forma humana... Ya no puedo abrirlas... Hubo que venderlas, después de haber vendido el alma y el cuerpo... También las compran cuando no queda nada.

LA ABADESA

Enjugando el sudor que inunda la frente de Beatriz.

Que los ángeles del cielo velen sobre tu lecho y se dignen extender sus alas sobre tu frente...

BEATRIZ

¡Ah, los ángeles del cielo! ¿Dónde están? ¿Qué hacen?... ¿No os lo he dicho? Mis hijos; ya no tengo hijos.... Los tres más hermosos murieron cuando yo ya no era hermosa... Al último le maté una noche en que yo estaba loca y él lloraba de hambre... Y el sol brillaba, la justicia dormía, y sólo los malvados eran felices y orgullosos...

LA ABADESA

La lucha es terrible para los grandes santos.

SOR EGLANTINA

La llama infernal rompe todos sus vanos furores á las puertas del cielo.

BEATRIZ

Volviendo á caer desfallecida.

No puedo más... Me ahogo; haced lo que queráis; yo he debido decíroslo...

SOR EGLANTINA

Los arcángeles se la llevan...

SOR FELICIDAD

Las falanges celestiales han vuelto á traer la paz..

LA ABADESA

El mal sueño ha terminado... ¡Pobre y santa hermana mía, sonreíd ahora pensando en las blasfemias que no habéis dicho, pero que una voz funesta, que engañaba vuestra boca, ha exhalado en la rabia de su última derrota!...

BEATRIZ

Era mi voz.

LA ABADESA

¡Buena y santa hermana mía, tranquilizad vuestro corazón, no tengáis pena!... No era la voz que conocemos todas, la dulce voz querida, intérprete de los ángeles y salud de los enfermos, la que durante tantos años despertó nuestras oraciones...

SOR EGLANTINA

No temáis nada, hermana; no es posible perder en los últimos combates la palma y las coronas de toda una vida de inocencia, de oraciones, de amor.

BEATRIZ

No hay una hora en mi vida, desde la hora desdichada; no hay una sola hora que no esté señalada por el pecado mortal.

LA ABADESA

Hija mía, orad; sois la más santa de todas, pero el enemigo os tienta, los escrúpulos os extravían... ¿Cómo

¿hubierais podido cometer todos esos pecados espantosos? Hace ya treinta años que sois aquí la humildísima sierva del altar y del umbral; mis ojos os han seguido en vuestras oraciones, en todas vuestras obras, y respondo de ellas ante Dios como respondo de las mías... ¡Pluguiera el cielo que las mías fuesen semejantes á las vuestras!... No es bajo estas bóvedas donde triunfa el pecado; es fuera de aquí, en un mundo extraviado y perdido... Ese mundo, gracias á Dios, vos lo ignoráis; no habéis salido nunca de la sombra del santuario.

BEATRIZ

¿No he salido nunca? Madre, ya no sé nada; hace ya demasiado tiempo, tengo cerca á la muerte, y sería preciso decirme la verdad... ¿Me engañáis, ó perdonáis sin querer saber nada?

LA ABADESA

Nadie perdona, nadie engaña.

BEATRIZ

Madre, estoy aquí; no creo soñar... Mirad estas manos que mis uñas desgarran; ved, la sangre aparece, corre, es real... No tengo otras pruebas... Ahora decidme si tenéis piedad... Estamos delante de Dios... Cuando está uno cerca de la muerte está uno cerca de Dios... Si no queréis, ya no diré nada; pero si podéis, decidme, por piedad, qué hicisteis cuando hace veinticinco años encontrasteis una mañana la puerta abierta del corredor,

solo el altar, abandonados el manto y el velo... No puedo más, madre...

LA ABADESA

Hija mía, comprendo; aquel recuerdo os turba y os aflige aún... Hace veinticinco años tuvo lugar el gran milagro con que Dios nos señaló .. La Virgen nos abandonó para subir al cielo; pero antes de partir os revistió con su túnica sagrada, con sus ornamentos santos; os coronó con su corona de oro, haciéndonos saber así, en su bondad sin límites, que durante su ausencia vos ocuparíais su lugar.

BEATRIZ

Y el mío, ¿quién lo ha ocupado?

LA ABADESA

Nadie, puesto que estabais aquí...

BEATRIZ

¿Estaba yo aquí entre vosotras? ¿He estado aquí todos los días?... ¿Andaba yo, hablaba, vuestras manos me tocaban?...

LA ABADESA

Como mi mano os toca en este instante...

BEATRIZ

Madre, ya no sé nada. Creo que ya no tengo fuerzas para comprender; no pido nada, me someto á todo...

Comprendo que sois muy buenas y que la muerte es muy dulce... ¿Sabéis lo desgraciada que puede ser el alma? Cuando vivía yo aquí no se perdonaba... Muchas veces, cuando era muy desgraciada, pensaba yo que si Dios lo supiese todo no castigaría... Pero vosotras, que sois felices, también habéis aprendido á perdonar... En otro tiempo todos los hombres ignoraban el dolor; en otro tiempo todos los hombres maldecían á los que caen... Ahora todos perdonan y todo parece suave... Diríase que un Angel ha dicho la verdad... Madre, y vos también, Sor Eglantina, dadme la mano... ¡No sintáis enojo contra mí! Decid á todas mis hermanas... ¿Qué habría que decirles?... Ya mis ojos no se abren y mis labios se cuajan... Voy á dormir por fin... He vivido en un mundo en que nunca supe hasta dónde querían llegar el odio y la maldad, y muero en otro en el cual no comprendo hasta dónde quieren llegar la bondad y el amor.

Cae agotada sobre los lienzos que la sirven de lecho; pausa.

SOR EGLANTINA

Duerme.

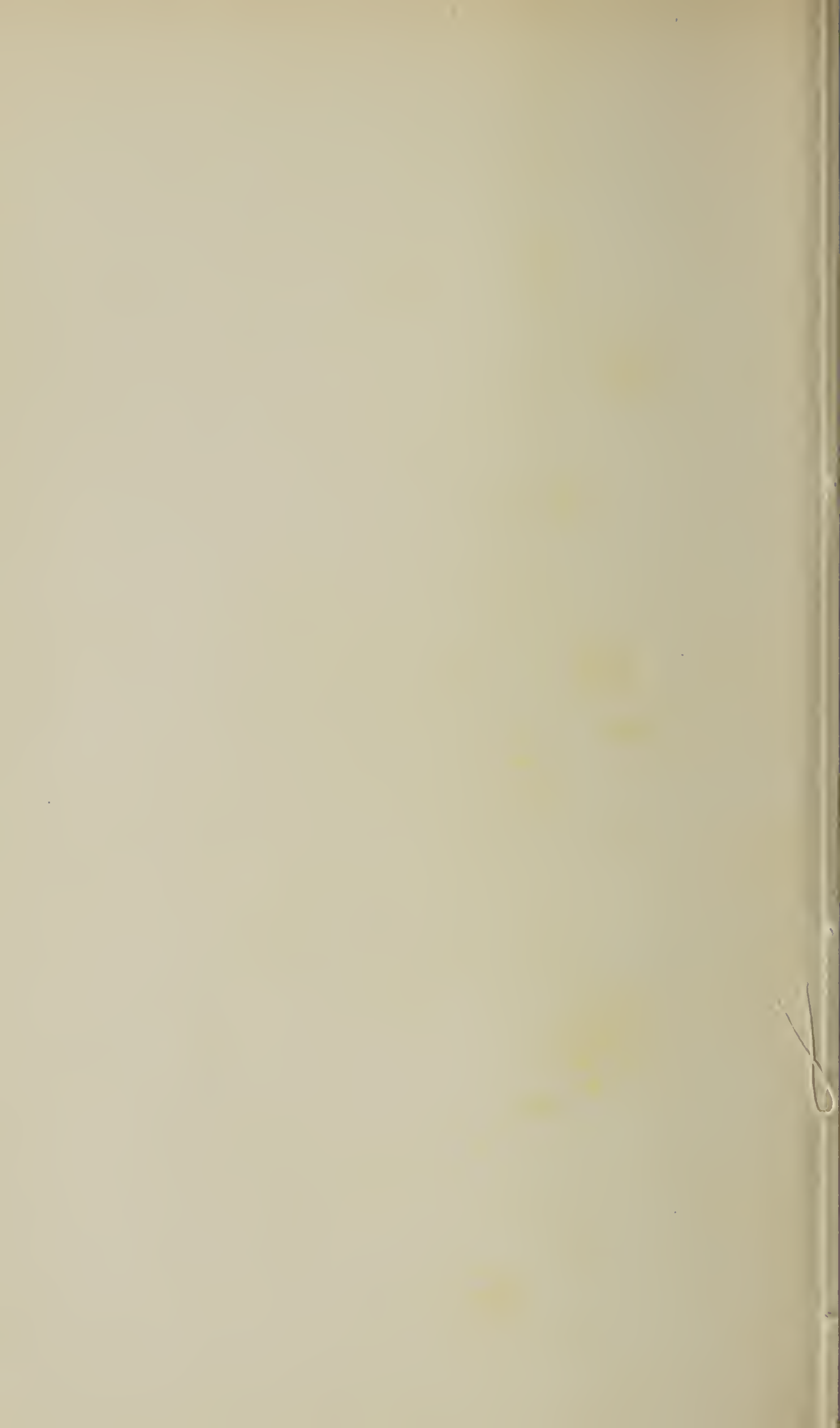
LA ABADESA

Arrodillándose.

Oremos, oremos, hermanas, hasta la hora del triunfo...

Las religiosas caen de rodillas en torno de Beatriz.

FIN



OBRAS DE G. MARTÍNEZ SIERRA

VIDA Y DULZURA.—Comedia en tres actos. En colaboración con Santiago Rusiñol. (Teatro de la Comedia).

JUVENTUD, DIVINO TESORO...—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

LA SOMBRA DEL PADRE.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

HECHIZO DE AMOR.—Comedia de polichinelas en un acto y dos cuadros. (Teatro Cervantes).

EL AMA DE LA CASA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

CANCION DE CUNA.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

PRIMAVERA EN OTOÑO.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa).

EL PALACIO TRISTE.—Cuento fantástico en un acto. (Teatro de la Princesa).

LA SUERTE DE ISABELITA.—Comedia lírica en un acto y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo).

LIRIO ENTRE ESPINAS.—Comedia en un acto. (Teatro de Apolo)).

LA FAMILIA REAL.—Comedia lírica en dos actos y cinco cuadros, música de los maestros Giménez y Calleja. (Teatro de Apolo).

EL POBRECITO JUAN.—Comedia en un acto. (Teatro Lara).

MADAME PEPITA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Comedia).

LA TIRANA.—Comedia lírica en dos actos, música del maestro Lleó. (Teatro Eslava).

MAMA.—Comedia en tres actos. (Teatro de la Princesa).

SOLO PARA MUJERES.—Conferencia contra el amor, pronunciada por una de sus víctimas. (Teatro de la Princesa).

MADRIGAL.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

EL ENAMORADO.—Paso de comedia. (Teatro de la Comedia).

LOS PASTORES.—Comedia en dos actos. (Teatro Lara).

LAS GOLONDRINAS.—Drama lírico en tres actos, música de José María Usandizaga. (Teatro Price).
LA MUJER DEL HEROE.—Sainete en dos actos. (Teatro Lara).

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

EL ENFERMO CRONICO.—Comedia en un acto de Santiago Rusiñol. (Teatro Lara).
BUENA GENTE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Comedia).
LA MENTIRA PIADOSA.—Comedia en tres actos de Francis de Croisset. (Teatro de la Comedia)
LOS ABEJORROS.—Comedia en tres actos de Brieux. (Teatro de la Comedia).
TRIPLEPATTE.—Comedia en cinco actos de Tristán Bernard. (Teatro de la Comedia).
EL ARREGLO DE LA CASA.—Comedia en un acto de G. Courteline. (Teatro de la Comedia).
LA MADRE.—Comedia en cuatro actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa).
EL HERMANO.—Comedia en un acto de A. Daudet. (Teatro Príncipe Alfonso).
CIGARRAS Y HORMIGAS.—Poema en un acto, de Santiago Rusiñol (Teatro Príncipe Alfonso).
LA SUERTE DEL MARIDO.—Comedia en un acto de Flers y Caillavet. (Teatro de la Comedia).
ALIVIO DE LUTO.—Comedia en un acto de S. Rusiñol. (Teatra Lara).
EL REDENTOR.—Comedia en tres actos de S. Rusiñol. (Teatro Español).
CABEZA DE ZANAHORIA.—Comedia en un acto de Jules Renard. (Teatro Lara).
EL BUEN POLICIA.—Sainete en un acto y tres cuadros de S. Rusiñol. (Teatro Cervantes).
LA VIRGEN DEL MAR.—Cuadro poemático en un acto de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa).
EL PATIO AZUL.—Drama en dos actos de S. Rusiñol. (Teatro de la Princesa).